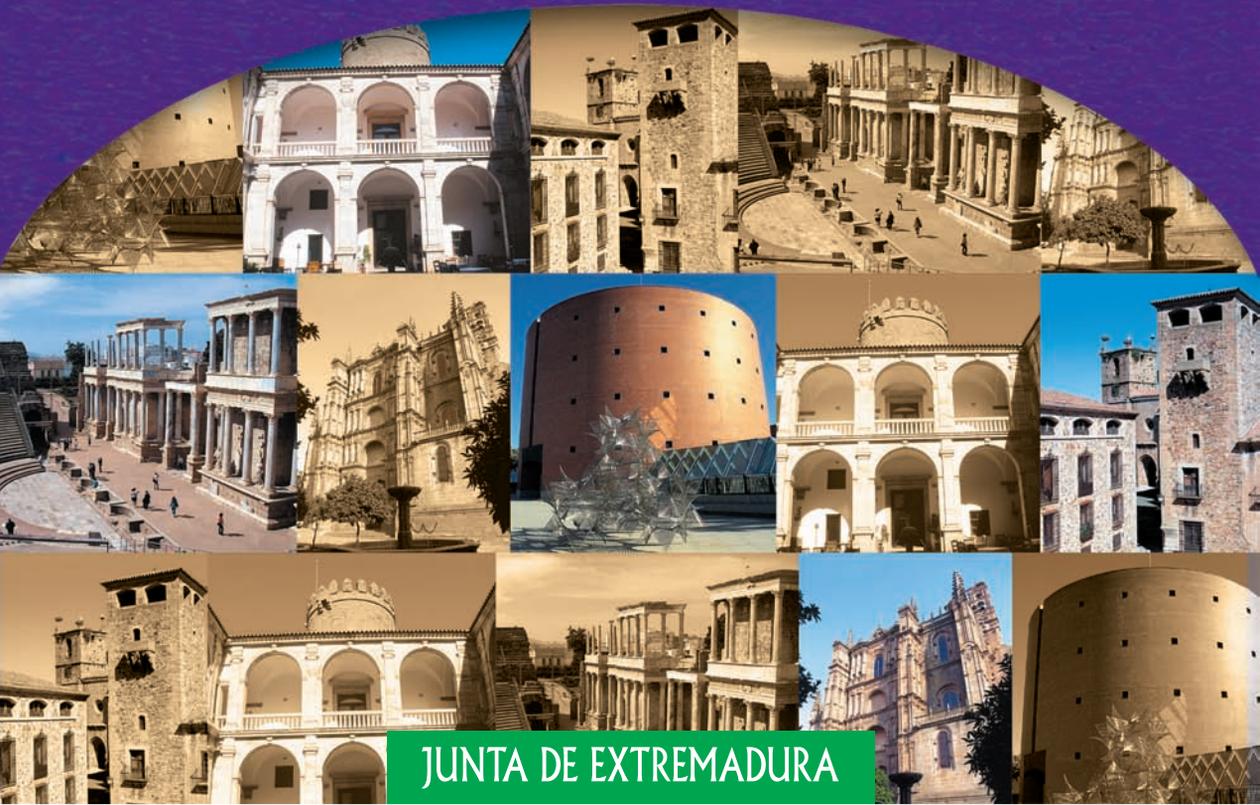
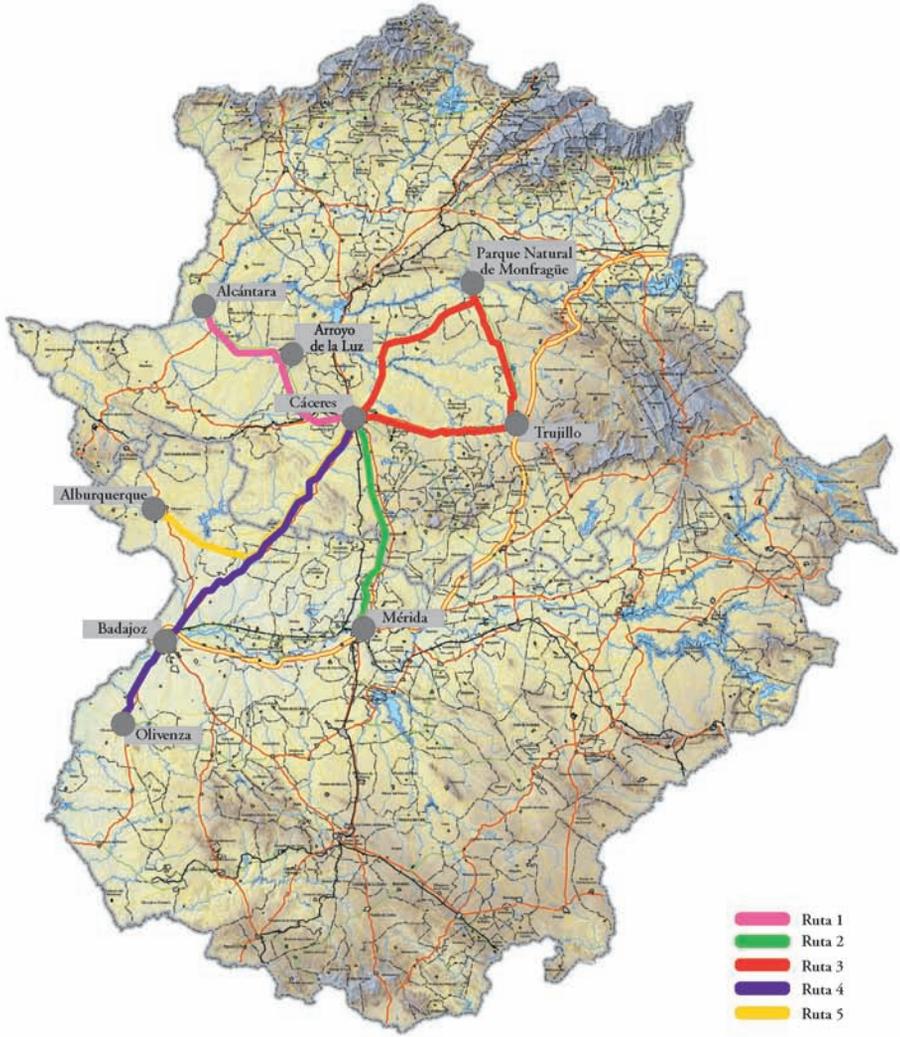




*Ruta Literaria*  
*por*  
*Extremadura*  
*Cuaderno de Viaje*



JUNTA DE EXTREMADURA



- Ruta 1
- Ruta 2
- Ruta 3
- Ruta 4
- Ruta 5

*Ruta Literaria*  
*por*  
*Extremadura*

A decorative flourish consisting of several overlapping, flowing lines that encircle the word 'Extremadura' and extend upwards and outwards.

*Cuaderno de Viaje*  
*Año 2009*

JUNTA DE EXTREMADURA

Edita: **JUNTA DE EXTREMADURA**  
Consejería de Educación  
*Dirección General de Calidad y Equidad Educativa*

Depósito Legal: BA-107-09

Fotomecánica/Imprime:  
A.G. Rejas (Mérida)

# Presentación

El Programa Educativo “Rutas Literarias” es una invitación a la lectura y, más allá de un acercamiento “academicista” a la literatura extremeña, pretende potenciar el viaje y la lectura como recursos excepcionales para el desarrollo humano.

Sabemos que el verbo leer no soporta imperativos. Por ello os animamos a visitar estos textos respetando el derecho que tenéis a saltaros, o simplemente a hojear, las páginas que en estos momentos no satisfagan vuestro placer de lectores.

En ocasiones, hemos seleccionado textos donde de forma evidente aparecen los lugares visitados; en otras, simplemente proponemos algún texto que creemos sugerente o una breve reseña biográfica del autor que quizá os anime a buscar sus obras (hay hombres que pusieron tanto genio en su vida como en sus escritos).

Nos gustaría que este Cuaderno de Viaje sea un bonito recuerdo de vuestro paso por Extremadura. Con él os invitamos a que, al tiempo que conocéis lo que escribieron autores nacidos en esta tierra, anotéis lo que el viaje o la lectura de esos textos os vaya sugiriendo.

De esta forma, el viaje no acabará al llegar a vuestra casa, continuará durante años en estas páginas y al releerlas volveréis a caminar por Extremadura.



# Índice

<i>Extremadura</i> .....	7
<i>Ruta 1: Cáceres - Alcántara - Arroyo de la Luz - Cáceres</i> .....	11
<i>Francisco Sánchez de las Brozas “El Brocense”</i> .....	25
<i>Ada Salas</i> .....	31
<i>Álvaro Valverde</i> .....	39
<i>Eugenio Fuentes</i> .....	51
<i>Ruta 2: Cáceres - Mérida - Cáceres</i> .....	71
<i>Jesús Delgado Valhondo</i> .....	79
<i>Dulce Chacón</i> .....	91
<i>José Antonio Zambrano</i> .....	109
<i>Luciano Feria</i> .....	113
<i>Ruta 3: Cáceres - Monfragüe - Trujillo - Cáceres</i> .....	129
<i>Javier Cercas</i> .....	139
<i>Andrés Trapiello</i> .....	155
<i>Ruta 4: Cáceres - Olivenza - Badajoz - Cáceres</i> .....	167
<i>Manuel Pacheco</i> .....	183
<i>Luis Álvarez Lencero</i> .....	191
<i>Ángel Campos Pámpano</i> .....	201



<i>Ruta 5: Cáceres - Alburquerque - Cáceres</i> .....	213
<i>Luis Landero</i> .....	219
<i>Addenda</i> .....	231
<i>Basilio Sánchez</i> .....	233
<i>Diego Doncel</i> .....	243
<i>José Manuel Díez</i> .....	253
<i>Juan Copete</i> .....	265
<i>Justo Vila</i> .....	275
<i>Pilar Galán Rodríguez</i> .....	283
<i>José Antonio Leal Canales</i> .....	293
<i>José Ramón Alonso de la Torre</i> .....	299
<i>Notas Biográficas</i> .....	309
<i>Directorio</i> .....	327
<i>Otras actividades</i> .....	331
<i>Nota final</i> .....	335



# Extremadura

Extremadura es una de las diecisiete Comunidades Autónomas con competencias legislativas que existen en España. Situada al sudoeste de la Península Ibérica, la región tiene una extensión de 41.634 Km<sup>2</sup> y una población de 1.073.381 habitantes, lo que supone una densidad de 25,78 h/km<sup>2</sup>.

Linda con las Comunidades Autónomas españolas de Castilla y León, al norte, de Castilla la Mancha, al este, y de Andalucía, al sur, y comparte una extensa frontera al oeste con las regiones portuguesas del Alentejo y Centro.

La Comunidad Autónoma de Extremadura tiene su capitalidad en Mérida, y su territorio comprende las Provincias de Cáceres (al norte) y Badajoz (al sur). Estas tres ciudades, junto con Plasencia y la conurbación integrada por los municipios de Don Benito y Villanueva de la Serena, constituyen los mayores núcleos urbanos de la región. La ciudad fronteriza de Badajoz es la más poblada con 136.319 habitantes de derecho.

Dos grandes cuencas hidrográficas (la del Tajo, al norte, y la del Guadiana, al sur), discurren de este a oeste por el territorio extremeño. La existencia de una completa red de pantanos y embalses, con una capacidad de 19.639 Hm<sup>3</sup>, soporta buena parte de las potencialidades energéticas y agrícolas de la Extremadura de hoy.

Extremadura cuenta con una red de carreteras de 8.698 km. de longitud. El territorio se vertebra a través de dos grandes vías de comunicación: la Nacional - V o Autovía de Extremadura, que



recorre la región de este a oeste y que conecta las dos capitales peninsulares de Madrid y Lisboa, y la Nacional-630, antigua Vía de la Plata romana, que discurre en dirección norte-sur paralela a la frontera portuguesa y que actualmente se encuentra en obras para su conversión en autovía.

La región tiene un aeropuerto en las cercanías de Badajoz desde el que se realizan vuelos regulares con Madrid y Barcelona. En lo que se refiere a las infraestructuras ferroviarias, Extremadura posee 988 km. de vías por las que transitan modernos trenes TALGO, que comunican las ciudades extremeñas más importantes con las principales ciudades de la península y con el tren español de alta velocidad, AVE, en Ciudad Real.

Extremadura es una tierra de contrastes que aportan a la región una gran variedad de matices. El clima mediterráneo con alguna influencia atlántica, con veranos muy calurosos e inviernos no excesivamente fríos, determina una rica variedad de espacios naturales en los que el agua es la principal protagonista (Extremadura es la región española con más kilómetros de costa -interior-) y donde predomina la dehesa, ecosistema natural que combina desde tiempos inmemoriales la explotación de los recursos naturales y el respeto al medio ambiente. Entre sus Espacios Naturales más significativos cabe destacar los Parques Naturales de Monfragüe, en la provincia de Cáceres, y de Cornalvo, en la de Badajoz, donde perviven las más puras manifestaciones de la vida animal y vegetal del bosque mediterráneo.

La economía extremeña se caracteriza por la gran importancia del sector servicios (78,12 %) que ha desplazado en las últimas décadas al indudable peso específico que el sector primario ha tenido secularmente en Extremadura. Esta evolución se entiende, entre otras razones, por la especialización de agricultores y ganaderos, por la



mecanización del campo, especialmente visible en los importantes regadíos del Guadiana y del Alagón, y por la pujanza del sector turístico que ha evolucionado espectacularmente y donde han surgido en los últimos años una gran cantidad de explotaciones de turismo rural. La industria extremeña se caracteriza por el hecho de que de las más de ocho mil empresas existentes en la región sólo el 1 % supera el número de cincuenta trabajadoras. Los principales subsectores industriales son el energético, el agroindustrial, el corchero, el textil y el de la piedra ornamental.

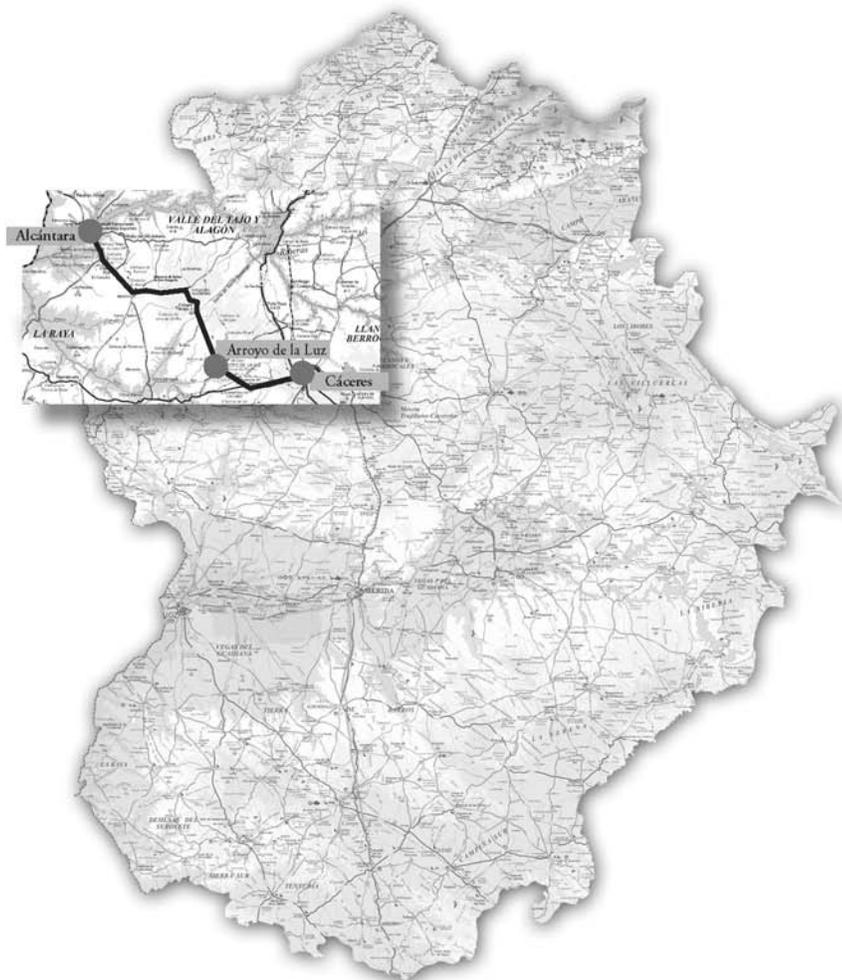
La región cuenta con un valor patrimonial de primera magnitud, resultado de las sucesivas culturas que históricamente se han instalado en el territorio. La ciudad de Cáceres, cuyo casco antiguo alberga uno de los conjuntos medievales más importantes de Europa, el Monasterio de Guadalupe y los yacimientos arqueológicos de Mérida, antigua Augusta Emérita romana, han merecido el reconocimiento internacional y la declaración de Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. También hay que destacar la belleza de la arquitectura civil y religiosa que adorna calles y plazas porticadas de algunas ciudades y pueblos como Trujillo, Zafra, Plasencia, Coria o Jerez de los Caballeros, así como la sencillez y el tipismo de la arquitectura rural extremeña.





# Ruta 1

*Cáceres - Alcántara*  
*Arroyo de la Luz - Cáceres*







## Lugares

### Alcántara

Alcántara (que en árabe significa el *punte*), situada al oeste de Cáceres, a 11 km. de la frontera con Portugal, en la margen izquierda del río Tajo, y con una población de 1.800 habitantes, está rodeada de importantes extensiones de bosques y matorral mediterráneo con espléndidas dehesas de encinas y alcornoques como especies arbóreas más representativas. En estas manchas la vegetación natural y los riberos de ríos y arroyos ocultan especies como el águila imperial ibérica, el buitre o la cigüeña negra. La comarca a la que pertenece ha sido declarada “Zona de Especial Protección para las Aves” y está en estudio la declaración de parte de ella como Parque Natural.

Fue habitada desde la prehistoria, como lo atestiguan los sepulcros megalíticos y un poblado fortificado de la Edad del Hierro conservados. En la época romana se llevará a cabo una importante construcción, el puente sobre el río. La originaria *Olivva* visigótica del s.VIII pasó a denominarse *Kantara-Ass-Saifar*, El Puente de la Espada, bajo el dominio musulmán. En esa época se establece un asentamiento permanente, cuya misión principal era controlar el paso por el puente. Durante la Reconquista, Alcántara fue un punto muy codiciado, precisamente por su situación estratégica y por la presencia del puente, con el que se controlaba el paso de ejércitos y ganados. Desde 1218 fue sede de la Orden de Alcántara, cuyo poder en la España cristiana fue enorme. A partir de este momento, la historia de la villa es la historia de la Orden, que fue adquiriendo un gran poder



económico debido a la gran concesión de tierras y privilegios que recibieron para su propia defensa y desempeñó un importante papel en los acontecimientos bélicos castellanos de los últimos siglos medievales, en unos casos apoyando al monarca y en otros tomando partido por bandos mobiliarios contrarios al rey. Los Reyes Católicos procuraron conseguir su control para asegurarse la pacificación del reino y de su codiciado patrimonio, que se anexionó a las propiedades de la Corona. Debido a su emplazamiento fronterizo con Portugal, Alcántara fue escenario de numerosos acontecimientos bélicos durante los siglos XVII y XVIII, llegando las tropas portuguesas a ocupar la plaza en diversas ocasiones.

Este rico pasado histórico ha ido dejando obras artísticas que nos recuerdan su importante papel. El puente romano, los restos de la muralla árabe, la presencia de la Conventual de San Benito (casa matriz de la Orden de Alcántara), la existencia de numerosos palacios señoriales y la muralla (reformada en tiempos modernos), son los principales eslabones de su paso por la historia. El puente romano es único en el mundo en su género. Se erigió en época de Trajano, tiene seis arcos sobre cinco pilares y se remata en el centro por un gran arco triunfal. En la orilla, un templo dedicado al César completa esta impresionante obra de arte e ingeniería.

El Conventual es obra del s. XVI, posee tres partes claramente diferenciadas: la grandiosa iglesia, el convento cuyo núcleo principal es el claustro y la llamada hospedería. Además, se ha añadido un auditorio al aire libre donde anualmente se celebra el Festival de teatro Clásico. También tienen interés las casas del barrio judío constituido por calles empinadas, y arcos que las cierran, donde aún se conserva una sinagoga. Las calles gremiales, las plazas, los rincones, los tejados a diversas alturas y las artísticas y monumentales



chimeneas hacen de esta villa un lugar pleno de evocadores recuerdos cautivadores por el visitante.

Fue la cuna de San Pedro de Alcántara, místico reformador de la Orden Franciscana.

Como en casi toda la provincia de Cáceres, la gastronomía está presidida por derivados del cerdo ibérico, que tan bien se produce en los encinares de la zona, cuyo producto alimenticio es la bellota. El cerdo de montanera da unos excelentes productos, destacando entre ellos el exquisito jamón de pata negra. Hay días que los productos del cerdo se comen por tradición. Así los días de San Antón, San Blas y Domingo Gordo (Domingo de Carnaval) se cocinan las coles con buchés, típico de la matanza casera. No hay que olvidar la cocina procedente del antiguo convento de la Orden Militar de Alcántara. Está demostrado históricamente que los franceses saquearon la biblioteca de la Orden en 1807 al mando del general Junot, cogieron los recetarios de la cocina alcantarina y los pusieron en práctica en los fogones de la Francia napoleónica, convirtiéndose en una importante base de la cocina regional francesa de nuestros días. Productos de esta cocina son el bacalao monacal, la perdiz al modo de Alcántara, el faisán, las perdices a la cartuja, la prueba de cerdo y las migas en invierno; las berzas en carnavales y los potajes y huevos rellenos en Cuaresma.



Ver poema de Álvaro Valverde (Pág. 49)



## *Arroyo de la Luz*

Está situado al sudoeste de la provincia de Cáceres, muy próximo a la capital, en la cuenca del Tajo, en la Comarca Cacerleña denominada Ruta de las Chimeneas, por la abundancia de estas. Cuenta con unos 6.600 habitantes.

Por su configuración como pueblo medieval, es de tipo radial; con edificios públicos e Iglesia Parroquial situados en el centro del pueblo, en la Plaza Mayor, de la que irradian las restantes calles.

Los vestigios llegados a nuestros días nos indican que el poblamiento de la zona es de época remota, lo avala la existencia de restos de dólmenes dentro del término municipal; sólo se conserva un ortostato (pieza vertical que serviría de muro). Otros restos que nos indican la antigüedad del poblamiento están relacionados con los pueblos prerromanos que se asentarían en territorio cacereño. Prueba de ello es el castro Prerromano de Sansueña, datado aproximadamente en el siglo VI antes de Cristo, relacionado, tal vez, con el pueblo Lusitano que dominaba la zona.

Arroyo se constituye como pueblo durante la Reconquista, en 1169, bajo la jurisdicción de Cáceres hasta el reinado de Fernando IV “El Bravo”. Pasará a ser independiente durante las guerras entre Pedro I “El Cruel” y Enrique II, pasando a poder de la Casa de Herrera, representada en este momento por García González de Herrera. En 1397, Arroyo de la luz pasa a estar bajo el gobierno del condestable portugués D. Nuño Álvarez Pereira hasta que años más tarde ya en el siglo XV los ejércitos del rey castellano recuperan la plaza. Será Enrique III “El Doliente” quien concede el escudo de armas a Arroyo en 1402, formado por un fresno o roble y un puerco o verraco. El señorío no será reconocido totalmente, por lo que crea



su propia jurisdicción a merced de los señores de Herrera y Benavente hasta los Reyes Católicos. Varias guerras minan el pueblo de Arroyo: contra los moriscos, portugueses y la guerra de la independencia en la que, durante tres meses, fue ocupado por los franceses, sometiéndolo a la destrucción y extorsión. En el siglo XIX Arroyo deja de ser dominio de los Señores de Benavente como consecuencia de la desamortización. y será el fin de los señoríos. A través de los siglos Arroyo sufrió graves crisis de subsistencia y mortandad, desde la peste, hasta las hambrunas producidas por las malas cosechas.

Son característicos del pueblo los escudos, que nos indican el estado de nobleza de los dueños de las propiedades, entre los que destacan los de los Holgado de Guzmán, Granada y Camberos, Ramírez Sánchez, Marín Bullón y Figueroa, entre otros.

De su Patrimonio Histórico cabe destacar el Ayuntamiento, que se situó ya en 1618 en el lugar que ocupa actualmente. De la Casa Palacio de los Marín se conserva su fachada, realizada en el siglo XVII como vivienda de D. Jacinto Marín, mayordomo del conde de Benavente, nombrado corregidor de Arroyo del Puerco. El Palacio de los condes de Benavente fue de los señores de la villa, quedan pocos restos visibles, su construcción data de los siglos XVI y XVII y sirvió como vivienda del corregidor o representante del Conde-Duque. El Castillo o casa fuerte de Herrera es de origen almohade, fue reconstruido y usado como fortaleza durante la Reconquista; a partir del siglo XIV se reutilizó como Castillo señorial, pasando a ser Casa Fuerte de Herrera. Realizado con sillares irregulares graníticos, está situado en una ligera loma al extremo S.E. del pueblo. El recinto interior es rectangular. Su fábrica es de mampostería y pizarra unida con argamasa; se accede a él mediante una puerta que se perfila con un arco apuntado. En el interior se advierten mechinales que nos



indican la existencia de varios pisos. El patio de armas desempeñó la función de cementerio municipal desde mediados del siglo XIX (1843). El Convento de San Francisco pertenecía a la orden de los descalzos franciscanos de S. Pedro de Alcántara. Está situado a extramuros de la población, fue fundado por los señores de Arroyo hacia el 1570 y, posteriormente, donado a los religiosos. Las Cruces de la Soledad están fechadas en 1625 y realizadas en piedras rematadas en cruz de hierro. La Cruz de la Leche es de principios del XVI y está realizada en piedra con tipología de columna, rematada por una cruz que consta de dos caras, en una aparece la figura de la Virgen con el niño, en la otra la figura de Cristo Crucificado. La Ermita de la Soledad (1626) es la menor de las ocho que existían en Arroyo. La Ermita de los Santos Mártires (XV) es en la actualidad Iglesia de San Sebastián. La Ermita de San Antonio Abad (XV), arquitectura del gótico popular, es ahora la Iglesia de San Antón; en su interior acoge a San Antón, del s. XVII y en madera policromada, y a S. Isidro Labrador como imágenes más antiguas. La Ermita de Nuestra Señora de la Luz está a unos tres kilómetros de la localidad, en el hermoso paraje formado por la Dehesa de la Luz. De origen prerromano, procedería de un primitivo templo paleocristiano. La talla actual de la Virgen, es de 1816, ya que la anterior fue quemada en la guerra de la Independencia (1808).

Cabe destacar la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, que fue construida aproximadamente entre el último cuarto del siglo XV y el primero del siglo XVI. Está declarada Monumento Artístico Nacional. Alberga en su interior varias obras pictóricas y escultóricas relevantes. El arquitecto fue Miguel de Villarreal y el constructor Rodrigo Alonso. En su interior, el templo consta de una sola nave, amplia y espaciosa. El sagrario en piedra es del siglo XV y las puertas son de plata. Toda la grandeza y hermosura del templo parroquial parecen destinadas a ser el continente digno y apropiado de una joya



maravillosa, el Retablo Mayor. El joyero que es la iglesia, quiso ser digno de la joya que es el Retablo. Retablo renacentista, quizás el más bello de toda Extremadura. En 1548, se adjudica la construcción a Alonso Hipólito. Consta de cinco calles verticales y tres pisos o cuerpos horizontales, más la predela o banco y el ático, cuatro entrecalles y cuatro hornacinas bajo las mismas. Si el Retablo es obra de gran categoría artística por su escultura y arquitectura, lo es más porque atesora veinte cuadros en tabla de LUIS DE MORALES "EL DIVINO". Es la mayor colección de obras del pintor que se conserva y la única que permanece completa en el mismo lugar para el que la creara.



## Cáceres

Cáceres ocupa 1.768 Km<sup>2</sup>, lo que le convierte en el municipio más grande de España. Encrucijada de comunicaciones sobre la Vía de la Plata, cuenta en la actualidad con una población de 88.250 habitantes, a los que cabe añadir otros 15.000 transeúntes, la mayoría de ellos estudiantes.

El conjunto urbano de Cáceres constituye un privilegiado enclave monumental que ha sabido conservar testimonios significativos de los distintos pueblos y culturas que se han asentado en su territorio. Desde los tiempos del Paleolítico Superior hasta la gran expansión



urbana del siglo XX, la capital de la Alta Extremadura encierra orgullosa un rico patrimonio cultural, cuyo excelente estado de conservación propició su declaración como Monumento Nacional en 1949, y su proclamación por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad en 1986.

La muy temprana ocupación humana de su entorno queda evidenciada en las pinturas rupestres paleolíticas de la cueva de Maltravieso. Hoy prácticamente integrada en el casco urbano, sus manos en negativo guardan el secreto de primitivos ritos de iniciación. No faltan restos del poblamiento de la Edad de los Metales, pero los primeros vestigios de cierta entidad en Cáceres corresponden a la etapa romana.



Se considera que el núcleo primitivo de la actual ciudad surgió a partir de la colonia *Norba Caesarina*, fundada por los veteranos de varios campamentos militares próximos hacia el año 25 a. C.

Tras un probable paréntesis de desplamamiento y abandono de la vieja colonia romana, la ciudad cobra renovada actividad con la llegada de los árabes. La nueva población musulmana reconstruye el núcleo intramuros, y reedifica sus nuevas murallas y torres de tapial sobre los recios sillares graníticos romanos. Los restos constructivos supervivientes de esta época -buena parte de la cerca de la alcazaba y el notable aljibe del desaparecido alcázar, hoy palacio de las Veletas- pertenecen ya a la etapa almohade, y, concretamente, al último tercio



del siglo XII, momento de inestabilidad política y militar a causa del amenazante avance de las tropas cristianas. Esta imponente muralla demuestra la importancia estratégica que poseía Cáceres como bastión clave en el acceso hacia la cuenca del Guadiana.

Con la definitiva Reconquista cristiana del lugar, acaecida en 1127 ó 1129, tras años de numerosas contiendas, Cáceres se convierte en una villa libre de realengo, condición que mantiene hasta 1882, cuando Alfonso XII la erige en ciudad. Durante los siglos XIII y XIV diversas familias nobiliarias del norte de la península comienzan a construir sus casas solariegas dentro del recinto amurallado, sobre el sustrato musulmán, dando lugar a la arquitectura característica del casco antiguo de Cáceres: edificaciones austeras, de fuerte carácter defensivo, con paramentos lisos a base de mampostería y sillares graníticos. De finales del siglo XIV, y especialmente de las reformas, ampliaciones y nuevas construcciones efectuadas durante el XV y XVI, datan la gran mayoría de los edificios civiles y religiosos que componen el casco antiguo cacereño. Sus numerosas torres palaciegas, muchas de ellas desmochadas a mediados del siglo XV por orden de los Reyes Católicos como vergonzante castigo a las facciones aristocráticas opuestas a su causa, son un callado testigo de los conflictos nobiliarios que asolaron a la Extremadura de fines de la Edad Media.

La gran actividad constructiva de estas centurias es un claro síntoma de fuerte impulso económico, nacido de la tierra y de la conquista americana, que se traduce también en un importante crecimiento demográfico. La ciudad desborda las viejas murallas, y crea barrios extramuros en torno a la Plaza Mayor -que sustituye a la vieja plaza de Santa María en sus funciones económicas y municipales-, en el flanco occidental, y la denominada “judería”, que se descuelga por el abrupto costado oriental del barrio antiguo. Se



construyen también iglesias extramuros, que configuran nuevas parroquias -colaciones de Santiago y San Juan de los Ovejeros, ésta última vinculada a las actividades de la Mesta-, y palacios en torno a la Plaza Mayor, que muestran orgullosos rasgos constructivos del nuevo estilo renacentista.

Tras un siglo de profunda crisis -el XVII-, se observa una tímida recuperación durante el XVIII, momento en el que se producen algunas reformas urbanísticas, se reconstruye la entrada principal al barrio antiguo -Arco de la Estrella-, se inician algunas grandes empresas constructivas -Iglesia y colegio de la Compañía de Jesús-, y se reforman palacios, conventos y ermitas. Intentos importantes de modernización del núcleo cacereño fueron el establecimiento de la Real Audiencia a fines del siglo XVIII, o su conversión en capital de la Alta Extremadura en 1833.

Sin embargo, estas funciones administrativas no terminaron de hacer despegar a la ciudad, cuyo trazado urbano permanece prácticamente inalterado hasta finales del siglo XIX o inicios del siguiente, momento en el que se diseñan y desarrollan los primeros ensanches: calle que une la Plaza Mayor con la de San Juan, o el futuro Paseo de Cánovas. De igual modo, el descubrimiento de unos yacimientos de fosfatos en 1864 en las proximidades del núcleo urbano -Aldea Moret-, y la inauguración del ferrocarril en 1881, permiten la ampliación de la ciudad hacia el sur durante el primer tercio del siglo XX. Igualmente el palacio de la Real Audiencia y la Plaza de Toros serán sensibles focos de atracción urbana. Estas áreas de expansión permiten el desarrollo de una arquitectura pseudomodernista y de renovación de una burguesía agrícola y comercial, que marca el último momento de florecimiento constructivo de la población.



Actualmente Cáceres es un núcleo universitario y de servicios, con una creciente actividad cultural entre la que merece destacarse la celebración de festivales medievales y certámenes literarios y artísticos, consolidados a partir de su declaración como Patrimonio Mundial de la Humanidad. Nos encontramos, en definitiva, con una ciudad que está aprendiendo a conjugar modernidad con una extraordinaria herencia histórico-artística, a ofrecer simultáneamente en un sólo recinto servicios turísticos de primera calidad, y uno de los más sugerentes y auténticos viajes al pasado del circuito monumental español.

El atractivo de la belleza de Cáceres incita a los viajeros a perderse en el laberinto medieval de sus calles y plazuelas, bajo arcos, torres y murallas, entre iglesias, hermosos conventos e innumerables palacios. El visitante descubre la mezcla de estilos en su arquitectura, desde el árabe, al gótico del norte, al renacimiento italiano y las influencias legadas de América. En Cáceres es posible degustar buenas migas, caldereta de cordero, o platos con mayor sabor a huerta, como el zorombollo (asado de pimientos, cebolla y huevo) o la sopa de tomate (con aditamento de uvas, melón e higos), sin olvidar los quesos del Casar y Los Ibores.





## *Autores*

### *Francisco Sánchez de las Brozas “El Brocense”*

*(Brozas, 1523)*

A mediados de 1523, nació Francisco Sánchez en Las Brozas, pequeña villa de la provincia de *Cáceres*. Sus padres, Francisco Núñez y Leonor Díez, fueron ayudados en la tarea de dar educación literaria a sus hijos por los dos hermanos de ésta, Rodrigo y Pedro Sánchez, que estaban en gran estima en la Corte Portuguesa, entre otras cualidades por su dominio de la lengua latina.

Pasó en Las Brozas los primeros años de su infancia hasta que, cumplidos los 11, sus tíos maternos le llevaron consigo a Evora, residencia de la Corte, para darle educación. A esta circunstancia se debe el que adoptara el apellido Sánchez en prueba de gratitud hacia ellos. Allí comenzó los estudios de latinidad y humanidades, que continuaría después en Lisboa, adonde se trasladó la Corte en 1537.

De 1539 a 1542, estuvo al servicio de la Reina Doña Catalina, hermana de Carlos V, en calidad de ayuda de cámara, cargo con el que serviría también al Rey Don Juan III, su marido, hasta que la petición de su tío Rodrigo hubo de salir para Castilla, agregado a la servidumbre que debía acompañar a la Infanta Doña María, quien en 1543 se casaría con el entonces príncipe Felipe (Felipe II).

La prematura muerte de esta Infanta influyó de manera decisiva en el futuro destino de Francisco Sánchez.

En 1545, comenzó en Salamanca el estudio de la Filosofía, que entonces se designaba con el nombre de *Artes*, estudios que, al cabo de



tres años abandonó, hartamente desilusionado ante las trivialidades que enseñaban sus maestros, para emprender los de Teología.

Basada la enseñanza de esta ciencia en la filosofía aristotélica, que tanto repugnaba a sus principios y a su natural criterio, no fue capaz de terminar los estudios teológico-escolásticos, acabando por abandonarlos para entregarse libremente al cultivo de las humanidades griegas y latinas.

Estudió de nuevo Humanidades en Salamanca bajo la disciplina del famoso Hernán Núñez de Guzmán (el Pinciano) y de León de Castro.

Siendo aún estudiante, contrajo matrimonio con doña Ana Ruiz del Peso, lo que le valió el abandono a su suerte por parte de sus tíos, viéndose obligado a la enseñanza privada de la Retórica y de las lenguas griega y latina.

Ya para entonces había escrito la primera de las muchas obras que saldrían de su fecunda pluma: *Declaración y uso del Relox Español entretexido en las armas de la muy antigua y esclarecida Casa de Roxas*, editada en Salamanca por Juan de Junta en 1549.

En 1554, ya Bachiller en Artes por la Universidad de Valladolid desde 1551 comenzó a regentar en la de Salamanca la cátedra de Retórica, y juntamente a enseñar la lengua griega, de la que era excelente conocedor. En esa misma fecha, publicó, a petición de algunos jóvenes estudiosos de la Universidad, el primer ensayo literario que le daría a conocer como erudito y humanista profundo, *Scholia in IV Angeli Politiani Silvas carmine heroico concriptas, scilicet Nutriciam, Rusticum, Manto et Ambram*.

Poco después moría su esposa Ana, con la que había tenido seis hijos. El dolor que le causó su temprana muerte lo dejó bien



plasmado en un sentido epitafio en espléndidos dísticos elegíacos, una de las composiciones poéticas en latín en las que afloran sus más vivos sentimientos.

Contrajo segundas nupcias con doña Antonia Ruiz del Peso, de quien tendría otros seis hijos, familia numerosa que le imponía una carga casi superior a sus fuerzas.

En 1556, fue nombrado sustituto de la cátedra de Retórica que venía desempeñando desde hacía dos años por convenio con el propietario, y en agradecimiento dedicó al claustro un excelente tratado de Retórica, en el que con un método sencillo y esencialmente didáctico, expone las doctrinas de los retóricos más eminentes que produjeron Roma y Grecia. Era su *Ars dicendi*, editado en Salamanca.

Como buen gramático y continuador fiel de la restauradora obra de Nebrija, se dedicó a componer un nuevo arte de Gramática latina, con el fin de facilitar a la juventud el estudio de este idioma, tarea que no pocos agradecerían, frente al estéril fárrago de reglas que acumulaban los inútiles preceptistas de la época para la enseñanza de esta lengua a los jóvenes estudiantes. Era la primera edición, en 1562, de sus *Verae brevesque Grammatices Latinae Institutianes*.

En 1573, obtuvo la propiedad de la cátedra de Retórica. Tres años más tarde sustituirá al maestro León en la cátedra de griego.

Especialmente fructífera será a partir de aquel año su inspiración para la prosa tanto como para el verso, escribiendo gran número de obras. Así, en 1573, se imprimieron en Lyon sus *Emblemata Alciati*, obra en la que da un brillante testimonio de su erudición clásica.

Aficionado desde sus primeros años a Garcilaso de la Vega levantó un monumento digno de su memoria con la edición que de sus obras hizo en 1574.



Otras producciones de este período son: *Organum Dialecticum et Rbetoricum, cunctis disciplinis utilissimun et necessarium* (1579; refundición de una gran parte de su obra *De arte dicendi*); *Grammaticae Graecae: compendium* (1581; como todos sus trabajos gramaticales se distinguen por lo fácil y sencillo de su método); *Paradoxa* (1582; preciosa colección de opúsculos gramaticales que reimprimirá después poniéndolos como apéndice a su *Minerva*); edición de las obras de Juan de la Mena, anotadas y corregidas (1582).

Apenas se hallará un escritor notable del siglo XVI que no haya sido perseguido por la Inquisición. No había de correr mejor suerte el Brocense y en 1584 comienza a instruirse contra él un primer proceso, con cargos como el haber dicho que «el Salmo *In convertendo* no estaba escrito en buen latín» y otras puerilidades. El 24 de septiembre presta declaración ante la Inquisición de Valladolid, quedando por entonces absuelto y recibiendo sólo una severa admonición.

Tres años más tarde, en 1587, vería la luz pública en Salamanca su obra magna: *Minerva seu de causis linguae Latinae*<sup>1</sup>. Con filial cariño se la dedicó a la Universidad de Salamanca: «Ingrati animi nota quî possem liberari, Mater Academia, omnium quot sunt, quotque fuerunt, Praestantissima, si ego hîc altus et educatus, ac per annos quadraginta tuis artibus et disciplinis exornatus, tibi nutricationis praemium non persolvissem?... Et quum pestis Barbariei pene totum orbem occupaverit, tu sola hac nota inureris, et innocens apud externos accusaris: quasi ullam possimus Academiam reperire, ubi vera, puraeque Latinitatis indagatrix, Grammatica doceatur... Nunc tu, Mater, huic tanto malo facile mederi poteris, si e cathedris tuis primariis, Laurentjo deturbato, Minervam, quae tibi offertur, patiaris pro illo pueris

---

1 Jesús María Pacheco descubrió una primera redacción de la *Minerva* fechable en 1562, en uno de los manuscritos que contiene su otra obra, *Institutiones*, editada en esa fecha. Es éste un importante descubrimiento que anticipa 25 años la dedicación del Brocense a su obra capital, anticipación que ya había sido apuntada por Mayans, e incluso por el mismo Brocense. Cf. Mayans, I, pp. 20 s. y 134 s.



explicari. Haec veras Latinitatis normas tradit... Quia Minerva tota in hoc est, ut regulas illas tuum veras, tum facillimas, esse perdoceat...»

No adoptó, sin embargo, la Universidad aquel precioso libro para la enseñanza. Pero pronto se difundió esta obra y si no en España, sí en el extranjero se multiplicaron inmediatamente sus ediciones. Pronto comprendieron los Gramáticos del XVII la profundidad de *La Minerva* del Brocense, su espíritu crítico y filosófico, y así lo testimoniaron en magníficos elogios y alabanzas del autor y de su obra que, posteriormente, sería en su parte teórica precursora de la lingüística de Port Royal, y en cierta manera de algunas corrientes del moderno estructuralismo lingüístico americano.

No se cansó de escribir el Brocense y pronto salieron a la luz nuevas obras suyas, demostrando siempre una gran inteligencia e inspiración, así como una magnífica formación clásica: *In Virgilii Bucolica Notae* (1591, Salamanca); *In Horatii Artem Poeticam Annotationes* (1591, Salamanca); *In Ibin. Ouid. et in Ternarium Ausonii Galli Annotationes* (1598, Salamanca); *In Auli Persii Flacci Opera Notae* (1599, Salamanca).

Fiel representante, como hemos visto, del humanismo filológico y filosófico, no estuvo, ni mucho menos, lejos de él el humanismo poético. «El Brocense, como humanista distinguido, no sólo amaba la poesía con pasión, sino que hacía excelentes versos, especialmente latinos, donde reinaba el buen gusto acompañado de cierto sabor de antigüedad, muy grato a cuantos ven el fundamento de las bellas letras en el estudio de los clásicos». Así define el Marqués de Morante en su *Biografía* (p. 70) al Brocense como poeta.

Siete años antes de su muerte, en 1593, pide *su* jubilación, que será acordada y concedida en el mes de junio de ese mismo año, quedando así vacante su cátedra de Retórica.



En la misma fecha, por denuncia del Doctor Palacios de Terán, se inicia su segundo proceso inquisitorial, que se prolongará hasta el mismo día de su muerte, 3 de diciembre de 1600<sup>2</sup>, en la ciudad de Valladolid, en la casa de su hijo Lorenzo que ejercía la medicina en nuestra ciudad.

Moría uno de nuestros más insignes humanistas, hombre de recio carácter, de profundas convicciones y firmes creencias humanas, religiosas e intelectuales; perseguido por el odio y la envidia de sus émulos y detractores, hasta más allá del sepulcro; como cuando la Universidad de Salamanca, azuzada por los numerosos enemigos que el Brocense tenía en esa escuela literaria, se negó a tributarle los honores fúnebres que hacía a los catedráticos difuntos y a pagar a su viuda e hijos los sueldos que le correspondían por todo el tiempo de su prisión; o como cuando para dejar asentadas una serie de cuestiones de intereses personales hubo quienes atribuyeron al Brocense un noble y piadoso testamento que Mayans no dudó en incluir en su edición de las obras de este autor como si realmente fuera suyo, pero que se ha demostrado falso al hallarse otorgado en el mes de enero de 1601, casi un mes después de su muerte (Cfr. González de la Calle, *op. cit.*, pp. 436-439).

No tardaría la Universidad de Salamanca en tratar de enmendar su ingratitud (en 1642, el Maestro Antonio Álvarez Valverde, catedrático de Humanidades, presentó al claustro una égloga latina con el título *Daphnis obitus et coronatio Menalcae*, en cuya composición se hace la apoteosis del Maestro Francisco Sánchez de las Brozas, imitando la Egloga V de Virgilio) y pronto empezarían a florecer los frutos de la vida y obras de nuestro autor.

(Introducción de Avelina Carrera de la Red a la obra Francisco Sánchez de las Brozas. Obras II Poesía. "Institución Cultural "El Brocense". Excma. Diptación Provincial de Cáceres, 1983)

---

2 No hay coincidencia exacta entre los autores al señalar el lugar y la fecha de la muerte del Brocense. Nosotros damos la del 3 de diciembre de 1600, fecha en que el Dr. Bravo cree haber demostrado tuvo lugar la muerte de nuestro autor.

*Ada Salas*  
(Cáceres, 1965)

Rostro mío

abrázate  
al oscuro  
reclamo de mi nombre.

A qué región me llegaré a  
buscarte  
ahora que reposas a mi lado  
en forma de deseo  
hombre  
cuya belleza apenas  
conocía. Cada día me ciñe  
su cilicio de ausencia.  
Me has herido de vida desde toda  
tu muerte

y no hay sueño bastante a tu vacío.

(Del libro *Variaciones en blanco*,  
Madrid, Hiperión, 1994)



Siendo mi cuerpo aquí.  
Hay algo dulce en él  
para el hambriento.  
Hundidle vuestras manos.  
Comedlo como carne  
o como agua.

Comed

Hasta que yo desaparezca.



No duerme el animal que  
busca  
su alimento. Huele  
y está tan lejos todavía  
el aire de su presa.  
Y vagará en la noche.  
Con la sola certeza de su hambre.  
Ciego

porque una vez ya supo

de ese breve temblor  
bajo su zarpa.

(Del libro *Variaciones en blanco*,  
Madrid, Hiperión, 1994)



Qué selva de silencios alzas

contra mí

qué airado río  
qué feroz cordillera  
si he bebido en la espalda  
profunda

de tu boca.

Qué altísimo  
temor  
puede ocultarle al hambriento animal

de la palabra.



Entonces  
era un tiempo cuajada de crepúsculos.

Eran la voz del mar  
y el corazón  
ungidos por la fiebre.

Era  
el beso purísimo del miedo  
era el olvido

y la noche era una agua

sedienta.

(Del libro *Variaciones en blanco*,  
Madrid, Hiperión, 1994)



Vengo del aire manso.

He visto la hora blanca  
en que todo se agita

y arden la sombra y sus hogueras

y la luz  
y sus lagos.

Torre soy.

Nadie ciegue mis labios.

(Del libro *Variaciones en blanco*,  
Madrid, Hiperión, 1994)



Acogiera mi boca el temblor  
de la tuya. Esa turbia  
palabra que te ronda los labios  
y clava  
cuatro cruces de luz en la rosa  
de tu manso paisaje.  
Abierta  
como a brasa la bebiera.

Qué abismo escaparía  
a la lengua voraz de mi memoria.



Hay libros que se escriben sobre la carne  
misma.  
Son esas cicatrices que nos hablan  
y sangran  
cuando el tiempo se rinde a su derrota  
un puñado de signos que apenas  
comprendemos  
  
y eran el beso intacto de la vida.



No sabe del dolor la piedra  
que golpea. No la estremece el grito  
ni acaricia la mano  
que la lanza. Obedece a su peso  
y al deseo del aire.

Mineral

es mi voz.

Hambriento corazón qué puedo darte.



Allí sobre la luz.  
Donde el tiempo atesora  
tanta leve materia

hallaré mi reposo.

La sombra en la quietud halla su abrigo.



No limpian las palabras.  
Alumbran una isla en el lugar  
del miedo y extienden una rama  
al paso de los pájaros. Acogen  
cuanto nace del hambre de las cosas  
y mueren en silencio.  
Pero su amor no limpia.

Como no limpia el llanto el rastro  
de estar vivos.

(Del libro *La Sed*,  
Madrid, Hiperión, 1994)





*Álvaro Valverde*  
(Plasencia, 1959)

La imagen sucesiva del agua en su transcurso. La de las aguas quietas que ocupan un estanque. Heráclito, su río y el bañista. El reloj que del sol hurta las horas. La penumbra dorada de las lamas. El viaje lentísimo de un tren perdido en la alta noche. El baño tibio en un cuarto de hotel cuando ya es tarde. El surtidor constante de una fuente. Las aspas de la asfixia que giran con los trópicos. El sueño reiterado que sueña un hombre insomne. La mirada violeta del crepúsculo. La arena que resbala por un cuento de Borges. La demora en el arte de pulir unas lentes. El instante de ver, en la luz, su transcurso. Los reflejos del sol sobre el haz de las hojas. El sosiego y la sombra de los muros de Yuste. El silencio sonoro de un claustro antes del alba. La música callada de un encinar de agosto. El eco persistente de un sonar de cigarras. La mañana ocupada en leer viejos libros. La tarde paseando una senda distinta. Una mujer dormida con la espalda desnuda. Las estancias que guardan el olor de otra época. La palmera, su erguida, complaciente extrañeza. El rumor de las aguas de una oscura garganta. La lisura engañosa de sus cantos rodados. La visión desde arriba de las hoces vacías. La tan bella efímera floración del cerezo. Transitar por las calles de Plasencia en verano. La gastada evidencia de saberse de paso. El frescor coronado por la red de una parra. El sabor acre y seco que desprenden las ruinas. Traspasar el umbral al volver de un viaje. El viento del invierno soplando en las ventanas. Esa imagen que fija para siempre una estampa. El azar y los límites de cualquier biblioteca. La verdad de Bergson. El recuerdo de haber habitado un jardín. La plaza de Trujillo suspendida en la siesta. Contemplar la ciudad desde alguna azotea bajo el cielo estrellado de las noches de julio. La grisura infinita de los cinco océanos. Las largas guindalezas de barcos sin retorno... Hablo del tiempo.

## Una Carretera

SOLO sé dónde empieza.  
Se desprende despacio de las últimas casas.  
Sus primeros kilómetros los flanquean paredes,  
pequeños huertos, cuadras.  
Sus cunetas, un tráfigo  
de mujeres cargadas, de caballos al paso,  
de coches y tractores detenidos,  
de hombres silenciosos  
que fuman mientras piensan  
en la poda, en el riego, en la helada...  
Algunos árboles conservan aún pintados  
sus troncos blanquecinos.  
Son olmos muy enfermos  
que han visto, en otros tiempos, a su sombra  
pasar a forasteros, amarse a enamorados,  
huir a paseantes que hicieron del paseo  
-ritual, ameno, reiterado- otro destino.  
El humo de cercanas chimeneas  
a veces los envuelve. Fantasmales,  
extienden sus ramajes,  
torcidos y desnudos,  
de gigantes.

Una curva  
señala, al fondo, el límite.  
No sé qué es lo que habrá  
tras ella.

Nadie  
se ha atrevido a doblarla y, si lo ha hecho,  
no regresó hasta aquí para contarlo.



Me basta imaginar que su revés  
se abre a un mundo distinto,  
con ciudades capaces de albergar al extraño,  
alguien que desoyendo de todos el consejo  
alargó su viaje, más allá,  
hasta perderse.



## *Ciudad de Ceniza*

*UNA* ciudad es todas las ciudades.

Cruzas el mismo andén, las avenidas iguales y lejanas, tan inhóspitas como esos edificios que proyectan su luz vítrea y opaca en el asfalto.

Una ciudad es sólo un sentimiento de euforia o de catástrofe, un círculo que es suma de otros círculos igual de fantasmales.

Es un azar, una ciudad; un tramo entre dos direcciones de ida y vuelta, y un idéntico fin y un mismo origen.

Con la mirada hundida, el paso rápido, recorres sin cesar las mismas calles que desoladas cercan tu destino.



## *Mecánica Terrestre*

Lo mismo que una imagen  
recuerda a alguna análoga  
y una sombra a la fresca  
humedad de otra estancia  
y un olor a una escena  
cercana por remota  
y esta ciudad a aquélla  
habitable y distante,  
así, cuando la tarde  
se hace eterna y es julio  
todo expresa una múltiple,  
inasible presencia,  
y el agua es más que el filtro  
de lo que fluye y pasa  
y la luz más que el velo  
que ilumina las cosas  
y el viento más que el nombre  
de una oscura noticia.

## Una Casa de Campo

ALGUIEN que no conozco,  
alguien, diría,  
que en realidad no existe,  
se llegará hasta aquí  
en una tarde idéntica de julio  
tras haber recorrido  
la asequible distancia que separa  
la callada ciudad de este paraje.  
Se desviará después por el mismo camino  
y abrirá, como yo, la misma verja.  
Bajará muy despacio el tortuoso  
sendero que flanquean  
bancales de cerezos.  
Cruzaré el puente.  
Escucharé el sonido de las aguas  
que corren río abajo confundido  
con el fresco batir de la aliseda.  
Se sentará un momento bajo el porche  
a respirar la sombra del verano.  
Tras el umbral, el arco de las rosas  
y más allá, la mesa construida  
con la gastada piedra de molino  
que un día levantamos con poleas  
hasta la posición que la sostiene.  
Sobre ella, y sobre el suelo  
de lajas de pizarra, la parra donde cuelgan  
-verdes y ácidos-  
racimos abundantes en agosto.  
La casa, en su penumbra,  
ocupará sin duda el mismo sitio



que hace siglos sus dueños eligieron.  
Si siguiera subiendo, y si luego dejara  
a la derecha algunos huertos,  
llegaría al estanque. Estará, como hoy,  
el agua quieta, reflejada  
en el ocre de los muros  
y en el verde brillante de las ramas  
de la viña y los árboles frutales  
que entera y por completo la rodean.  
Podrá anegarse crédulo  
en sus aguas oscuras;  
contraerse aterido  
en las frías corrientes  
que disfrazan su fondo.  
Ya en lo alto, en el extremo norte  
de la finca, junto a higueras fecundas  
y carrascas y robles y retamas y zarzas,  
podrá admirar, casi a vista de pájaro,  
una imagen completa del lugar.  
No sé qué sentiré cuando contemple,  
a solas y en silencio, cuanto ve,  
pero acaso coincida con lo mismo  
que ya he sentido yo o quienes antes  
pasaron por aquí.  
Un sentimiento semejante  
a lo que un monje podría llamar Dios;  
los pintores, color; un arquitecto, luz;  
el escultor, vacío; un filósofo, el ser  
y un poeta, tal vez,  
la verdad, la belleza.

(Del libro *Mecánica Terrestre*,  
Barcelona, Tusquets Editores, 2002)

## *El Reino Oscuro*

He temido el encuentro. Sí, supuse probado  
que esa ignota comarca encerraba secretos  
que eran míos de antiguo.  
Que su mito era fruto de una aciaga mentira.  
Sus leyendas tejieron una red de emboscadas.  
Cuando apenas conozco, hago mías las huellas  
de esos pasos que ahora  
asimila la sombra.  
Cada casa o iglesia, cada muro o sendero,  
participan del tránsito.  
Suspendidos proponen su ficción de promesas.  
Junto al río, sentado, al pasar de la noche,  
he entendido lo inútil de ofrecerles batalla.  
Paralelos discurren dos viajes. A un tiempo,  
retrocedo y avanzo. Peregrino a las fuentes  
y aun así permanezco.  
Voy de paso. ¿Hacia dónde?  
¿Qué remoto espejismo me depara el presente?  
¿Por qué yendo, regreso? Trazo círculos, lanzo  
piedras planas al agua. En sus ondas intento  
apresar el que sea, para mí, convincente.  
Con paciencia, persisto. Fijo el pulso. Procedo.  
Son ensayos fallidos. Darán cuenta algún día  
de la vida de un hombre: solo, ajeno, consigo.

(Del libro *El Reino Oscuro*,  
Editora Regional de Extremadura, 1999)



Suponed que de pronto detenéis el trayecto.  
Una ciudad, la plaza, los palacios. Silencio.  
El azar de las calles os conduce extramuros.  
Fuerapuertas, y a solas, observáis la muralla.  
Desde allí, su caída. Más allá, fluye el río.  
Dilatada, la estampa se define perfecta.  
Constreñida a un paisaje de pizarras y ruinas,  
la mirada era presa de una suerte de cerco.  
No es preciso inventar territorios, arcadias,  
paraísos, jardines, islas, fuertes, enclaves.  
Leve evoca este muro aquel yermo collado  
que cantara Leopardi.  
¿No es posible encontrar en la vida que aceptas  
una vaga noción de su mismo *infinito*?  
Al volver, ver la casa rodeada de hiedra:  
verdecida, envidiable.  
El afuera se incrusta en la fe del adentro.  
La mirada se abre.  
A su ser,  
transitiva.

(Del libro *El Reino Oscuro*,

Editora Regional de Extremadura, 1999)



He llegado. Me acerco  
con cautela a la orilla y distingo en las aguas  
una suerte de antigua y fugaz transparencia.  
Queda al lado un *desierto*, un lugar retirado  
que una puerta franquea preservando el destino  
de los hombres que huyen. Una breve vereda  
que coronan cipreses nos conduce a la senda  
reiterada, a los pasos  
que se llegan a Yuste -el otoño dorado  
de la hiedra rojiza y el estanque en penumbra-,  
al jardín de Abadía -ruinas, mármol, canales,  
Lope, acantos y olivos-.  
Es difícil saber  
sobre qué edificamos  
la virtud. Qué lugares  
-evocados o vistos- nos contienen.  
Paredes,  
tapias, huertos, banales,  
muros hechos de piedras  
colocadas siguiendo cumplimientos idénticos.  
Minuciosos remiten  
a un estado de cosas que se pierde.  
Enseñanzas  
de la edad sometidas  
a un complejo sistema en precario equilibrio.  
Su presencia anticipa la verdad de la historia.

(Del libro *El Reino Oscuro*,  
Editora Regional de Extremadura, 1999)



## *Puente de Alcántara*

*Soy un hombre que mira un viejo puente.*

Lo he visto tantas veces... sin embargo,  
sólo ahora es real.

Cuando al atravesarlo, piso losas  
gastadas por el tiempo  
y compruebo, con vértigo, la altura  
que salvan sus arcadas sobre el tajo,  
mi voluntad se sobrecoge.

A ras de superficie, un pájaro planea.  
Su sombra se refleja, fugaz, en la corriente.

Presiento la caída del cuerpo de un suicida  
que se arroja veloz contra las aguas.

Flota luego un cadáver. Lleva ropajes pardos.  
Su dolor era antiguo, como el mundo.

Del fondo de otro río,  
el del olvido,  
emerge mi memoria, transformada.

(Poema inédito)





## *Eugenio Fuentes*

*(Montehermoso, 1958)*

La tarde en que lo iban a matar, Gustavo Larrey fue el primero en llegar al colegio. Consideraba que la puntualidad no era un mero ejercicio de cortesía o educación, sino una condición inexcusable de solidaridad hacia los otros. Era un hombre madrugador, a quien ni siquiera los dos meses de vacaciones estivales habían podido acostumbrar a la pereza, a quedarse en la cama cuando los ruidos de los coches y los pasos de los primeros viandantes comenzaban a resonar en las calles. No fumaba. La buena forma en que se mantenía como profesor de Educación Física y una cierta energía interior también lo empujaban fuera del lecho, aunque se hubiera acostado tarde, y no porque se lo hubiera propuesto como un hábito de salud, sino porque su cuerpo parecía pedirle una actividad que su cabeza no rechazaba. A menudo, antes de desayunar, salía a correr unos kilómetros hacia la Fuente de Chico Cabrera, casi siempre el mismo itinerario, del que conocía la distancia hasta cada hito, las subidas y las bajadas, los baches y las piedras que debía evitar para no tropezar y caer.

También aquella mañana se había levantado temprano. Empleó las horas en limpiar la casa, hacer la compra y preparar la comida, de modo que, a las dos, cuando su mujer llegó del hospital, encontró la mesa puesta, los manjares olorosos y recientes y una fragante rosa roja en un violetero. Comieron, recogieron todo y tomaron café en la cocina. Ése era un momento delicioso que les gustaba compartir, sobre todo en las semanas en que ella tenía guardia nocturna en el hospital y disponían de menos tiempo para estar juntos. Luego se habían ido a la cama, porque ella entraría de nuevo a la noche para un turno de doce horas. Hicieron el amor y él se levantó poco después, mientras su mujer se adormecía escuchando en la radio las primeras noticias de la tarde, las tertulias cuyos miembros a menudo



convertían la noble tradición del diálogo al servicio de la sabiduría en un rastroso oficio al servicio de la difamación.

Gustavo Larrey procuró no hacer ruido con las puertas y con la ducha para no despertarla y se preparó para salir. Siempre que iba al colegio llevaba chándal, necesario para el trabajo en la pista, pero ese último día antes del comienzo de las clases aún se vistió con ropa de calle, un pantalón oscuro y una camisa clara. La reunión del Consejo Escolar estaba convocada para las seis de la tarde y, si bien con los compañeros apenas cuidaba su aspecto, el chándal parecería un gesto de mal gusto, si no de desprecio, al lado de los padres.

Cuando llegó al colegio, la valla exterior ya estaba abierta, pero no la puerta del edificio. Abrió con su llave y se dirigió al despacho reservado al profesor de Educación Física, una pequeña habitación junto al cuarto donde se guardaba el material deportivo. Se sentó ante la mesa y, sin prisas, hojeó el periódico regional que compraba todos los días. Se detuvo en las páginas culturales y deportivas y durante algún tiempo estuvo leyendo algunas crónicas.

Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. De un cajón extrajo una carpeta con la programación de la asignatura que debía llevarse después a casa y, para que no se le olvidara, la colocó encima del diario. Luego volvió a leer la convocatoria del Consejo Escolar donde venía expuesto el único punto del día: la elección del nuevo director para el próximo cuatrienio, una vez concluido el periodo de mandato del anterior. Dos eran los candidatos: Jaime De Molinos, que lo venía ejerciendo desde hacía ocho años y quería continuar en el cargo hasta jubilarse con todas las ventajas administrativas y económicas, y Nelson. La continuidad frente a la renovación, pensó. O, al menos, así lo habían presentado ellos dos en sus proyectos.

Pero los había leído con atención y en realidad no había muchas diferencias entre uno y otro. Quiquiera que resultara elegido, nada cambiaría apenas en el colegio. Por eso no iba a ser fácil la elección.



Ambos tenían un grupo de partidarios muy igualado y sólo los indecisos como él podrían inclinar el triunfo hacia uno u otro. Él todavía no había decidido a quién votar. Le molestaba la actitud y el tono autoritario habitual en De Molinos, pero no tenía ninguna confianza en las dotes de gestión de Nelson, en su capacidad para tomar decisiones frente a la inspección o frente a la ocasional arbitrariedad de los padres, en su energía para resolver los pequeños asuntos casi domésticos que tanto influían luego en el buen desarrollo de las clases: las obras de reparación, la elección de editoriales o las contrataciones de material, el control de la calidad en los menús del comedor escolar, las actividades extraescolares.

Ya había comenzado a llegar gente, porque oyó los murmullos de las conversaciones que parecían amplificarse en el edificio vacío de niños. Desde su despacho reconoció la voz de Rita, la última incorporación al centro, una logopeda con quien había encontrado afinidad desde el principio. Su voz, ahora, tras el verano, volvía a ser agradable, parecía haberse limpiado de aquella tristeza que tuvo durante el último trimestre del año anterior.

Cogió la convocatoria del Consejo Escolar y se levantó para ir a saludarla. Al asomarse al pasillo, la vio entrar en el despacho de dirección y fue hacia allá, porque quería sentarse junto a ella en la reunión. Estaba haciendo unas fotocopias. Larrey se dio cuenta de que, al coger de su mesa la convocatoria, se había traído también el periódico y la carpeta, pero decidió dejarlos allí y, cuando acabara el Consejo, volver a recogerlos.

Rita terminó con las fotocopias y se fueron juntos hacia la sala de profesores. Ya estaban casi todos. Jaime De Molinos hablaba con la secretaria, Julita Guzmán, y con Corona, el jefe de estudios. Nelson bromeaba con el grupo de padres.

Rita estaba especialmente guapa. El bronceado del verano aún no había comenzado a apagarse en su piel y algunas pecas en la nariz y en los pómulos personalizaban su rostro de un modo fresco, casi infantil.



-¿Ya has decidido a quién vas a votar? -le preguntó, sin interés por forzar la confidencia. Sospechaba que escribiría en la papeleta el nombre de Nelson, pero tenía la suficiente confianza con ella para que ambos supieran que no le estaba pidiendo ningún nombre.

-Sí. En blanco.

-No, por favor. Tenemos que hacer que esto sea lo más corto posible. Va a estar tan igualado que es mejor decidir de una sola vez.

Se callaron, porque en ese momento, como si hubiera sonado el timbre que al día siguiente convocaría a los alumnos a las filas, entraron los miembros del Consejo Escolar que faltaban.

Generalmente, De Molinos tenía que pedir silencio antes de comenzar cualquier reunión, porque las conversaciones y los comentarios intrascendentes se demoraban y se resistían a morir. Pero ahora no fue necesario. Enseguida se hizo un silencio expectante, sólo roto por los ruidos de las sillas que se ajustaban ante la gran mesa rectangular de la sala, por algún bolígrafo que tamborileaba suavemente, por algún encendedor al prender un cigarrillo.

Nadie puso ninguna objeción al acta de la reunión anterior, como si su lectura fuera un prólogo aburrido e innecesario que, sin embargo, había que cumplir para darle a lo que vendría después un marchamo reglamentario de orden y legalidad. La propia voz de la secretaria, Julita Guzmán, una voz sin matices, plana y seca, poco hospitalaria, parecía oponerse a cualquier comentario.

Mientras leía, Larrey se fijó una vez más en su rostro, intentando encontrar el perfil de los labios muy finos, o hallar alguna emoción en sus ojos exprimidos de luz. Era una figura gris que fuera del colegio a nadie llamaría la atención, soltera y, según los comentarios de todo el mundo, irremisiblemente virgen a sus cincuenta y cinco



años. Perteneía a ese tipo de mujeres que, a fuerza de ser castas, terminan idealizando su propia castidad. Pero no ocupaba el cargo de secretaria sólo por su afinidad a las rígidas ideas de Jaime De Molinos; también porque su eficacia y su obsesión por el orden la hacían la persona idónea para aquel puesto. Administraba el dinero del colegio con tanto rigor como administraría su propio dinero. Controlaba con precisión las fotocopias particulares que hacía cada profesor o los pasos del contador del teléfono, y pasaba el coste de las llamadas con la misma puntualidad que la compañía de teléfonos. Distribuía el material escolar de manera ecuánime, para que cada aula tuviera todo lo necesario sin que sobrara nada.

Despachaba al día toda la correspondencia, todos los expedientes de los alumnos, todas las faltas de los profesores toda la documentación, sin cometer errores, con un orden que en el colegio era necesario para no perderse entre tantos papeles. Por eso aceptaba mal los errores de los demás, las tachaduras al rellenar un libro de escolaridad, una equivocación en un acta. Algunos profesores la odiaban con un odio perseverante y a menudo ella, más que De Molinos, era el objetivo de las críticas por un malestar provocado por cualquier exigencia nimia. Rita, contra quien había manifestado alguna vez su intransigencia y su incomprensión por el trabajo que desarrollaba, le había dicho en una ocasión a Larrey: «Odia a los niños. Odia que ellos, día a día, vayan haciéndose más fuertes, más autónomos, más sabios, mientras ella, día a día, va haciéndose más vieja, más torpe, más débil».

Alguien muy diferente a Manuel Corona. Aunque todos los que lo conocían pensaban que su carácter era lo contrario al exigido para un jefe de estudios -es decir, alguien dinámico y creativo, hábil y dialogante, que supiera ejercer la delicada labor de correa de transmisión entre la directiva y el claustro-, llevaba también varios años en aquel puesto y nunca había existido una razón poderosa para que alguien protestara contra él. Su modo de organizar los aspectos



académicos -inclinado a un *laissez faire* y a revestir de un carácter sagrado la libertad de cátedra para que cada profesor hiciera dentro de su aula lo que quisiera- no coincidía del todo con la rígida concepción disciplinaria de De Molinos, pero desde el principio éste lo había incluido en su equipo, como el líder que cede una parcela de poder a sus adversarios políticos para aparentar que no sólo es generoso y condescendiente con quien no piensa como él; también esa cesión le sirve de amenaza para sugerir que si no aceptan aquello no habrá ningún otro gesto.

Era casi obeso, algo raro en una profesión de gente magra a quienes el esfuerzo diario con los niños, la tensión permanente y el continuo agacharse hasta su altura les impide engordar, y se hacía fácil pensar en él como futura víctima de una apoplejía fulminante. Tenía esa figura de gordo que sufre dificultades para comprarse ropa adecuada a su talla y para atarse los zapatos. Bajo su barbilla, una papada como la papada de las ranas latía con los mismos espasmos. Iba al colegio vestido siempre con chaqueta y corbata, lo que le servía como excusa para evitar cualquier contacto físico con los alumnos. Su obsesión por la limpieza le hacía lavarse continuamente las manos, y, cuando no podía, usaba esas toallitas jabonosas aptas para bebés que guardaba en un cajón de su mesa. Llevaba gafas de montura mínima y se le veía siempre recién afeitado, aumentando así la prominencia de su labio inferior, que parecía aplastado bajo el peso del superior y de las gruesas y brillantes mejillas.

-Si no hay alegaciones, vamos a pasar al único punto del día: la elección de director para un nuevo periodo de cuatro años -dijo la secretaria.

Leyó los nombres completos de los dos candidatos -don Jaime De Molinos Díaz, don Luis García Nelson- y mencionó sus proyectos, que posiblemente muchos no habían leído. Pasó las papeletas para la votación y explicó los detalles del procedimiento.



Fueron necesarias dos votaciones. En la segunda, con la voz recorrida por un temblor de inquietud cuando leyó el nombre escrito en el último papel, la secretaria proclamó que don Luis García Nelson había resultado elegido director para un próximo periodo de cuatro años.

Larrey miró extrañado a Rita y encontró la misma expresión en los ojos de ella. Los dos lo habían votado en la segunda ronda, pero aun así no esperaban su triunfo. La propia dinámica de la elección estaba hecha de tal modo que era muy difícil revocar a un director en ejercicio, quien, una vez en el cargo, podía fácilmente perpetuarse hasta su jubilación si no cometía errores graves y evitaba los escándalos. Incluso sin contar con el apoyo de los profesores, únicamente con los votos de los padres -siempre faltos de información detallada sobre el trabajo interno y, por ello, proclives a aceptar el pequeño grado de autoridad que emana de un puesto así- se podía salir nuevamente elegido. Porque, al contrario que en el desempeño del poder político, donde hay que tomar decisiones que van provocando irremisiblemente su erosión, en un centro escolar el desempeño del poder va afianzando a su titular, lo va revistiendo de un prestigio y una jerarquía que serán las mejores armas para su continuidad.

Larrey y Rita vieron cómo Jaime De Molinos se levantaba para estrechar la mano del vencedor, murmurando una felicitación que apenas lograba entreabrir sus labios. Enseguida, la secretaria concluyó oficialmente la reunión. Debía de estar pensando que era la última a la que asistía y su voz, al leer el acta de la votación, tenía el tono ceremonial de una despedida.

Todos comenzaron a levantarse, comentando las incidencias ocurridas. Al salir, Larrey oyó que De Molinos le decía a Nelson:

-Supongo que podrás esperar un día para ocupar el despacho. Tendré que llevarme algunas cosas.



-Claro, el tiempo que necesites -respondió-. Pero ahora creo que deberíamos tomar todos una cerveza. Ya hemos hablado mucho.

Salieron del edificio. El sol ya se había ido y la oscuridad del cielo quedaba mitigada en el patio por los focos que iluminaban la pista central. De Molinos cerró la puerta y, poco después, todos los miembros del Consejo Escolar estaban ante la barra del bar donde cada día solían tomar café los profesores que no tenían guardia de recreo. Nelson se sintió obligado a invitarlos, acaso él también asombrado de su triunfo, pero satisfecho de la dosis de venganza hacia quien le había vetado cualquier posibilidad de cambio y de ascenso en los años anteriores.

Efectivamente, no quedaba mucho que hablar y Julita Guzmán, que nunca participaba de aquellas celebraciones, fue la primera en anunciar su marcha. Los demás pronto la fueron imitando. Al día siguiente comenzaban las clases y era necesario llegar con puntualidad. El grupo de padres, sin embargo, aún se quedó en el bar, excepto uno de ellos, que pretextó asuntos urgentes para irse.

Larrey acompañó a Rita hasta su coche y allí se demoraron unos minutos hablando del resultado de la votación, de lo que Nelson podría mejorar si en verdad se decidía a hacerlo y de una cierta lástima hacia De Molinos.

-Si quieres te llevo a casa -le dijo Rita.

Él solía hacer el trayecto caminando, pero ya iba a aceptar su invitación cuando recordó algo.

-Tengo que volver. Me he dejado el periódico y la carpeta en el despacho de dirección.

-Te espero -insistió.

-No, no merece la pena.



Desanduvo los ochenta metros que lo separaban del colegio. La valla seguía abierta, pero le extrañó que también lo estuviera la puerta principal del edificio, porque media hora antes De Molinos la había dejado cerrada. Alguien había dicho que esa tarde el conserje no estaba, que había tenido que ir al hospital con un familiar enfermo. Sintió envidia de él, porque era posible que se cruzara con mujer caminando por un pasillo o cuidando a un paciente, y la echó de menos. Llevaban ocho años casados y seguía tan enamorado de ella como al principio. Aquellas noches en que tenía guardia se le hacían largas y tediosas, no sabía bien en qué emplearlas y al acostarse añoraba su contacto tibio, íntimo y suavemente perfumado. Su recuerdo le trajo una oleada de bienestar y paz que hundió en el olvido las tensiones de la reunión. Pensó que al día siguiente comenzaban las clases y estaba seguro de que también durante el próximo curso sería feliz.

Entró y, sin encender los tubos fluorescentes del largo pasillo, que en la oscuridad del edificio tendrían algo de escandaloso y alarmante, guiándose por los pilotos de emergencia y por la claridad que llegaba de los focos del patio, avanzó hacia el despacho de dirección. En un lugar generalmente tan ruidoso, el silencio parecía más hondo y, de algún modo, triste. La llave se colgaba en un clavo tras el tablón de anuncios. Todos los profesores lo sabían, porque cualquiera podía ser el primero en llegar o el último en irse, por tener cualquier reunión o por haberse demorado preparando las clases. Abrió la puerta. Las persianas de las ventanas estaban levantadas y no necesitó encender la luz para identificar en la penumbra su carpeta y el periódico encima de la mesa, donde los había dejado. Avanzó unos pasos, estiró el brazo para cogerlos y en ese momento sintió un golpe en la nuca y vio que todo se iluminaba con una intensa luz blanca.

(Del libro *La Sangre de los Ángeles*, Barcelona, Alba Editorial, 2001)



## *Las Manos del Pianista*

CUALQUER ENCARGO QUE recibo para *ocuparme* de un animal, tarde o temprano termina convirtiéndose en un encargo para matarlo. Sin embargo, casi nadie se atreve a usar esa palabra al comienzo de la conversación, y los más hábiles a menudo han logrado eludirla incluso al cerrar el trato. Poco importa entonces lo que digan, lo único importante es que yo comprenda y actúe en consecuencia. Aunque muchos aseguren que no quieren saber detalles, todos esperan que su animal o mascota no sea cedido o regalado a nadie, de Breda o de otro lugar, sino que desaparezca para siempre.

La mujer que me llamó hace dos días fue categórica desde el principio: quería que matara a las palomas del parque que ensucian sus ventanas y balcones. No utilizó ningún disimulo ni hipocresía ni excusas para pedir mi concurso.

Llamo al timbre de su casa, en uno de esos edificios reformados que, sin ser vetustos palacios, tienen la antigüedad suficiente para ocultar su profundidad y sus límites y desconcertar al visitante sobre su trastienda o sus sótanos, sobre la distribución de sus habitaciones. La mujer tiene la edad más joven de las posibles que había imaginado: ya no volverá a cumplir los treinta años, pero aún no habrá llegado a los treinta y cinco. Y no me gusta. Sé que hay hombres que se sienten atraídos por esas mujeres tan preocupadas de su apariencia que incluso al caminar por los pasillos de su casa ondulan las caderas como si estuvieran recibiendo o esquivando latigazos. Mujeres que de algún modo necesitan no dejar de moverse para señalar su presencia, frente a aquellas otras que todo lo que necesitan es dejar su carne en reposo para que cualquier menor de



ochenta años no pueda evitar soñar cómo será esa carne cuando se ponga en movimiento.

Me estrecha la mano y me mira a los ojos, sin disimular su evaluación. Supongo que está viendo en mí esas notas de dureza y decisión y crueldad que este segundo oficio me está inyectando, sobreponiéndose sobre la ansiedad y el caos que es el resto de mi vida.

-¿Y bien? ¿Dónde están las palomas? -le pregunto. Sé que, aunque lo disimulen y traten de ser amables, todos los que me contratan están impacientes por que cumpla mi trabajo y desaparezca cuanto antes de sus vidas.

-¿Tiene mucha prisa? -replica con otra pregunta.

-No, no.

-Entonces me aceptará un café.

Desaparece por una puerta, dejándome solo y sin poder adivinar la última intención de una amabilidad que pocas veces antes me han mostrado. Mientras espero, observo la habitación. Es muy grande, en forma de ele, de techos altos, con tres balcones tapados por extrañas cortinas de colores suaves en anchas bandas verticales. Hay una mezcla de antigüedad -la propia estructura de la casa- y de sorprendente modernidad en el diseño de muebles, adornos, tapicerías, cortinajes, barras de acero y puertas de doble hoja. Nunca había visto una casa así, tan arcaica y tan innovadora al mismo tiempo, como si a un esqueleto de varios siglos se le vistiera con cuero, metal y plástico. Los sillones, de líneas puras y colores sólidos, sin estridencias, y algunas macetas de hojas grandes y lustrosas ponen un toque minimalista en un entorno que no lo es. El conjunto resulta demoleдорamente femenino y durante estos momentos en que estoy solo me siento un intruso.



También la bandeja y la porcelana donde ella misma trae el servicio de café y los diminutos pasteles lucen una originalidad que contrasta con la vejez del edificio.

-¿Con leche?

-No, solo.

Aunque las tazas no vibran y ninguna gota mancha el cristal, sus manos parecen poco acostumbradas a servir. Pero por ninguna parte se ve a una asistenta.

Hablamos mientras se enfría el café hirviendo. Ella me dice que es arquitecto, y yo le confío algunos pormenores de mi trabajo con los animales que a nadie cuento, porque nadie se interesa por ellos.

Me escucha con una rara atención todo el tiempo y de pronto dice:

-Ahora, ¿quiere ver las palomas?

-Sí. Puedo empezar ya.

Señalo la bolsa de lona donde al material habitual -unos guantes, un saco hermético y otro de arpillera, cuerda fuerte y alambre, una navaja, un bozal- he añadido la brocha y la liga que, según lo que me había contado por teléfono, van a serme necesarias.

-De acuerdo.

Aparta un poco las extrañas cortinas y, a través de los cristales, espiamos la fila de palomas posadas en la barandilla blanquecina de heces. Abro la puerta y todas las aves, asustadas, se echan a volar hasta el tejado de enfrente con un ruidoso estallido de alas. Desde allí



se quedan mirándome, algunas espulgándose el buche, esperando a que me marche para acercarse de nuevo a ensuciar el balcón.

-Así todos los días, en todas las ventanas de la casa. Una tarde una de ellas se coló dentro y defecó sobre unos planos que había dibujado -dice la mujer a mis espaldas, muy cerca de mi cuello.

-No se preocupe más. Creo que podremos alejarlas.

Con la brocha voy extendiendo la liga sobre la barandilla. Alguna gente que pasa por la calle mira un segundo hacia arriba, pero nadie imagina lo que en verdad estoy haciendo y siguen caminando sin prestar más atención. La mujer sí, la mujer permanece cerca de mí, tras la puerta, donde comienza la sombra. Observa cada uno de mis movimientos, los gestos de mi cara, observa mis manos duras y fortalecidas durante tantos años sobre las teclas del piano. Ella podría pisarlas y sé que soportaría su peso sin apenas dolor. Antes me había estudiado al hablar y ahora es como si quisiera comprobar que mi comportamiento refrenda lo que han indicado las palabras. Cuando la primera paloma queda pegada a la barandilla y la arranco de allí -mientras aletea furiosamente, aterrorizada, y sus compañeras la miran desde el otro tejado preguntándose qué ocurre- para retorcerle el cuello donde nadie me vea, la mujer me sigue hasta la cocina y quiere verlo todo, la firmeza de mis dedos al girar, acaso el gesto de mi boca, la decisión de mis movimientos, la ausencia de compasión. Entonces, por primera vez, tengo la sospecha de que quiere algo más de mí que aún no se ha atrevido a pedirme.

Mientras esperamos, no sé qué me empuja a contarle un recuerdo infantil: tengo ocho o nueve años y voy con mi padre y otros dos hombres a cazar estorninos de las inmensas bandadas que llegaban a Breda cada otoño, atraídas por las aceitunas en los olivos. La noche anterior, mi padre y los otros hombres han colocado las pértigas con las redes en los dormideros que conocen tan bien, y ahora, cuando



aún no ha comenzado a amanecer, las levantan y atrapan a cientos de pájaros. El modo más rápido para matarlos antes de que escapen es arrancarles la cabeza de un mordisco, escupirla y arrojarlos a los cestos. Aún veo a mi padre limpiándose la boca y la barbilla de sangre y de plumas que también manchan la pechera de su camisa. Durante algún tiempo, cuando me besaba, no podía dejar de pensar en los estorninos.

Al cabo de quince minutos, otra paloma olvidadiza e insensata posa de nuevo sus pequeñas garras sobre la barandilla. Cuando advierte que está atrapada, apoya con fuerza una pata para liberar la otra, sin comprender que así se está hundiendo más en la trampa. Luego picotea la liga y el pegamento también se le adhiere al pico, que entonces quiere limpiar entre las plumas de sus alas. Intenta echar a volar cuando abrimos la puerta y se queda aleteando colgada boca abajo hasta que la arranco de allí, le tapo el pico y va a engrosar el volumen del cubo de la basura.

Todavía esperamos un tiempo, pero esa tarde ya no se posa ninguna otra. Se van quedando en el tejado de enfrente y en los árboles de la plaza. Desconcertadas, miran la barandilla donde ocurre algo aterrador y misterioso; alguna vuela por encima para observar desde cerca como se observa un pozo. Todo ha sido discreto y eficaz y puedo volver a repetirlo en cuanto me llame, porque no tardarán mucho en regresar de nuevo a los balcones y sé por experiencia que ningún animal aprende una orden hasta que se le repite una y otra vez y se le asusta y se le hace daño. Yo tendré que hacer otras veces todo aquello, hasta que las aves vayan muriendo o los verdugos. Recuerdo las palabras de la mujer sobre los agraviados que suspirarán de alivio al conocer su muerte y se lo agradecerán al anónimo ejecutor. Sin comprender bien por qué, yo mismo también empiezo a considerarme una víctima suya.



Quizá no es tan difícil llegar a ese momento en que un hombre se pregunta qué razones hay para no matar a otro hombre. No para matar, eso es algo más complicado. Para no matar cuando alguien te expone los motivos, te demuestra los beneficios y te ofrece la excusa para hacerlo, y de ese modo te libera de -o al menos aplaca- la responsabilidad moral, esas palabras que, como la lluvia a las nubes, siempre van unidas a la palabra muerte. Entonces llega un momento en que no es tan difícil aceptar la función del verdugo.

Dudo, pues, hundido en un confuso torbellino de argumentos, y las dudas no me permiten el sosiego necesario para tomar una decisión clara. Su propuesta, que hubiera podido rechazar en el primer instante sin mayores consecuencias, con el paso de las horas y alojada en la mente, va adquiriendo una densa concreción.

Tengo que darle una respuesta definitiva antes de que pasen tres días. Si me decido a hacerlo, esa misma tarde recibiré un anticipo de doce mil euros que me permitirá tener las manos -¡ah, las manos!- y el tiempo libres para ultimar los preparativos, la coartada, el modo de ejecución. Si me niego, todo habrá sido como un juego.

(Del libro *Las Manos del Pianista*, Barcelona, Tusquets, 2003)





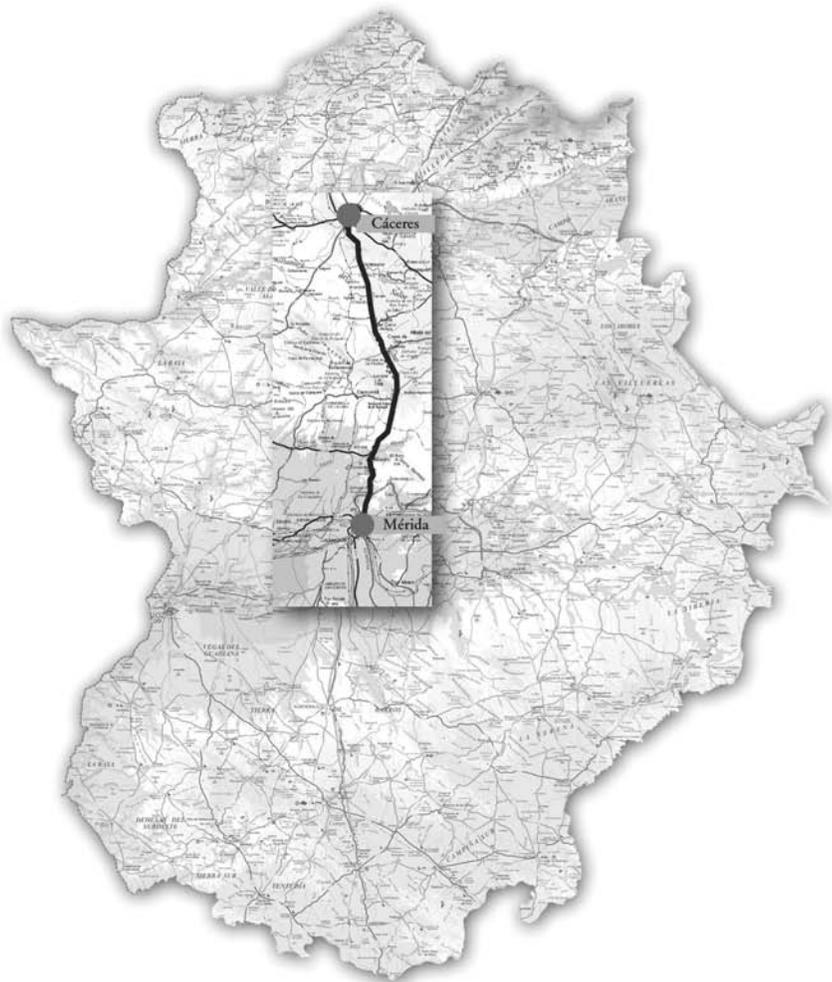






# Ruta 2

*Cáceres - Mérida - Cáceres*







# Lugares

## Mérida

Situada a orillas del río Guadiana, a 60 km. de Badajoz, Mérida es el punto de arranque de la Vía de la Plata, que la unía con Astorga. También confluían las rutas provenientes de *Hispalis* (Sevilla), *Corduba* (Córdoba), *Toletum* (Toledo) y *Lusitania*. Este camino romano se usó durante la Edad Media como ruta de peregrinación hacia Santiago de Compostela. Actualmente es la capital de la Comunidad Autónoma de Extremadura por su ubicación geográfica casi en el centro de la región. Cuenta con más de 52.000 habitantes.

A finales del siglo I a. C. (en el año 25 a.C) Publio Carisio, por orden del emperador Octavio Augusto, decidió asentar a los soldados veteranos de las Legiones V Alaudae y X Gemina sobre la antigua y estratégica población emeritense situada en el centro de la región extremeña y a orillas del río Guadiana. Dominada la península por los romanos, éstos la dividirían en tres provincias: Bética, Tarraconense y Lusitania, siendo la capital de esta última Mérida, conocida desde ese momento como *Emérita Augusta*. La importancia estratégica del emplazamiento, como punto de control del paso del río Guadiana y encrucijada de caminos sobre la Vía de la Plata y las calzadas que unían el interior de la meseta con Lisboa, convirtió en poco





tiempo a la colonia en una de las ciudades más importantes de Hispania. Durante siglos y hasta la caída del Imperio Romano de Occidente, Mérida fue un importantísimo centro jurídico, económico, militar y cultural, siendo esta capital uno de los dos centros administrativos romanos más importantes del Occidente Peninsular, que culmina en la época de Diocleciano, momento en que se constituyó como máximo centro político de Hispania. En este periodo de gran esplendor se construyeron sus magníficos edificios, que hacen de la antigua capital de la Lusitania romana uno de los conjuntos arqueológicos mejor conservados de España: el Teatro, el Anfiteatro, el Circo, los puentes y acueductos, los templos, como el dedicado a la diosa Diana. Mérida se cercó de murallas que magnificaban su papel como ciudad preponderante y se puede seguir su traza en casi toda la margen derecha del Guadiana o a Levante en torno al núcleo que conforman Teatro, Anfiteatro y Museo Nacional de Arte Romano. Fue también un importante centro religioso durante los primeros años de propagación del cristianismo.

Mérida fue y es una ciudad en la que se afincan los poderes públicos municipales y regionales. Así se refleja en los dos foros que la Colonia tuvo. Uno provincial, dedicado a los asuntos de la Lusitania (al que pertenecen el Arco de Trajano así como los restos de un templo descomunal sito en la calle Holgín) y otro foro local, sobre el que diversas intervenciones arqueológicas en el transcurso de las décadas de los setenta y ochenta nos han aportado sendos jalones de la magnificencia que tuvo la arquitectura monumental en Mérida al poco de rebasar la Era.

Lejos de apagarse con el Impero, la llama de esta ciudad se aviva en un paisaje global de decadencia. Los suevos instalaron en Mérida la capital de su reino en el siglo V. Bajo el dominio visigodo, la ciudad se plagó de templos, ermitas, cenobios y monasterios y



mantuvo por un tiempo su protagonismo como capital del reino, dando con ello continuidad e importancia política, económica y cultural hasta su traslado a Toledo. En el siglo VI, y con Mausona de Obispo, el cristianismo en Mérida se arraiga aún más, iniciándose una fe popular en la que sobresalió Santa Eulalia, patrona de la ciudad. Mérida será Sede Metropolitana hasta 1119, fecha en que se trasladará a Santiago de Compostela.

La llegada de los árabes a la península y la pronta ocupación de la capital visigoda por las tropas de Muza traerá consigo el declive de la ciudad, en comparación con etapas anteriores. Los emires erigen aquí su primera y gran fortaleza (835 d.C.), toda ella edificada con materiales procedentes de construcciones en desuso de la vieja Colonia romana, como puede comprobarse en el singular aljibe que existe en su interior. Después los almohades rematarían este recinto con recias torres albarranas. En 1230, las tropas cristianas de Alfonso IX conquistarán la ciudad y Mérida se convierte en sede del Priorato de San Marcos de León de la Orden de Santiago, junto con Llerena.

Será en época de los Reyes Católicos cuando la ciudad inicie una recuperación política motivada por el apoyo del Maestre de Santiago don Alfonso de Cárdenas, defensor de la causa de Isabel la Católica en su lucha por la corona con Juanala Beltraneja.

Por su situación fronteriza con Portugal, se verá envuelta en continuas refriegas y batallas en época de los Austria y Borbones, sin ningún beneficio ni político ni económico.

La invasión francesa supondrá para Mérida una lamentable pérdida de parte de su patrimonio histórico artístico, así como el parón económico que se inició a finales del siglo XVIII.



Finalmente, la situación como nudo ferroviario de Mérida y su localización, han convertido a la ciudad en un núcleo industrial y de servicio en alza, contribuyendo a su desarrollo el interés por parte de arqueólogos e instituciones regionales y provinciales en sacar a la luz la inmensa riqueza arqueológica que afortunadamente cada año se viene recuperando, dando con ello más que motivos suficientes para que su conjunto arqueológico fuera declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1993. De este modo cada periodo histórico ha dejado impresa su huella en edificios y monumentos que hoy en día suponen su gran riqueza arqueológica.

Como ejemplo de la rica arquitectura, tenemos El Teatro Romano de Mérida Es uno de los mas espectaculares monumentos de la ciudad. Fue construido hacia el año 16-15 a. C y donado por *Marco Agripa* (yerno del emperador Augusto), data de casi la misma época de la fundación de Emerita Augusta. Fue remodelado en los siglos I y II d.C y estuvo en uso hasta la segunda mitad del siglo IV. Está compuesto por un graderío (*cavea*) con capacidad, en su momento, para 6000 espectadores, divididos en tres zonas: *ima*, *media* y *summa cavea*, donde se distribuían las distintas clases sociales de la época. Delante de la *ima cavea* estaba la *orchestra* semicircular destinada a los coros. El escenario o *pulpitum*, con una longitud de 60 metros de largo y 7 metros de profundidad, estaba cubierto originalmente de madera. El frente de la escena (*scaenae frons*), una de las visiones mas espectaculares y características del teatro, está formado por dos cuerpos de columnas corintias de 18 metros de altura, con basamentos y cornisas de mármol y adornado con esculturas en los espacios entre columnas. En él se abren tres puertas: una central llamada *valvae regia* y dos laterales llamadas *valvae hospitalia*. En la parte posterior de la escena hay dependencias que eran utilizadas por los actores , con un peristilo ajardinado y una pequeña cámara o capilla para el culto imperial. El abandono y el



paso de los siglos propició que sus estructuras se fueran derrumbando, por lo que en 1910 fecha de su excavación, se mantuvo visible sólo la parte superior del graderío, llamándose popularmente “Las Siete Sillas”. Es el único edificio que ha vuelto a cumplir su función original desde 1993 el Festival de Teatro Clásico.

Desde principios de los años 80, Mérida fue elegida capital autonómica, es sede del Gobierno de la Junta de Extremadura y del Parlamento o Asamblea Legislativa de Extremadura, lo que le ha supuesto un cambio importante en infraestructuras destinadas al servicio público de los ciudadanos extremeños y para los miles de visitantes que anualmente visitan sus monumentos o asisten a los actos culturales de fama internacional.

Mérida destaca en Extremadura por su actividad industrial: hay actividad con el sector del corcho y derivados, así como distintas factorías agroalimentarias y fundiciones, con varios polígonos industriales. Tiene también gran importancia la ganadería (caballar, bovina, lanar y porcina), que da origen a importantes transacciones en el mercado de los lunes y en las ferias principales. La infraestructura turística de Mérida es la más importante de la región con una amplia oferta hotelera.

La gastronomía emeritense comparte algunos platos con el resto de la región, como la **caldereta de cordero** (guiso a base de carne de cordero, cebolla, ajo y pimiento) o los productos derivados del cerdo, en especial los embutidos y jamones ibéricos. Son, igualmente, típicos el **gaspacho** y el ajoblanco (sopas frías), el conejo o la perdiz.

Cualquiera de los bares y restaurantes de Mérida ofrecen la posibilidad de saborear estas y otras especialidades, algunas de ellas



en forma de aperitivos (pequeñas raciones de comida), como la oreja de cerdo, los espárragos trigueros o los quesos. Para acompañar, la provincia de Badajoz cuenta con vinos con Denominación de Origen Ribera del Guadiana.



## *Jesús Delgado Valhondo*

*(Mérida, 1909-1993)*

### *Cuento de Agosto (Un chico de luto)*

Hacía un calor sofocante. Los muchachos que vivíamos en pisos altos no podíamos soportar tanto calor. Echaba fuego el techo y las paredes. No había manera de dormir. Nuestras madres nos mandaban después de cenar, a la calle mientras ellas pasaban unas horas de charla, entre abanico y botijo, de balcón en balcón.

Nos sentábamos en el borde de la acera. O en el umbral de una casa cuya puerta se cerraba temprano. Una noche de agosto contaba uno de los chicos -le decíamos Pare-, con voz tétrica y emocionada, el cuento de la mujer que robó las “asaúras” de un muerto para dar de comer a su marido. Y, luego, el muerto -¡qué voz sacaba, Pare!- iba pidiendo: “Dame mi asaúra dura / que me sacaste de la sepultura”. Y cada palabra se nos acercaba más. Ni respirábamos siquiera.

- ¿...Y si fuésemos al cementerio?

- Sí, vamos.

Y fuimos. Sentados en la pared del cementerio, dentro de un silencio que nos apretaba, veíamos sombras y sombras flotando en un aire que parecía agua sucia. Estas sombras se nos hacían muertos que, también, flotaban, en un lago, como ahogados suicidas. Como aquella alberca, que yo he visto, después, llena de cadáveres esperando al estudiante, en Cádiz. La noche estaba muy oscura.



Había ido con nosotros un chico que apenas conocíamos. Sólo llevaba viviendo en nuestro barrio tres o cuatro días. Vestía, el chico, de negro, calcetines y zapatitos muy limpios y negros. Era flacucho, pálido, olía bastante a aceite de hígado de bacalao. Aquella noche, sentado en la tapia del cementerio, estaba lívido, parecía absorbido por una luz maléfica. Y, he aquí, que este chico abriendo los ojos desmesuradamente -parecía un búho- gimiendo y agarrándose a la pared, como si se agarrase a la vida en apuradísimo trance, con voz de ultratumba, que le salía sabe Dios de dónde, medio llorando, presintiendo su último momento, gritó: “¡Mi padre!”.

Nos tiramos de la tapia al vuelo. Trabajo nos costó subir, pero el bajar fue cosa de abrir y cerrar de ojos. Sin saber dónde, sin mirar para atrás, por si acaso por la mirada nos cogían y nos metían los muertos dentro de sus tumbas, oscuras y húmedas, corríamos a reventar, campo adentro, en busca de un amparo paternal, pero de padre vivo. Jadeantes íbamos siguiendo con esfuerzos sobrehumanos al que más corría, hasta que nos faltó el aire. Y, en nuestra asfixia, no tuvimos más remedio que parar. Creíamos que no podíamos correr más, que no había más tierra que pisar y era un abismo lo que delante se nos ponía. Lastimosos y dolidos estábamos, procurando sin decir nada, descubrir las luces del pueblo, cuando un perrazo, de esos que llaman de ganados y que más hecho están para lobos que para otra cosa, saliendo de lo más tenebroso -del infierno- de la noche, vino hacia nosotros ladrando y mordiendo la estopa de un aire espeso. A uno se le ocurrió gritar. “¡A los árboles!”. Cerca teníamos dos o tres encinas que nos acogieron bien. El perro ladraba con tal brío que yo jamás he oído ladrar como ladraba aquel perro. Todos llorábamos a más y mejor. En el árbol que yo ocupaba estábamos tres agarrándonos unos a otros con un temor loco a caer en la boca del perro, donde preveíamos lo peor.

- Bajad, muchachos- nos dijo un hombre agarrando al perro por la collera.



Y bajamos, sí. Bajamos aun no teniéndolas todas consigo.

- ¿Qué hacéis por aquí?

- Pues, verá usted: estábamos en la calle tomando el fresco y va uno y dice: “Vámonos al cementerio”. “A ver los fuegos fatuos”.

El hombre nos escuchaba y se reía.

¡Ja, ja, ja ... ja!

Qué mal me sonaba a mí aquella carcajada, intranquilo y pendiente como estaba, del perro. Pensaba: “A este hombre con la risa se le va a soltar el perro y veremos lo que pasa”.

Nos acompañó el hombre, siempre con su perro en mano, hasta la carretera. Una vez en ella echamos a correr de nuevo con un afán enorme de llegar a casa -pasase lo que pasase-. Uno comentó. “El hombre ha soltado el perro”. ¡Volábamos! Aquella desenfrenada carrera nos llevó a nuestra calle, que era un hervidero de padres. “¡Ya están aquí! ... ¡Ya están aquí!”, decían. Y desaparecimos entre manos como cosa de encantamiento. “¡Qué paliza me dieron!”. Aún después de haber pasado una porrada de años me acuerdo. Y lo mejor es no acordarme.

Anduvimos castigados en casa varios días. Cuando nos vimos, los comentarios fueron:

- Qué alto era el padre de aquél... Parecía que nunca iba a acabar de salir de la sepultura.

- Iba de negro... Lo que se parecía al hijo, ¿eh?

- ¿De negro? ¡Mentiroso! Yo sí que lo vi. Estaba en esqueleto.



- Eso, eso, en esqueleto.

- Y al andar le hacían los huesos, chas, chas, chas...

- La calavera con aquella nariz tan cortina y los ojos...

- ¡No!, no tenía ojos. Las calaveras no tienen ojos.

- Bueno, pero nos veía por aquello tan oscuro que eran los pozos de los ojos.

- A mí me tiró de los pies.

- A mí...

En esto andábamos, cuando se presentó en la reunión el chico del traje negro, que no habíamos vuelto a ver desde el día del cementerio. Lo teníamos casi pensado en la tumba con su padre y fue para todos una sorpresa, una aparición. El saludo fue general:

- Cómo vimos la otra noche a tu padre... Este no se lo cree, como no estuvo.

- ¡Que no se lo crea!

- Mira que venía...

- Yo tenía un miedo... A mí de los vivos lo que quieran, pero de los muertos..., vamos que no lo puedo remediar, se me pone la carne de gallina, me tiembla hasta el aliento, ¡no lo puedo remediar!

- A mí, también, me da miedo.

- Bueno, vamos por partes -dijo el fanfarrón-, yo no he dicho que me daba miedo.



- Y tú, ¿dónde...?

- Me cogió mi padre.

Nuestra angustia rebosaba todo límite. Nos ahogábamos.

- ¿Que te cogió tu padre?

- Sí, me cogió...

- Y, ¿qué te dijo?

- Cuenta, hombre cuenta. ¿Qué te dijo?

- No, si no me dijo nada. Me arreó una paliza muy respetable y no me ha dejado salir de casa hasta hoy.



En medio del paisaje,  
en la llanura,  
trémulo de emoción,  
un árbol solo.



Yo no sé si la encina ha nacido de roca  
o ha nacido del polvo que levanta el rebaño  
o ha nacido de tierra, seca, caliente y loca,  
o ha brotado en la siesta o es un dolor extraño.

Yo no sé si la luna resbalando en el suelo,  
yo no sé si fue el buho inventándose el nido  
o tormenta apretada a los barros del cielo  
o cuento de la bruja o cansado quejido.

Encinar extremeño, mis heroicas encinas,  
mis sufridas encinas milenarias y llenas  
de cigarras, de tórtolas, de olor de campesinas,  
como si fuese sangre sin encontrar sus venas.



## *Viaje en Tren*

Una roca recortada  
con navaja  
para hacer de ella una casa.

Unos álamos y un río  
que discuten, “de si es mío  
o no”,  
la Luna, el Aire y el Sol.

Un dolor monta en un cuervo,  
y una esperanza en un mirlo.

La máquina da un silbido  
agudo estrecho y sombrío,  
en donde cabalga el frío.

Mil voces paran al tren,  
un chirrido.  
(¡La estación!).  
“¡Bocadillo, bocadillos,  
bocadillos de jamón!”.

El tren se toma una copa, -se calienta-,  
y sale de allí despacito,  
despacito y regañando.

¡Ay, qué bueno está ese vino,  
ay, qué rico!  
Uno, dos, tres... muchos olivos  
que están haciendo instrucción;



y el tren casi distraído  
les va tocando el tambor.

En los hilos del telégrafo  
Escribe música Dios.



*El año cero*  
*Mérida*  
*A Mahizflor*

*Mérida*, ¿dónde has ido  
que no te siento?

Contrarias nuestras vidas  
se nos están perdiendo.

(Duerme la estatua, frío,  
sobre su tiempo;  
arco de puente y río,  
dolor de sueño).

Tú te mueres de joven  
y yo de viejo.

Mérida, yo te piso  
y tú, ¡qué lejos!

## *El Maestro*

*Meditando la lección*  
–el campo siempre delante–  
el maestro. En el semblante  
expone su condición.

Puedes leer la lección  
–es una letra sangrante–  
es latido palpitante  
escrito en su corazón.

Cuenta a los niños la Historia  
–sufre y reza un hombre puro–  
es que sube una montaña.

Abre ventana a la gloria  
–Mapa-Mundi sobre el muro–  
entra el sol y da en España.

*Amanecer  
en la ciudad  
de Mérida*

Cuando por la mañana al despertar te miro,  
ciudad recién nacida en un alba apoyada,  
te vivo intensamente como a calor de lecho,  
con el alma desnuda.

Cuando por la mañana abro la sangre y voy  
de un lado para otro en tu hermosa mirada,  
me sobran muchas cosas, me sobran hasta vidas  
y hasta muertes me sobran.

Vivo esa agonía que al hombre va arrancándole  
el cuerpo carne a hoja, dolor tras esperanzas  
así ya liberado, voy creyéndome viento  
que hueles, que respiras.

Cuando las calles cruzo o en la plaza me quedo  
como ave que vuela un corazón sin nadie  
acechando silencios, hasta sentirme dudo  
de contento que estoy.

Cuando por las mañanas eres la mujer joven  
que estrenas la sonrisa, todo queda en el aire  
y yo dentro construyo, sostenido por manos  
invisibles, amor.

Tus gestos me alcanzaron la memoria en tu imagen  
y me acerqué a tus labios y comulgué en tu boca  
para guardarte siempre en los latidos últimos  
que Dios me ha regalado.



Cuando por las mañanas al despertar descubro  
que no te fuiste anoche y sigues en mi casa,  
hago un canto a la vida y me siento dichoso  
de ser, ciudad, contigo.



## *Dulce Chacón*

*(Zafra, 1954-2003)*

No sabe por qué la siguió. Ella se levantó de un banco y se detuvo. *N*un instante, mirándole a los pies, después se dio la vuelta sin levantar la vista y apartó el pelo de su frente con un rápido movimiento de cabeza. Cómo supo que iría tras sus pasos. Qué le llevó hacia aquella mujer pequeña que paseaba arrastrando los pies como si arrastrara el mundo.

Algún día reconocerá que la quiso. Dirá que era mayo, y domingo. Aún no sabía su nombre. Blanca. Fue ella quien deseó que la siguiera. Caminó despacio hacia el extremo del estanque y se apoyó en el borde. José se acodó a su lado, la observó, miraba sin mirar hacia el fondo del agua, perdida, en qué profundidades, cerró los ojos, levantó el rostro y se dejó acariciar por el sol. Parecía dormida, y no dormía. Giraba la cabeza hacia arriba y hacia los lados, para recibir calor también en el cuello. Su suéter resbaló, uno de sus hombros quedó al descubierto. Con las yemas de los dedos hizo círculos en su piel, geometría que él deseó recoger con sus labios. Entonces dejó de mirarla, se avergonzó de haberla mirado. Se dio la vuelta y disimuló, ruborizado, como si le hubieran descubierto espíandola al desnudarse.

Algún día dirá que la amó desde ese momento, desde esa caricia caliente y sola. Y la amó más cuando Blanca se volvió hacia él. ¿Por qué ya no me miras?, preguntó apoyando descarada la barbilla en su hombro desnudo. José no contestó. Su turbación sólo le permitió sonreír. Ella repitió la pregunta y añadió: Me gusta que me mires, e inclinó la cabeza hasta que sus labios alcanzaron el hombro desnudo. Él recobró seguridad ante aquella boca que cumplía sus propios deseos. Y a mí me gustas tú, respondió.



Blanca se cubrió el hombro con pereza, indolente, con la parsimonia justa en la provocación, asegurándose de que José supiera que se lo había querido mostrar y que ahora lo tapaba a sus ojos.

Es tiempo de recordar que aquella tarde hicieron el amor por primera vez. Tienes en los ojos todos los ríos del mundo, dijo mientras la descubría. Y ella le contestó riendo: Es que soy el mar.

(De libro *Blanca vuela mañana*, 1997)



La mujer que iba a morir se llamaba Hortensia. Tenía los ojos oscuros y no hablaba nunca en voz alta. Sólo cuando la risa le llenaba la boca, se le escapaba un Ay madre mía de mi vida que aún no había aprendido a controlar, y lo repetía casi a gritos sujetándose el vientre. Se pasaba gran parte del día escribiendo en un cuaderno azul. Llevaba el cabello largo, anudado en una trenza que le recorría la espalda, y estaba embarazada de ocho meses.

Ya se había acostumbrado a hablar en voz baja, con esfuerzo, pero se había acostumbrado. Y había aprendido a no hacerse preguntas, a aceptar que la derrota se cuele en lo hondo, en lo más hondo, sin pedir permiso y sin dar explicaciones. Y tenía hambre, y frío, y le dolían las rodillas, pero no podía parar de reír.

Reía.

Reía porque Elvira, la más pequeña de sus compañeras, había rellenado un guante con garbanzos para hacer la cabeza de un títere, y el peso le impedía manipularlo. Pero no se rendía. Sus dedos diminutos luchaban con el guante de lana, y su voz, aflautada para la ocasión, acompañaba la pantomima para ahuyentar el miedo.

El miedo de Elvira. El miedo de Hortensia. El miedo de las mujeres que compartían la costumbre de hablar en voz baja. El miedo en sus voces. Y el miedo en sus ojos huidizos, para no ver la sangre. Para no ver el miedo, huidizo también, en los ojos de sus familiares.

Era día de visita.

La mujer que iba a morir no sabía que iba a morir.



Antes de tragarse el papel, Hortensia lo retiene en la boca. Lo ha leído más de veinte veces. Lo ha memorizado y sigue las instrucciones de Felipe. No lo rompas, podrían encontrar los pedazos. No quiere tragar, desea mantener en su boca los besos que le manda Felipe. No los quemes, podrían sorprenderte antes de que hubiera ardido por completo. Quiere saborear su nombre, escrito por la mano de Felipe. Cómetelo, Tensi, no sabe mal, y piensa en mí. La celulosa se va deshaciendo y Hortensia no quiere tragar. Piensa que estaré en tu boca, Tensi. La bola seca que se formó al principio es ya una pasta amarga con sabor a tinta. No quiere tragar, pero los pasos de la guardiana se acercan. Te mando muchos besos, Tensi, todos los que no he podido darte. Los pasos de la guardiana resuenan por la galería, es la hora del taller. Aguanta, vida mía.

El sonido metálico y creciente de las llaves se suma al ruido de la puerta al abrirse. Hortensia intenta tragar. Te quiero, Tensi. El esfuerzo de papel y tinta le produce arcadas. Por aquí andamos igual, mal y bien según el día. Pero Hortensia controla sus náuseas, y traga. Por la noche, cuando cambiamos de campamento y se ven las estrellas, miro siempre la nuestra, pronto la veremos juntos, muy pronto. La náusea y el esfuerzo por tragar provocan una lágrima de Hortensia.

La funcionaria ha entrado ya.

Es Mercedes.

-¡Al taller!

Acompaña su voz cantarina dando palmas. Repite: -¡Al taller!

Las mujeres que acuden al taller de costura en los sótanos de la prisión forman una fila para seguir a Mercedes en silencio y en orden. Hortensia enrolla su petate de borra, se seca la lágrima y busca



su cuaderno azul. Ella no va al taller, porque aún no tiene condena. Tomasa permanece junto a la cabecera de Elvira. Y tampoco va al taller. Tomasa no va por principios. Se niega a coser uniformes para el enemigo. Tomasa sostiene que la guerra no ha terminado, que la paz consentida por Negrín es una ofensa a los que continúan en la lucha. Ella se niega a aceptar que los tres años de guerra comienzan a formar parte de la Historia. No. Sus muertos no forman parte de la Historia. Ni ella ha sido condenada a muerte, ni le ha sido conmutada la pena, para la Historia. Ella no va a dar treinta años de su vida para la Historia. Ni un solo día, ni un solo muerto para la Historia. La guerra no ha acabado. Pero acabará, y pronto. Y ella no habrá cosido ni una sola puntada para redimir pena colaborando con los que ya quieren escribir la Historia. Ni una sola puntada. Y por eso mira a Reme con desdén cuando Reme se incorpora a la fila. Porque Reme ha abandonado. Se ha vuelto mansa. Reme no sabe valorar el sacrificio de los que siguen cayendo. Ella es una derrotista, que sólo sabe contar los muertos. Ella sólo sabe llorarlos. Y cuenta su historia, su pequeña historia, siempre que puede, como si su historia acabara aquí. Pero no acaba aquí. Desde luego que no, y Tomasa no piensa contar la suya hasta que todo esto haya acabado. Y será lejos de este lugar. Lejos. Observa a Reme. Y Reme se incorpora con mansedumbre a la fila ignorando su desdén.

Hortensia se oculta de Mercedes volviéndose hacia la pared, e intenta despegar con la lengua un resto de pasta de papel que se le ha adherido al paladar.

Un resto. Un pequeño resto.

Muy pronto acabará todo, quizá incluso antes de que salga tu juicio, y estaré contigo cuando nazca el crío. Si es niña, la llamaremos Hortensia, como tú, Tensi.



En silencio y en orden regresan a la galería número dos las reclusas que han ido a comunicar. En silencio y en orden, todas, excepto Reme, que lleva en la mano una silla baja de anea que le ha traído Benjamín, se dirigen hacia sus petates enrollados contra las paredes del pasillo central, en los peldaños de las escaleras o en las celdas, donde tomarán asiento para memorizar la visita en silencio y en orden. Con la mirada perdida, intentarán atrapar los últimos diez minutos, retener el tiempo que ha pasado ya, para el recuerdo.

Reme guarda en su mirada perdida el llanto de su nieto. Coloca su silla junto al petate de Hortensia y la invita a sentarse. Reme no debe llorar. Y no llora. Volverá a ver al niño en septiembre, el día de la Merced, el veinticuatro; de hoy en ocho meses volverá a verlo. El día de la patrona de prisiones permiten a los niños entrar al patio del penal. Y Reme abrazará a su nieta por primera vez.

Diez minutos. Todas y cada una de las presas que han pasado diez minutos frente a sus familiares perderán la mirada muchas veces. Se perderán, porque tienen un lugar donde perderse. Diez minutos. Y Hortensia acepta la silla de anea, y en sus ojos resplandecen los ojos de Felipe; su sonrisa sonrío en su boca; y son las manos grandes de Felipe las que acarician las mejillas de Hortensia con las manos de Hortensia. Diez minutos. Y Hortensia no debe llorar. Se sienta. Y no llora. A su lado, Elvira se desata con furia la coleta. No debe llorar. Pero llora. Lloro y se despeina porque no sabe cuándo podrá volver a agitar su cola de caballo para su hermano.

-Elvira, compórtese.

A La Veneno le irrita que las internas pierdan el control. Y Elvira comienza a perderlo. No permitirá sus lágrimas. No permitirá que revoluciones a las demás. No lo permitirá. Se acercará a ella con los



brazos cruzados bajo el escapulario delantero de su hábito y le ordenará con un grito que se controle:

-Contrólese.

La disciplina comienza por el control. La hermana María de los Serafines lo sabe. Y está dispuesta a castigar a la niña pelirroja que no va a morir. La mira con desprecio mientras Elvira llora y revuelve su melena con las dos manos después de arrojar su lazo a los pies de la monja, después de arrojar a sus pies su desesperación.

El volumen del vientre de Hortensia le impide levantarse deprisa. Quiere recoger el lazo. Quiere tranquilizar a Elvira porque teme que la hermana María de los Serafines la castigue.

La va a castigar, sí.

-Sabe de sobra que no quiero lágrimas aquí. Sabe de sobra que no consiento ni una sola rabieta. Lo sabe. Y, por si se le ha olvidado, yo se lo voy a recordar.

La monja la ha cogido por el brazo y la levanta de un tirón de su petate.

-Venga conmigo.

Se la lleva.

Hortensia consigue superar la torpeza, se levanta sujetándose los riñones y se acerca a la monja.

-Hermana, por caridad, no se la lleve, está malita, tiene calentura, y tose.

Reme y Sole siguen a Hortensia.



-Está del pecho, tiene una tos muy fuerte

-La tiene agarrada en lo hondo, no sabe usted bien cómo está esa niña.

La hermana María de los Serafines se vuelve hacia ellas. Aprieta los dientes y frunce el ceño al mirar a las tres. Sin mediar palabra, tira del brazo de Elvira y la empuja hacia el pasillo.

Se la lleva.

Sí, se la lleva.

Y Elvira no para de llorar.

(Del libro *La voz dormida*, Madrid, Alfaguara, 2003)



**N**O LE ESPERABA yo tan temprano, señor comisario. Y me coge usted de chiripa, porque acabo de llegar del cementerio.

Todos los días voy, sí, señor. Y todos los días vuelvo con la resolución de que nunca más he de llegarme hasta allí.

Porque eso de que se vive solamente una vez será muy verdadero, pero la muerte es otra cosa. A mí, mi santa se me muere cada vez que me acuerdo de que se ha muerto. Y en el cementerio me acuerdo todo el rato, así que todo el rato se me está muriendo.

¿Qué ha de molestar? Está usted en su casa. Siéntese, que ya me voy acostumbrando a ver ese sitio ocupado.

De ahí que ayer se fuera usted de esas formas, más de prisa que si se hubiera agarrado a la cola del diablo. Ya me tenía que haber figurado que salió corriendo para hablar con la señorita Aurora.

¿Que ella no sabe nada? ¿Eso le ha dicho?

Yo que usted, no me creería ni un pelo de lo que le ha dicho.

¿Cómo que por qué? Pues porque es mujer.

Lo tenía yo por más avisado, señor comisario.

Muy sencillo, porque de las mujeres no hay que fiarse nunca, que se arreglan que da gusto para enredar la verdad con la mentira.

Si le ha dicho que no sabe nada, es que algo sabe, y mucho. ¿Usted no se ha percatado todavía de que si a una mujer se le pregunta qué le pasa y contesta que nada, es cuando se sabe de fijo que algo le pasa?



Ande, ahí lo tiene, no es de extrañar que la señorita no suelte prenda. Cuando no ha dicho nada es porque no le conviene hablar. ¿Qué esperaba usted? ¿Que le contase que estaba presente cuando los mataron a todos allí dentro?

Sé que estaban dentro porque aparecieron muertos dentro, ¿cómo no lo iba a saber?

Figuraciones suyas, señor comisario. El hijo de la Isidora no me dijo más de lo que le he contado yo a usted. Y hágame el favor: ¿se sabe algo de él?

Ya. Pero si usted está aquí, es porque no lo han encontrado, ¿no?

La última carta que llegó venía de la capital, sí, señor. Pero ya le dije que nunca ponía el remite, y que hace muchos años que la escribió.

Nadie la tiene. Si hubiera sido dos meses antes, las podría usted haber leído todas, pero ahora ya no.

Porque cuando la Isidora se acercaba a su fin, se las dio a mi difunta en una caja de lata, de esas que daban antes con las galletas. Le pidió que las leyera en alto de vez en cuando, que si desde el otro mundo se oía algo, ella quería seguir oyendo la voz de mi Catalina. Es que daba gloria de oírla, ¿sabe usted? La pobre mujer, la Isidora, hasta que sus piernas la aguantaron, estuvo viniendo aquí a escuchar las cartas viejas de su hijo, que ya no le escribía, de la primera a la última, una por una; y cuando se acababan, volvían a empezar. No sé cómo no se hartaron nunca, ninguna de las dos, de la tristeza que mandaba ese niño, angelito. Y las cartas que escribía siendo grande tampoco se salvaban de tristes.

No, señor. Ya no las tengo.



Las quemé cuando mi difunta pasó a mejor vida.

De qué me servían a mí, que soy analfabeto. Alguna palabra le habrá llegado a la Isidora con el humo, ¿verdad usted? Yo me sé muchas.

Se me quedaron de tanto oírlas.

¿De verdad quiere que se las refiera?

Deje, deje, ya atizo yo el brasero, traiga para acá la badila que yo la entiendo.

¿Palabra por palabra?

¿Ve? Ya va calentando.

Me da reparo.

No sé. Pero se me corta el aire sólo de pensar en decírselas.

Será que no tengo costumbre de que alguien me escuche un recitado.

Hablar es otra cosa, nos van saliendo los pensamientos conforme los vamos pensando. Son las palabras aprendidas las que le ahogan a uno antes de llegarle a la boca. Y se nos olvidan si las pensamos. ¿Y eso funciona de fijo?

¿Sólo con respirar?

Si usted tiene el gusto de oírlas...

Pues no faltaba más.



¿Empiezo?

“Aquí tengo un cuarto para mí solo, con sus visillos en los cristales, y un tren eléctrico, pero no hay nidos de golondrinas, mamá.” “La piconera es un cuarto entero, mamá, un cuarto grandísimo lleno de picón al lado de la cochera, y en la cochera caben cuatro coches. Y hay ascensor, que sube y que baja, y yo he montado.» «Menos mal que la señora ha tenido una niña, y ya no quiere que la llame mamá, porque a mí eso tan finolis no me sale, mamá. Le van a poner Aurora, lo mismo que una hermana de la señora que era monja y que se murió.” ¿Ahora es cuando tengo que respirar hondo?

Sí, sí que funciona.

“Hoy es mi cumpleaños y la señora me ha regalado unos zapatos Gorila y una pelota verde que bota muy alto porque es muy dura.” “Ya tengo siete años, ¿cuándo va a venir papa a buscarme?” “Dígale a la señora Catalina que se fije en lo bien que escribo las letras, en vez de echarme una riña en cada carta por escribir algunas palabras juntas, y dígame que la monjita que me da la lección en la escuela dice que soy muy listo.” “La señora no quiere que nos mandemos cartas, y yo me he agarrado un berrinche y me he escondido en el chinaclo<sup>1</sup> de la escalera hasta que me ha encontrado el Lorenzo y me ha dicho que él me las echa al correo, y que gritará bien alto las señas por la raja del buzón, como hago yo para que no se pierdan. Y me ha dicho también que no les ponga el remite, por si alguna se llega a perder, para que no la devuelvan y se entere la señora de que le sigo escribiendo. Señora Catalina, me dice el Lorenzo que le diga que escriba su nombre en el sobre, que es Lorenzo Barreda Mendoza, y que pinte usted una cruz chiquinina en vez del remite de mi señora madre, y así sabemos las que son mías, y que es secreto.” Este cacho era bien largo, y me ha salido de carrerilla. ¿Eh, señor comisario?

1 Hueco o espacio que se aprovecha en las casas.



Una pizca de fatigado, sí. Pero puedo seguir todavía.

“El tercero ha sido niño, mama. Le van a poner Julián, por su abuelo, que va a ser el padrino.” Ése era el marqués.

Sí, el abuelo de los señoritos era marqués. No tenía una perra, pero tenía mucha importancia, por ser marqués. Y por eso algunos nuestros lo entraron en la parroquia y le prendieron fuego, con todos los demás.

Con los que iban contra la República y querían que volviera el rey, que estaba bien donde estaba, y allí se quedó.

Se salvó, sí. Llegó a su casa todo chamuscado y ni la propia marquesa lo pudo reconocer. Se había escondido en un confesionario, y se escabulló por un boquete que hizo una granada en el muro. Se las tiraban desde lo alto del campanario, ¿sabe usted? Que el cielo los perdone, si no los ha perdonado ya. A la Catalina por poco la matan, y era nada más que una niña. Se liaron a pegar tiros desde la torre a todo lo que se movía. Y la Nina se movió.

¿Qué habría de estar conforme yo con eso?

Y sólo Dios sabe cuántas cosas peores. Cosas malas. Cosas malas. Todo eso ha pasado ya.

Digo algunos nuestros porque yo nací republicano, y republicano me moriré. Y no los voy a llamar rojos, porque yo soy rojo, igual que mi padre, que lo era de verdad, y a mucha honra. Pero éstos eran de otro rasero, y con tanto desbarajuste, hicieron que llamaran rojos a los rojos como si fuera una afrenta, y con ese escarnio que lo dicen todavía los que se hicieron amos del poder. Y mi padre rojo. Y así mismo le insultaron mientras se lo llevaban a la plaza de toros, gritándole rojo. Rojo. Rojo de mierda. Va para más de una vida, y



todavía se me figura que oigo los chillos. Rojo, comunista, maricón, ahora vas a ver por dónde te vamos a dar. No se me despintan esas palabras, señor comisario, lanzadas como piedras con honda, para herir. Escuché cómo se las decían a mi propio padre, a mis diez añitos, y me dolieron más que si me las hubieran dicho a mí. Lloré lo que no lloró mi madre, cuando yo me tenía creído que ya era un hombre.

Fueron a por él a poco de empezar la guerra, sólo por pelear en el frente defendiendo lo que había que defender. Era la fiesta de la patrona, y los que habían resistido en el ayuntamiento se habían rendido ya. Y estaban todos muertos. Les prometieron perdonarles la vida por ser el día de la santa si se entregaban. Y se entregaron. Y el perdón les duró el tiempo que tardaron en rendirse. El pueblo ya había caído enterito, pero fueron buscando casa por casa, y a mi padre lo arrancaron de la mía. Le miraron el hombro y se lo llevaron. Al verle la señal. A todos los que tenían la señal se los llevaban sin preguntar.

La que deja la culata del fusil. El que tenía la señal es que había pegado unos cuantos tiros. Y mi padre la tenía. Mi madre se agarró a él y yo me agarré a mi madre. Lo despegaron a palos de nosotros, y a palos lo arrastraron hasta la plaza. Miró atrás antes de que lo metieran adentro, para ver a mi madre y que ella viera que no llevaba miedo. A mí me miró también. Era un hombre de una vez. Pero cuando el miedo es miedo de verdad, se cuele por las venas y no hay valiente que lo pare; le llega a uno al corazón cuando todavía está cavilando que lo puede frenar. Y antes de percatarse de que le había llegado, a padre ya se le veía en los ojos. El miedo es muy hijo de madre, el muy canalla, un hijo de la leche, y usted me perdonará las maneras, señor comisario, pero es que hay veces que a uno se le cuece la sangre y las palabras han de salir calientes, por fuerza. Fue la última vez que lo vimos. A nosotros nos obligaron a volver a casa. No habían pasado dos horas cuando la mujer del Cuchillos, el afilador, vino a avisarnos de que fuéramos al cementerio.



Sí, señor, y a muchos más. Y menos mal que a padre no lo torearon. Se salvó de la humillación de correr detrás del capote y morir atravesado, como dicen que hicieron con otros. A él sólo le pegaron cuatro tiros. Y no crea usted que nos dejaron darle sepultura, ellos que son tan cristianos. Cuando mi madre fue a por razones de mi padre, ya lo habían quemado con los demás, junto por junto del cementerio. Lo sabemos por un primo del Modesto, que era guardia civil y estaba dentro de la plaza. Se llegó a mi casa a darle cuenta a mi madre de lo que había pasado, porque la pobre mujer no paraba de preguntar a unos y a otros si a su marido le habían dado estoque. Quédese tranquila, le dijo, que su Antonio no se ha hincado en tierra, ha muerto de pie, con la cabeza bien alta y mirando de frente. ¿Por dónde quiere usted que siga, señor comisario, por la guerra? ¿Y por dónde iba?

(Del libro *Cielos de Barro*, Barcelona, Planeta, 2000)



## *Querrán ponerle nombre*

Se encontrarán  
el tiempo y el olvido  
en un ángulo recto,  
en un espacio silencioso y solo  
donde el vértigo se hace  
con la línea que deshace la memoria.  
Llegarán cada uno por su lado,  
el olvido  
con las horas muertas en los brazos  
y el tiempo  
con los recuerdos por morir.  
No habrá lugar allí para ninguno  
desde el vértice verán  
la extensión blanquísima,  
donde desaparecen blanquísimos  
los sueños,  
sin asco lo verán,  
sin sorpresa y sin asco,  
sólo un tenue dolor que se insinúa.  
Y querrán ponerle nombre.

(Del libro *Querrán ponerle nombre*,  
Madrid, Betania, 1992)



## *El cuadrado*

La renuncia es una forma de morir,  
poco a poco limitamos el espacio  
y nos vamos haciendo más pequeños,  
entonces  
la posibilidad no amplía las metas,  
queda al otro lado de la pared  
y la empuja hacia nosotros,  
para verla de lejos  
caminamos hacia atrás,  
donde ya hemos dejado la parte,  
y tropezamos  
con las decisiones que nunca  
hemos tomado,  
aquellas que hacen el pasado  
insoportable.  
El pasado es un lugar,  
acomodarse  
es otra forma de morir.

(Del libro *Querrán ponerle nombre*,  
Madrid, Betania, 1992)



Olvidad mi nombre.  
Sed sólo labios.  
Sé que vais a medir  
el tiempo que tardáis en pronunciarlo.  
Y yo quiero desmesura.  
Quiero bocas como grutas,  
donde entra mi nombre y no se sepa  
ni cómo ni cuándo ha de salir,  
mezclado  
con no se sabe qué,  
caliente,  
amplio.  
Bocas donde el cálculo sea  
tan sólo una rima matemática.  
Abismos como bocas  
y bocas como océanos.

Donde mi nombre pueda hundirse.  
Y volar.

(Del libro *Contra el desprestigio de la altura*,  
San Sebastián, E. Fundación Social y  
Cultural Kutxa, 1996)



*José Antonio Lambrano*

*(Fuente del Maestre, 1946)*

*Soneto*

Esta entraña de pulso y polvo frío  
cimenta mi castigo a tu cintura.  
Soneto por la cumbre y la frescura,  
blanca cota de abismo y labrantío.

Ganas temor, secreto y luz de río,  
puente de piedra azul, verso que apura  
la entraña del regazo que apresura  
otra aurora estival junto a mi brío.

Ya doblo la cerviz a tu corriente,  
ciprés arrebolado a lo sonoro,  
frágil ángulo agudo y desvelado.

Soledad de mi voz en tu presente,  
espuma que adjetivas lo que adoro  
en unidad de yugo encabalgado.

(Del libro *Sonetos*, 1982)



*Lo que pienso del mar*

Lo que pienso del mar  
te ofrecería:

su infiel edad del tiempo,  
la turbación del tacto de las olas,  
esa lluvia callada de besarte.

(Del libro *La noche de los lirios*, 1989)



TU nombre suena a sílaba mojada  
como una vez la hierba es su frescura.  
Jira de amor para la noche oscura  
que escampa ante la luz acostumbrada.

Me sorberá el reír la tierra helada,  
el puente de tus ojos, la llanura  
de ser ventana abierta en la más pura  
libertad de mi vida enamorada.

Alto vuelo ha de estar por lo que mira,  
y alto el mirar si acaso no ha llegado  
a conocer la voz a la que aspira.

Alto será tu cuerpo por el trigo,  
el leve desconsuelo derrotado,  
y alto tu nombre del que soy testigo.

(Del libro *Amor mío, la vida*, 2003).



## *Treinta minutos de libertad*

De pronto me contemplo viajando  
por sitios donde las tardes huelen a plantas  
llovidas.

Donde el caminar se hace lento  
para que las puertas se abran a la voz del aire  
y las acechen treinta minutos de libertad.

Sólo viajo por tierras que no enjagan  
el moho de los cuerpos desnudos.  
Parajes en los que brota el susurro del alba  
dos veces  
para evitar que el miedo no nos habite nunca.

¿Qué pide en este acontecer  
el trato con la vida?

¿Qué  
el de la muerte?

No busco los senderos que surgen  
frente a la oscuridad de los mares,  
sino los que enhebran el rastro de una voz  
sobre los tambores que murmuran  
el sonido blanco de un sueño.

(Del libro *Treinta minutos de libertad*, 2006)



## Luciano Feria

(Zafra, 1957)

Ignoro durante cuánto tiempo se ha incendiado mi alma, he sido luz.  
Pero ya divisó allá lejos una tierra distinta: como una corona, como un hálito.  
Y soy un cuerpo que asciende.  
Pero no hasta la altura, no como el fuego arde: inflamando el espacio.  
Está esta cima dentro de mí.  
Es una llama honda que ha arrasado mi verbo, la memoria.  
Es una brasa lenta que ha avivado mi voz, y la esperanza.  
Y soy un hombre que asciende.  
Está esta cumbre dentro de mí.

Ya recibo el aroma que trae un aire puro.  
Ya respiro.  
Ya respiro recibiendo a la vida como pecho que nace.  
Y navega la nave al compás del amor.  
Y divisó allá lejos una tierra distinta: como una ternura, como la piel que es tibia.

¿Cómo podría  
no eternizarse, y sólo  
ser un sueño la orilla?  
Oh dioses, si el hombre debe morir, que sea  
sólo dolor su vida.  
Y dejadle clamar por la injusticia.

(Del libro *El instante en la orilla*,  
Badajoz, DPDB, Col. Alcazaba, 1989)



Poeta, una vez, de muchacho,  
subí a un monte con mi padre consagrado a los dioses (he juzgado  
por los viejos olivos y la roca, más tarde,  
cuando creció la vida y supe).

Todo nuestro alimento se dispuso de noche y sin sueño, lo mismo  
que se presiente al grano o a un fruto en la rama.  
Recuerdo que tras el puente se iniciaba el ascenso,  
pero aún era pronto para mirar atrás o a la cima. Mas la hierba  
—húmeda todavía— nos dijo de la vida en la noche.

Dispusieron los dioses, más arriba,  
una fuente, y los hombres  
con piedras de la ladera conservaban el agua.

Poeta, nunca supimos de dónde vino la luz.  
Si de la cumbre —cerca— o del pueblo —abajo— bello como un todo.  
Mas recuerdo que escuché a mi lado una palabra justa.  
Una palabra como el mundo.  
Y estallé entonces como a un nacimiento.  
Y creí.  
Poeta, y ya busco la canción.

¿Cómo ignorarte entonces abrazado a tu cuerpo, amada? ¿Cómo  
a la luz,  
si por la piel afluye, no por los ojos sólo o como aroma?  
¿Cómo, poeta, ascender a la altura  
y callarse?

(Del libro *El instante en la orilla*,  
Badajoz, DPDB, Col. Alcazaba, 1989)



Elige, poeta, como te dicte el verbo —libremente—  
lugares y actitudes para el amor:

Una tierra lejana, de dioses, dentro del mar  
o un bosque oscuro.

Una noche de estío, cálida, densa en el mar  
o el día.

Y el cuerpo dulce para gustar la fruta, olorosa,  
o tenso, entregado  
mientras viene la nieve.

Escoge, poeta, escoge. No importa.

Tú tensarás la vida hasta el instante  
último  
si nos cantas con voz.

¿La verdad?

De la palabra siempre brota la luz. Bastan  
una misma emoción  
y el ritmo.

(Del libro *El instante en la orilla*,  
Badajoz, DPDB, Col. Alcazaba, 1989)



La espiga –para abrirse– antes fue grano.  
No se saciaba nunca.  
La tierra, el agua, el aire, los incendios iban dándolo todo.  
Y un día  
fue ella misma el alimento.

Así el amor –cuando surte en el hombre– vive del hambre  
y de la imperfección. Es la impureza  
del labio lo que busca a otro labio; el hondo  
surco, a la semilla. Siempre, siempre, la sed.

Amor mío, da gracias. Yo no soy una diosa:  
La imperfección, sólo la imperfección, abre al espacio.

(Del libro *El instante en la orilla*,  
Badajoz, DPDB, Col. Alcazaba, 1989)



## *Ab initio*

### I

*S*i indagas en qué tiempo  
anidaba en los surcos  
la víbora de las complejidades, minotauro;  
si pides a la vida siempre los límites  
de la inocencia, porque  
no te resignas a hermosas actuaciones que ocultan  
irremediamente algún veneno; si has perdido el temor  
a enfrentarte, cara a cara, con la sabiduría,

no evoques de la Aleluya  
los instantes más bellos: la ofrenda  
de los corderos a los niños,  
el pan y la sal en cada mano, la ribera, las huertas,  
la hierba en la ventana o aquella suave  
pronunciación, compañero de juegos,

sino  
la soledad y el llanto inconsolable  
de los sacrificios: lo insólito  
de haber olvidado tanto amor  
y las lágrimas  
al cabo de un puñado de horas.

(Publicado en la revista  
*El Urogallo*, diciembre de 1990)



*Ab initio*  
II

Héctor hirió la dulce carne de Patroclo  
cerca de la mentira. Aquiles  
mordió los negros escorpiones del odio, en vez de ser feliz  
por siempre  
entregándose en el mar a los recuerdos.

Paris fue vanidoso: cómo temblaba su musculatura  
turbia de placer y de rencor tensando el arco.  
Y Helana... Helena (era el estío) ceñía su más hermosa  
túnica transparente.

Decidme: ¿qué amor  
tan profundo hacia los hombres los alzó desde el fango?  
¿Quién se apiadó del corazón, y cantaba, y luego supo  
crear la luz  
de la más espantosa tiniebla?

No, no me digáis que fue invención de Homero, el ciego.  
No me digáis que otros muchos poetas con los años.  
No me digáis que la palabra surtió de un pueblo todo  
al alba del conocimiento, sabio y azul, nostálgico del mito.  
No me digáis que hay una fuente clara entre los hombres. No.

Otra verdad más honda debe albergar la voz  
si todavía os amo, oh héroes  
de mi juventud, habiendo conocido la guerra.

(Publicado en la revista  
*El Urogallo*, diciembre de 1990)



*Fábula del Terco*  
XIII

La lluvia ha desatado su cabellera en las costas de Bríndisi.  
Y es intensa y amarga, oscura y muy antigua.  
Alguien me ha traído tu voz del otro lado del mundo, alguien  
que me ha querido mucho.  
Me ha traído tus ojos, tus manos, tu sonrisa, la lluvia de una calle más suave y más  
limpia.  
Alguien, en fin, tu corazón, tu testimonio,  
y he asomado mi rostro a los espejos.  
Entre tanta humedad y madrugada, entre tanta derrota,  
sólo escribir tu nombre, amor,  
podía regresarme.

(Del libro *Fábula del terco*, 1997)



## *De la otra Ribera*

¿Cómo expresar la luz con la que veo tu imagen, Astenái?

¿Luz blanca

o luz amarilla: ropa blanca, hora del alba, la transparencia abundante del agua?

Sólo eso sé, que es de día, y que es primavera o verano, y que lo que mejor veo  
o huelo

o siento

es la espuma rizada del jabón en el pelo

(mano arrugada de mi abuela blanca, geranios, empalizada, aquellas sábanas oreadas, y  
sus ojos

llenos de amor.

Pero estaban ausentes, sin pestañas).

(Memoria, memoria de la luz

sur,

entraba por el patio hasta las piedras de mi casa

envolviéndome a mí, a ti, Astenái, antes de tu cabello oscuro,

a mis ojos de niño que ahora me miran fijos y grandes desde la inocencia, ¿luz blanca

o luz amarilla?)

¿o es el recuerdo sólo, sin atributos, de la iluminación?

La veo redonda Dios mío

(y a mis ojos de asombro girando alrededor de un centro que miraba hacia arriba  
paredes

o leyendo al cabo de algunos años porque era verano,

y ahora juego de pronto -mi pantalón es corto- de noche entre las mismas piedras de mi  
casa



porque mi madre hace la cena  
y son redondos  
los bolindres  
suaves,  
porque es invierno y ya me llega el olor a vida -alguien pone la mesa- del patio y de la  
cocina:  
¡ay la parábola del pozo hondo entre las piedras,  
chinche y gua,  
yo  
cerca de ti en el centro del mundo,  
padre!).

¿Está la transparencia en la sustancia de la luz  
o es la luz la mirada?

(Pikika, Pikika,  
mi lengua alrededor del año)

¿o está también la transparencia en las palabras?

¿Y en el tacto,  
la luz?  
¿Son fuente y son presencia las manos, de la luz?

(Tu carne madre,  
tu carne padre entre las sábanas, y ahora toco un interruptor que me parece vivo de  
suavidad,  
y las bisagras de un armario vivas que son mis primeras salamanquesas)

Astenái, Astenái  
dime:  
¿está también la luz presente entre las sombras?

(¿Qué perros  
amigos,



qué hocicos largos,  
qué orejas largas, vivas,  
me hacía mi padre con sus dedos de sombra y humo en la pared del cuarto?

Mi padre lee luego, ha leído antes en el comedor,  
yo sueño  
despierto  
sueño despierto  
lámparas  
bisagras  
crucifijo  
blancura  
el olor a barniz de la madera  
duérmete ya hijo  
es tarde  
hijo  
de perfil  
hijo mío  
que eres feliz ahora porque no sabes nada)

Astenái, Astení

¿Y por qué veo tu luz acompañada al verde y a la frescura?  
¿Por qué estás lavándote el pelo hace ya tantos años?  
¿Qué piensas tú arqueado, entre mujeres, de espaldas hace ya tantos años a tu inmensa  
llanura?

Sécate ya el cabello, Astení  
mira de frente al río  
anda  
acércate a la ribera y quédate tiempo de pie, hay casas  
hay eucaliptos y olmos

(aquella excursión al campo entre mujeres jóvenes,  
las muchachas mayores, amigo)



dan sombra.

(Resbalé entre las piedras del riachuelo, me secaban y yo desnudo, mis amigos, tus  
hermanas, tus tías, la luz  
en el cofre dulce del alma,  
risas de amor)

Y tú, Astenái, ¿aún no lo habías comprendido?

No era la luz lo que me embriagaba: era la respiración

ser libre, ser sin miedo  
a la vida  
ni a la oscuridad

estar en confianza

verme durmiéndome contigo

cesar

(cesar)

el corazón rodando en la penumbra.

(Del libro *De la otra ribera*, 2004)





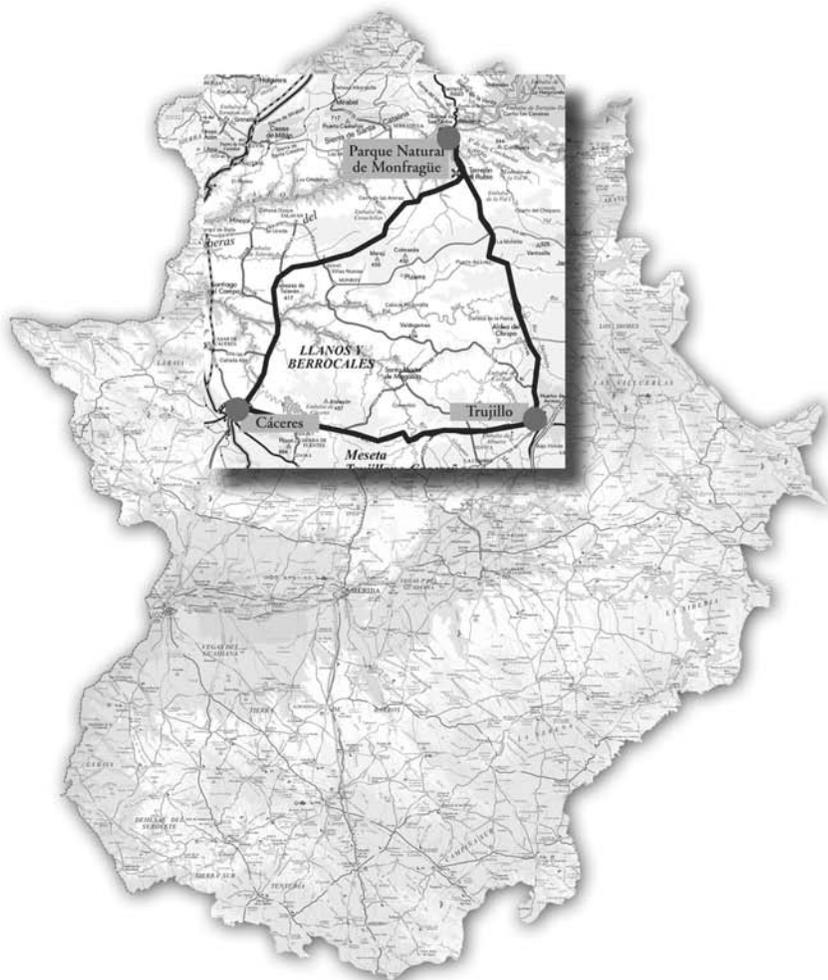






# Ruta 3

*Cáceres - Parque Natural de Monfragüe  
Trujillo- Cáceres*







## Lugares

### *Trujillo, ciudad de crisol y culturas*

La ciudad de Trujillo, localidad situada a 50 kms. al este de la capital de la provincia, se asienta sobre un batolito granítico y se emplaza en el antiguo camino de Madrid. Se trata de un importante complejo urbano conformado a partir de diferentes épocas y mentalidades arquitectónico-urbanísticas, cuyos testimonios han hecho de ella una de las más importantes localidades de la provincia, en lo que al patrimonio arquitectónico se refiere. La población trujillana se reparte entre la ciudad de Trujillo propiamente dicha y los cuatro arrabales dependientes de su jurisdicción municipal. Se trata de las localidades de Huertas de Animas, Huertas de la Magdalena, Belén y San Clemente. Con testimonios sobre ellos ya desde el siglo XVI, estos arrabales han estado poblados por un vecindario fundamentalmente agrícola que se asentó sobre fértiles vegas como las de Papalbas, Valfermoso o Mimbrenas.

Trujillo es el antiguo Turgalium romano, nombre de raíz celta. Es la denominación latina del topónimo correspondiente al primitivo castro indígena. Los diferentes testimonios epigráficos y funerarios hacen pensar que la Turgalium prerromana se convirtió, durante la ocupación romana, en una población de cierta importancia: Castris Juliae, tributaria de Norba Caesarina; muestra de ello son el elevado número de estelas funerarias romanas encontradas, algunas reaprovechadas por los musulmanes al construir el castillo.

Trujillo aparece citado en el anónimo de Rávena, siglo VI que facilita el conocimiento de ciudades y núcleos de población de esa época;



como Turcalion, en la vía que pudiera ser la misma que en el itinerario de Antonio, siglo III, se cita como vía desde Mérida hacia Zaragoza, a través de Toledo, como punto anterior a Augustóbriga. Dato interesante porque denota la continuidad funcional más o menos urbana, o como cabecera de comarca, de Trujillo.

Después de una época paleocristiana y visigoda, como queda constancia por los restos de una basílica visigoda, tras muros de la puerta de Coria, la dominación musulmana hace de Trujillo un importante enclave, que sólidamente fructificado, mantendrá una notable actividad, siendo testimonio de ella el mercado ganadero que se celebrara en la zona extramuros sobre la que después se habría de urbanizar la actual Plaza Mayor. Hacia el año 900 se inician las obras del Castillo y en el siglo XI están definitivamente configuradas las murallas, cuyo aspecto -al igual que el del Castillo- se modificará después de la Reconquista. Hay noticias de la existencia de, al menos, dos mezquitas, de las cuales se conserva algún resto.

En 1186 se inician con Alfonso VIII los primeros intentos de reconquistar la Villa. Entregada a las Ordenes Militares de Santiago y San Julián de Pereiro, pasaría de nuevo a manos árabes en la última década del siglo XII, hasta que en 1232 la villa es definitivamente recuperada por las huestes cristianas de Fernando III. Data de aquella fecha la devoción patronal de Trujillo a la Virgen de la Victoria, que, alojada entre dos torreones constituye el emblema heráldico de la Villa.

Hasta mediados del siglo XIV el desarrollo arquitectónico de Trujillo se concentra en el interior del recinto amurallado, en la Villa; sin embargo, por esa fecha surgen las primeras células que condicionará el posterior desarrollo de la ciudad extramuros.

Se trata de las primitivas fábricas eclesiásticas de San Martín y San Clemente. La concesión del título de "Ciudad" por Juan II, en el año



1430, sería el definitivo elemento impulsor del desarrollo de la ciudad. A todo ello vendría a sumarse el privilegio de Mercado Franco otorgado por Enrique IV en 1465.

Entre fines del siglo XV y principios del XVI tiene lugar una importante actividad arquitectónica en Trujillo. Se fundan los conventos de San Miguel, La Encarnación y San Francisco; se levanta el Rollo o Picota en el sitio del Mercadillo y se construyen las nuevas Casas Consistoriales, otros inmuebles municipales y privados van configurando la estructura y fisonomía del espacio placero.

El siglo XVI será definitivo para la historia de Trujillo. La población supera abiertamente sus antiguos límites y se expande fuera de la muralla. El desarrollo demográfico trujillano, cuya población es de 1575 vecinos en 1557 y de 1730 en 1580 -cifras superiores a las de Cáceres para las mismas fechas- y el enriquecimiento de ciertos sectores como consecuencia de la empresa americana, son las circunstancias que impulsan ahora el desarrollo arquitectónico-urbanístico de Trujillo. Desarrollo que poblará la ciudad de nuevas construcciones nobiliarias, se ampliarán las antiguas fábricas religiosas y proporcionará a Trujillo el aspecto con que la ciudad, prácticamente sin alteración sustancial, llega al siglo XVIII. "Villa" y "ciudad" mantendrán desde ahora una evolución arquitectónica de distinto signo. Torres, aspilleras, alfiles, arcos apuntados y demás elementos arquitectónicos militares y goticistas de los palacios intramuros desaparecen de arquitectura de la "ciudad"; en ésta se empleará una construcción mas abierta en la que logias y patios proporcionarán una fisonomía estructural diferente a los inmuebles. En el interior de la "villa", el aspecto defensivo de alcázares y casas fuertes da paso a otro renacentista.

Durante el siglo XVII y después de la conclusión y remodelado de la obras eclesiásticas iniciadas en el siglo XVI, Trujillo cae un largo



período de inactividad arquitectónica que se vería agravada a raíz de la campaña de Portugal, pues ésta diezmaría tanto la población como la economía trujillana. En la "villa", el abandono constructivo se traduciría en un proceso arquitectónico regresivo en el que se hacen presentes las primeras ruinas.

En los años iniciales del siglo XVIII apenas hay diferencias cualitativas y cuantitativamente en lo que a arquitectura trujillana se refiere. Pocas alteraciones importantes experimentará Trujillo durante dicho siglo. Habrá que esperar hasta el siglo XIX para encontrar cambios significativos en la estructura urbana de la ciudad. En efecto; después de la incidencia destructiva de los acontecimientos bélicos del siglo pasado y de las circunstancias del mismo signo que acompañaron a los diferentes procesos desamortizadores, Trujillo inicia durante el último tercio del siglo XIX una actividad constructiva y urbanística de gran relieve y excepcional a nivel provincial. Sin embargo Trujillo no continuaría el mismo ritmo constructivo durante el siglo XX. La ciudad se estancaría poblacional y urbanísticamente, de manera que a pesar de su importancia comarcal y ganadera, hoy es una población que se caracteriza fundamentalmente por un importante turismo de paso.

### *Monfragüe*

El Parque Natural de Monfragüe se encuentra en el centro de la provincia de Cáceres (Extremadura) entre las ciudades de Plasencia, Trujillo y Navalmoral de la Mata.

Tiene una superficie aproximada de **18.396** ha. y coincide con una serie de alineaciones montañosas sobre los ríos Tajo y Tiétar. En el interior del área protegida se encuentra la confluencia de ambos cursos fluviales.



Desde las aguas del Embalse de Alcántara a las cumbres de Miravete, la altitud oscila entre los 220 metros y los 773 respectivamente.

Monfragüe fue declarado **Parque Natural** por Real Decreto **1927/79, de 4 de abril**. En **1991** la zona protegida fue reconocida por la Unión Europea como Zona Especial para la Protección de las Aves (**ZEPA**), zona ampliada hasta **116.160** ha. en el año 2003. Asimismo coincidiendo con esta superficie, la **UNESCO en el año 2003** reconoce al área en cuestión como **Reserva de la Biosfera**.

Con el fin de habilitar una zona de uso público para dar cumplimiento a la filosofía de los Parques Naturales facilitando el uso y disfrute de la sociedad, la zona aledaña a Villarreal de San Carlos se declara y utiliza como tal. **Villarreal** es una **pedanía** del municipio cercano de **Serradilla**, y es el **único núcleo urbano** existente en el **interior del Parque Natural**. Desde el mismo se abren **3 rutas principales** para los amantes del senderismo: **Itinerario rojo** hacia las umbrías del Castillo, **Itinerario verde** por las repoblaciones y buenas muestras de vegetación riparia y el **Itinerario amarillo** bordeando los embalses.

Villarreal de San Carlos debe ser siempre el punto de partida de toda visita provechosa y aprovechada; alberga todos los equipamientos ambientales del Parque.

## HISTORIA:

Se han localizado **gran cantidad de abrigos con pinturas rupestres datadas entre 5000 y 3000 años a. de c.**, lo que indica la presencia del Hombre en Monfragüe desde tiempos muy remotos.



Entre los años 900 y 200 a. de c. **Íberos y Celtas** también habitaban Monfragüe; prueba de ello son los *castros* localizados en la zona.

Del año 200 al 300 d. de c. **los romanos** poblaron la zona dejando *puentes, tumbas y la famosa calzada romana* próxima a Villarreal de San Carlos.

En el año 713 **los árabes** conquistaron estas tierras y parece ser que hacia el 811 construyeron el conocido *Castillo de Monfragüe*.

En 1450 se construye el llamado *Puente del Cardenal* por orden del Obispo de Plasencia para unir el comercio entre Plasencia y Trujillo.

En el año **1784 fue fundado Villarreal de San Carlos** para proteger el comercio antes mencionado frente al bandolerismo en la zona.

Hacia el año **1965** se construyen las **presas de los Saltos de Torrejón** modificando fuertemente el paisaje.

En **1979** Monfragüe es **declarado Parque Natural** como ya se ha indicado.

## ECOSISTEMAS

### VEGETALES:

En Monfragüe encontramos la más extensa y mejor conservada mancha de *monte mediterráneo* de toda su área de distribución.

En las umbrías serranas, con menos luz y más humedad, aparece una lujuriosa vegetación de hoja *lauroides* (parecidas al laurel), compuesta por *madroños, durillos, labiérnagos*, etc. Son las **especies nobles**.



**El arbolado** está representado por el *alcornoque*, el *quejigo* y el *arce de Montpellier*.

**En los llanos y solanas**, muy alterados por el hombre, se desarrolla una vegetación muy resistente de *jaras*, *aulagas*, *retamas*, *escobas*, *canchales*, etc., son el **matorral serial**, sobre el que se erige la *encina*, que en amplias zonas ha sido aclarado y desbrozado, dando lugar al paisaje característico de **dehesa**.

**En márgenes de ríos y arroyos**, aparecen resistentes *saucos*, y frondosos *alisos* y *fresnos*, que con sus raíces estabilizan y aseguran las márgenes. Cuando éstos desaparecen, surge la espinosa *tamuja*.

**En el roquedo** crece una escasa pero importante vegetación de *cambrones*, *musgos*, *líquenes*, *enebros*, *chaparros*, *claveles bravíos*, etc.

#### FAUNA:

El gran valor de Monfragüe y la principal causa para su declaración como Parque Natural, es su excepcional fauna que no tiene comparación en España y Europa:

- Mayor colonia de **buitre negro** del mundo. 690-300 parejas.
- Mayor concentración de **águila imperial** del mundo con 12 parejas.
- Una de las mayores concentraciones de **cigüeña negra** con 30 parejas nidificantes.

En los **roquedos** encontramos *buitre leonado*, *alimoche*, *águila real*, *halcón peregrino*, *cigüeña negra* o *búho real*.

En la **espesura** anida el *buitre negro*, *águila imperial*, *águila calzada*, *águila culebrera*, *azores*, *gavilanes*, etc. Aquí también podemos intuir la



presencia de los abundantes mamíferos de Monfragüe, como la *gineta*, el *gato montés*, la *garduña*, el *tejón* o los *lirones caretos*.

La tranquilidad del Parque nos permitirá contemplar el pastar de *ciervos* y *jabalíes*.

Durante el invierno, nuestros pantanos y charcas se llenan de *garzas*, *cormoranes*, *porrones comunes* y *moñudos*, *cercetas*, *patos cucharas*, *gaviotas* y multitud de aves acuáticas.



*Javier Cercas*  
(Ibañerando, 1962)

Fue en el verano de 1994, hace ahora más de seis años, cuando oí hablar por primera vez del fusilamiento de Rafael Sánchez Mazas. Tres cosas acababan de ocurrirme por entonces: la primera es que mi padre había muerto; la segunda es que mi mujer me había abandonado; la tercera es que yo había abandonado mi carrera de escritor. Miento. La verdad es que, de esas tres cosas, las dos primeras son exactas, exactísimas; no así la tercera. En realidad, mi carrera de escritor no había acabado de arrancar nunca, así que difícilmente podía abandonarla. Más justo sería decir que la había abandonado apenas iniciada. En 1989 yo había publicado mi primera novela; como el conjunto de relatos aparecido dos años antes, el libro fue acogido con notoria indiferencia, pero la vanidad y una reseña elogiosa de un amigo de aquella época se aliaron para convencerme de que podía llegar a ser un novelista y de que, para serlo, lo mejor era dejar mi trabajo en la redacción del periódico y dedicarme de lleno a escribir. El resultado de este cambio de vida fueron cinco años de angustia económica, física y metafísica, tres novelas inacabadas y una depresión espantosa que me tumbó durante dos meses en una butaca, frente al televisor. Harta de pagar las facturas, incluida la del entierro de mi padre, y de verme mirar el televisor apagado y llorar, mi mujer se largó de casa apenas empecé a recuperarme, y a mí no me quedó otro remedio que olvidar para siempre mis ambiciones literarias y pedir mi reincorporación al periódico.

Acababa de cumplir cuarenta años, pero por fortuna -o porque no soy un buen escritor, pero tampoco un mal periodista, o, más probablemente, porque en el periódico no contaban con nadie que quisiera hacer mi trabajo por un sueldo tan exiguo como el mío- me aceptaron. Se me adscribió a la sección de cultura, que es donde se



adscribe a la gente a la que no se sabe dónde adscribir. Al principio, con el fin no declarado pero evidente de castigar mi deslealtad - puesto que, para algunos periodistas, un compañero que deja el periodismo para pasarse a la novela no deja de ser poco menos que un traidor-, se me obligó a hacer de todo, salvo traerle cafés al director desde el bar de la esquina, y sólo unos pocos compañeros no incurrieron en sarcasmos o ironías a mi costa. El tiempo debió de atenuar mi infidelidad: pronto empecé a redactar sueltos, a escribir artículos, a hacer entrevistas. Fue así como en julio de 1994 entrevisté a Rafael Sánchez Ferlosio, que en aquel momento estaba pronunciando en la universidad un ciclo de conferencias. Yo sabía que Ferlosio era reacio en extremo a hablar con periodistas, pero, gracias a un amigo (o más bien a una amiga de ese amigo, que era quien había organizado la estancia de Ferlosio en la ciudad), conseguí que accediera a conversar un rato conmigo. Porque llamar a aquello entrevista sería excesivo; si lo fue, fue también la más rara que he hecho en mi vida. Para empezar, Ferlosio apareció en la terraza del Bistrot envuelto en una nube de amigos, discípulos, admiradores y turiferarios; este hecho, unido al descuido de su indumentaria y a un físico en el que inextricablemente se mezclaban el aire de un aristócrata castellano avergonzado de serlo y el de un viejo guerrero oriental -la cabeza poderosa, el pelo revuelto y entreverado de ceniza, el rostro duro, demacrado y difícil, de nariz judía y mejillas sombreadas de barba-, invitaba a que un observador desavisado lo tomara por un gurú religioso rodeado de acólitos. Pero es que, además, Ferlosio se negó en redondo a contestar una sola de las preguntas que le formulé, alegando que en sus libros había dado las mejores respuestas de que era capaz. Esto no significa que no quisiera hablar conmigo; al contrario: como si buscara desmentir su fama de hombre huraño (o quizás es que ésta carecía de fundamento), estuvo cordialísimo, y la tarde se nos fue charlando. El problema es que si yo, tratando de salvar mi entrevista, le preguntaba (digamos) por la diferencia entre personajes de carácter y personajes de destino, él se



las arreglaba para contestarme con una disquisición sobre (digamos) las causas de la derrota de las naves persas en la batalla de Salamina, mientras que cuando yo trataba de extirparle su opinión sobre (digamos) los fastos del quinto centenario de la conquista de América, él me respondía ilustrándome con gran acopio de gesticulación y detalles acerca de (digamos) el uso correcto de la garlopa. Aquello fue un tira y afloja agotador, y no fue hasta la última cerveza de aquella tarde cuando Ferlosio contó la historia del fusilamiento de su padre, la historia que me ha tenido en vilo durante los dos últimos años. No recuerdo quién ni cómo sacó a colación el nombre de Rafael Sánchez Mazas (quizá fue uno de los amigos de Ferlosio, quizás el propio Ferlosio). Recuerdo que Ferlosio contó:

-Lo fusilaron muy cerca de aquí, en el santuario del Collell. -Me miró-. ¿Ha estado usted allí alguna vez? Yo tampoco, pero sé que está junto a Banyoles. Fue al final de la guerra. El 18 de julio le había sorprendido en Madrid, y tuvo que refugiarse en la embajada de Chile, donde pasó más de un año. Hacia finales del treinta y siete escapó de la embajada y salió de Madrid camuflado en un camión, quizá con el propósito de llegar hasta Francia. Sin embargo, lo detuvieron en Barcelona, y cuando las tropas de Franco llegaban a la ciudad se lo llevaron al Collell, muy cerca de la frontera. Allí lo fusilaron. Fue un fusilamiento en masa, probablemente caótico, porque la guerra ya estaba perdida y los republicanos huían en desbandada por los Pirineos, así que no creo que supieran que estaban fusilando a uno de los fundadores de Falange, amigo personal de José Antonio Primo de Rivera por más señas. Mi padre conservaba en casa la zamarra y el pantalón con que lo fusilaron, me los enseñó muchas veces, a lo mejor todavía andan por ahí; el pantalón estaba agujereado, porque las balas sólo lo rozaron y él aprovechó la confusión del momento para correr a esconderse en el bosque. Desde allí, refugiado en un agujero, oía los ladridos de los



perros y los disparos y las voces de los milicianos, que lo buscaban sabiendo que no podían perder mucho tiempo buscándolo, porque los franquistas les pisaban los talones. En algún momento mi padre oyó un ruido de ramas a su espalda, se dio la vuelta y vio a un miliciano que le miraba. Entonces se oyó un grito: «¿Está por ahí?». Mi padre contaba que el miliciano se quedó mirándole unos segundos y que luego, sin dejar de mirarle, gritó: «¡Por aquí no hay nadie!», dio media vuelta y se fue.

Ferlosio hizo una pausa, y sus ojos se achicaron en una expresión de inteligencia y de malicia infinitas, como los de un niño que reprime la risa.

-Pasó varios días refugiado en el bosque, alimentándose de lo que encontraba o de lo que le daban en las masías. No conocía la zona, y además se le habían roto las gafas, de manera que apenas veía; por eso decía siempre que no hubiera sobrevivido de no ser porque encontró a unos muchachos de un pueblo cercano, Cornellà de Terri se llamaba o se llama, unos muchachos que le protegieron y le alimentaron hasta que llegaron los nacionales. Se hicieron muy amigos, y al terminar todo se quedó varios días en su casa. No creo que volviera a verlos, pero a mí me habló más de una vez de ellos. Me acuerdo de que siempre les llamaba con el nombre que se habían puesto: «Los amigos del bosque».

Ésa fue la primera vez que oí contar la historia, y así la oí contar. En cuanto a la entrevista con Ferlosio, conseguí finalmente salvarla, o quizás es que me la inventé: que yo recuerde, ni una sola vez se aludía en ella a la batalla de Salamina (y sí a la distinción entre personajes de destino y personajes de carácter), ni al uso exacto de la garlopa (y sí a los fastos del quinto centenario del descubrimiento de América). Tampoco se mencionaba en la entrevista el fusilamiento del Collell ni a Sánchez Mazas. Del primero yo sólo sabía lo que acababa de



oírle contar a Ferlosio; del segundo, poco más: en aquel tiempo no había leído una sola línea de Sánchez Mazas, y su nombre no era para mí más que el nombre brumoso de uno más de los muchos políticos y escritores falangistas que los últimos años de la historia de España habían enterrado aceleradamente, como si los enterradores temiesen que no estuvieran del todo muertos.

(Del libro *Soldados de Salamina*, Tusquets Editores, 2000)



## *Volver a casa*

Cuando hace ahora casi diez años me llamó por teléfono el profesor Marcelo Cuartero para ofrecerme un empleo en el Colegio Universitario de Gerona, que por entonces dependía de la Autónoma de Barcelona, lo primero que pensé es que había habido una confusión. No lo dije, claro, y después de hacerme un rato el interesante acepté la oferta y le aseguré que al cabo de un mes llegaría a Gerona, pero cuando colgaba el teléfono ya no me cabía ninguna duda: seguramente engañado por uno de los pocos amigos que yo conservaba en el Colegio Universitario -un poeta peligroso y lunático militante, capaz de organizar las mentiras más inverosímiles si con ello es capaz de hacer un favor a un amigo-, Marcelo Cuartero me había llamado a mí en vez de llamar a la persona adecuada; estaba sin embargo seguro de que, en cuanto llegase a Gerona, la confusión se aclararía: habría alguna llamada, alguna carrera y algún portazo, Marcelo Cuartero abroncaría al poeta conspirador y el poeta conspirador abroncaría a Marcelo Cuartero, me pedirían disculpas, me invitarían a comer, me agradecerían mi buena disposición y con un poco de suerte me pagarían el viaje de vuelta. De todo eso estaba seguro. Pero también estaba harto de los Estados Unidos, que era el sitio donde entonces vivía (o, para ser más exactos, en un Estado del medio oeste que estaba rodeado de otros Estados donde imperaba la ley seca; por eso yo no cogía nunca, excepto en casos de máxima necesidad, ningún tipo de transporte, ni privado ni público -ni siquiera público, pero eso ya es otro tema-: un pánico indescriptible se apoderaba de mí cada vez que me pasaba por la cabeza la posibilidad de ir a parar a uno de ellos); para acabar de arreglarlo, yo había tenido la simpática idea de publicar hacía poco tiempo una novelita en la que se sintieron retratados los escasos amigos que había conseguido hacer en aquel país, quienes a partir del momento en que



la leyeron adoptaron la curiosa costumbre de cambiar de acera cada vez que me los encontraba por la calle.

Un mes después de aquella llamada imprevista cogí el avión. Recuerdo que mientras sobrevolábamos el Atlántico bajo el sol de mayo yo me sentía dividido entre la nostalgia perversa del país de puritanos y salvajes que dejaba atrás (ya se sabe que uno siempre añora lo que ha abandonado o perdido, porque los espejismos de la distancia lo tiñen todo de una pátina prestigiosa) y la razonable excitación, o el miedo, de volver a casa (porque me temía que durante todos los años que había pasado fuera la memoria había disfrazado de virtudes ilusorias la ciudad huérfana de bares y saturada de curas, gris y húmeda e invariablemente otoñal, infectada de toda la tristeza de una adolescencia malograda, que yo conocía de siempre). De manera que, para combatir esta doble ansiedad, me puse a leer una revista mientras miraba con el rabillo del ojo a la mujer que estaba sentada a mi lado. Tenía unos treinta y cinco años y era rubia y bonita, y dormía con la placidez sin resquicios con que lo hacen los niños y las personas que no conocen la mala conciencia. En la revista había un artículo de un tal Bill Bryson, que leí; no recuerdo exactamente de qué trataba, pero sí que se titulaba *More fat girls in Des Moines*, y sobre todo recuerdo que acaba así: “Como yo le decía siempre a Thomas Wolfe, hay tres cosas que no se pueden hacer en la vida. No se puede estafar a la compañía de teléfonos, no se puede conseguir que un camarero te vea antes de que él haya decidido verte a ti, y no se puede volver a casa”. La frase sonaba con el tintineo inconfundible de la verdad, pero, como me pareció un presagio funesto, dejé a un lado la revista y me volví hacia mi compañera de viaje. Estaba despierta; empezamos a hablar. Se llamaba Kathy y era de San Luis, pero desde hacía años vivía en Chicago, donde acababa de abandonar a su marido y a sus dos hijos para irse a vivir a Madrid, con un amigo a quien había conocido el año anterior, en unas vacaciones. El amigo se llamaba Manolo.



-América es un país para trabajar -sentenció, supongo que a modo de justificación de su huida-. No un país para vivir.

Le dije que tenía toda la razón, y aproveché la oportunidad para denigrar una vez más la ignominia de la ley seca, un ejercicio que en aquella época practicaba cada vez que podía y en el que -ya sé que está mal que sea yo quien lo diga, pero es la pura verdad- llegué a rayar muy alto. En plena pirotecnia de confianzas, acuerdos y efusiones, no me fue difícil mentir: elogí su valiente decisión de abandonar a la familia por un desconocido a quien apenas había tratado durante quince días; añadí que estaba seguro de que todo le saldría bien.

Poco antes de que el avión aterrizara en Madrid, Kathy fue al lavabo; al volver había cambiado las zapatillas de deporte, los tejanos y la camiseta del viaje por unos zapatos de tacón rojos y unos de esos escalofriantes vestidos de domingo con que algunas americanas consiguen aniquilar, con un celo de inquisidor, hasta el más mínimo rastro de su atractivo; también llevaba la cara pintada como un cromo.

-¿Te gusto? -dijo, radiante, ensayando la mirada de coquetería con que sin duda tenía previsto volver a seducir a Manolo.

-Estás preciosa -le dije.

Manolo la esperaba en el aeropuerto. Era muy moreno, muy delgado, muy guapo, con manos de albañil, cintura de novillero y cara de lugarteniente de Curro Jiménez, con el pelo rizado y las enormes patillas boscosas, y vestía uno de esos pantalones, muy estrechos en los muslos y muy anchos en los tobillos, que en los años setenta llevaban los cantantes de éxito y los presentadores de televisión: quizá por eso se me ocurrió, absurdamente, que Manolo parecía una mezcla perfecta de Nino Bravo y Mario Beut. No me



sorprendió en absoluto que no hablase ni jota de inglés, pero sí que Kathy ni siquiera entendiese el castellano; más raro todavía me pareció, sin embargo, que los dos se comunicasen sin ningún problema, en una lengua que no era ni inglés ni castellano, que aparentemente no participaba de ninguna de las dos y que al principio, no sé por qué, a mí me pareció ruso. Kathy, que me había tomado un afecto inexplicable, insistió en que se quedarían conmigo hasta que saliese el avión de Barcelona; Manolo no puso ninguna objeción, y cuando ya nos despedíamos mi amiga prometió que me escribiría una carta desde Getafe, que era el lugar donde vivía Manolo. “Ya será desde Chicago”, pensé entristecido, mientras los veía alejarse por la terminal.

Al llegar a Gerona todo se precipitó. Aún no me había dado tiempo de saludar a mi familia cuando sonó el teléfono. Era el poeta lunático. Mientras cogía el auricular se me ocurrió que él era la única persona del Colegio Universitario con quien yo mantenía una amistad estable, y que por eso se habían apresurado a encargarle que aclarase la confusión. “Podían haber esperado un poco”, pensé, resignado, aunque no sin algún resentimiento. Con sorpresa, casi feliz por la prórroga que me concedían, comprobé que mi amigo no me llamaba para anunciarme el error.

-¡Qué alegría! -gritaba, sin atreverse a revelar las maquinaciones de vergüenza que había urdido para engañar a Marcelo Cuartero y conseguir que me ofreciese el empleo-. Como mínimo ya no estaré solo. Seremos dos.

No me atreví a preguntar a qué se refería, pero era evidente que se hacía muchas ilusiones, porque estaba convencido de haber encontrado un cómplice dócil de sus fechorías.

-Mañana tienes una entrevista con el director del Colegio Universitario -me anunció más tarde, y supe de golpe que todas las



esperanzas que por un momento había abrigado se hacían añicos: comprendí que, sin duda consciente de la magnitud del error que habían cometido y de la decepción que supondría para mí, el director había decidido explicarme, él personalmente, la confusión e intentar atenuar sus efectos-. Es el hermano del alcalde. Se llama Pep Nadal. ¿Le conoce?

-No.

-Es un lunático -dijo el poeta lunático-. De ese tipo de gente que no rige. Ya me entiendes, ¿verdad?

-Perfectamente.

-Imagínate: dice que quiere montar una universidad. ¡En Gerona! -se echó a reír con toda la estridencia de su risa felina-. Es como si alguien te dijese que la Unión Soviética desaparecerá este año... En fin: le he dicho que mañana a las doce estarás en la Rambla, en L' Arcada.

Decidido a aprovechar a conciencia los pocos días que me quedaban de estar en Gerona y mi estatus precario de profesor in pectore, aquella misma noche salí con los amigos. El verano se había adelantado y hacía una temperatura espléndida y una luna enorme y redonda manchaba el cielo; Gerona parecía la ciudad ilusoria que mi memoria había imaginado: por ninguna parte vi una sotana, las calles estaban llenas de automóviles y de gente, una multitud de estudiantes alborotaba la confusión de bares que iluminaba la noche. Uno tras otro, los fuimos cerrando. Pensando en los rigores inhumanos de la ley seca, me sentí feliz; antes de las doce todo el mundo me parecía simpático e inteligente, en todas las muchachas reconocía un cierto parecido con Michelle Pfeiffer, y ya no era capaz de ver a nadie que no tuviese unas ganas desahoradas de pasárselo bien. Recuerdo que en un bar que se llamaba UVI, en cuya barra



estaban apoyados un par de casos terminales, los amigos me preguntaron por qué había decidido volver. Durante todos los años que yo había pasado fuera les había hecho creer lo que siempre cree la gente generosa o inocente: que uno se va de su país porque se le ha quedado pequeño; por vanidad, o por no romper con una decepción inútil la euforia del reencuentro, en aquel momento no quise destruir esa halagadora certeza ficticia con la tristeza de la verdad: que yo me había ido a otro país porque no había encontrado un trabajo decente en el mío. Buscando una mentira adecuada recordé a Kathy.

-América es un país para trabajar -dije-. No un país para vivir. Todo el mundo aprobó efusivamente la frase y pedimos otra copa.

Hacia las cuatro de la madrugada aterrizamos en una discoteca. Estaba llena a rebosar. En la pista de baile sonaba Rod Stewart y cuando me acerqué a ella tuve la impresión de estar asistiendo a un orgasmo multitudinario y unánime, acuchillado por focos de luz hipócrita que falsificaban las caras y las dotaban de una alegría de parranda, y capitaneado por un individuo de unos cuarenta años, moreno y acharnegado, que por algún motivo me hizo pensar en Manolo y que, con sus movimientos de locura, trazaba a su alrededor una circunferencia que nadie parecía decidirse a traspasar. Tomamos una copa en la barra de la pista de baile y luego otra en el bar. Reconocí muchas caras, saludé a mucha gente, hablé de muchas cosas, aunque no recuerdo exactamente de qué. Lo que sí recuerdo, en cambio, es que al rato -ya debía de ser bastante tarde-, después de varias copas más, me sorprendí hablando en el váter con un desconocido.

He comprobado que el váter no es solamente el lugar metafísico de los bares, sino también el de las confidencias fraternales. Y no sólo entre mujeres. Ni sólo entre conocidos. No recuerdo de qué empezamos a hablar aquel individuo y yo; recuerdo que estábamos uno al lado del otro, sin mirarnos, con la frente enfriada por los



azulejos de la pared y las manos ocupadas, y también que en algún momento me pareció entender que trabajaba en el servicio de limpieza del Ayuntamiento. Fue entonces cuando me volví para mirarlo; lo reconocí de inmediato: era el moreno acharnegado que monopolizaba la atención en la pista de baile. Quizá porque no podía evitar pensar en Manolo cuando lo miraba, o porque las confianzas de váter unen mucho más de lo que uno sospecha, lo cierto es que cuando acabamos de orinar ya éramos amigos.

El moreno me invitó a tomar una copa.

-Gerona es una ciudad cojonuda -le dije, menos borracho que exaltado.

Me miró como se mira a un loco.

-Antes -expliqué, suponiendo que estaba recién llegado-, cuando en un bar te acercabas a alguien para charlar un rato, te miraban con cara de “se-puede-saber-qué-coño-quiere-éste”. Ahora hasta se pueden hacer amigos en el váter.

-Gerona es una mierda -contestó, drástico.

Le pregunté por qué.

-No hay suficientes bares. Ni suficientes discotecas.

Me hice el hombre de mundo: le dije que, en comparación con muchas ciudades de otros muchos países, en Gerona había una cantidad desatinada de bares y discotecas. Y que, además, cerraban más tarde que en ninguna otra parte.

-Tonterías -dijo.



La verdad es que lo puso muy fácil, de manera que me decidí aplastado con mi discurso sobre la ley seca. Ahora me escuchó con atención, incrédulo, ligeramente pálido. Por un momento pensé que daría media vuelta y se volvería al váter. Cuando se recuperó, maldijo un rato a los americanos, pero de inmediato volvió a la carga.

-No hay bares suficientes -insistió-. ¿Y sabes quién tiene la culpa?

Dije que no con la cabeza.

-El alcalde -con una sonrisa cruel añadió-. Pero su hermano es todavía peor.

-¿Pep Nadal?

-Pep Nadal.

-¿Le conoces?

-¡Ya lo creo! -dijo, entrecerrando los ojos en un transparente gesto de experto, que significaba: “¡Si yo te contara!”-. Es un loco peligroso. Imagínate: dice que quiere montar una universidad. ¡En Gerona!

Luego hablamos de otras cosas. Mi nuevo amigo era un fanático de Rod Stewart, del cine español en general y de Gracita Morales en particular (había visto todas sus películas); también era un admirador incondicional de Nino Bravo y, mientras yo me preguntaba si Kathy todavía estaría en Getafe, con Manolo, o si ya habría cogido un avión de vuelta hacia Chicago, me obsequió con una breve pero emocionada interpretación de “Libre”. Más tarde me demostró que se sabía de memoria todas las novelas de Leonardo Sciascia. Recuerdo que pensé que Gerona no solamente es la única ciudad del mundo donde los catedráticos y los barrenderos pueden ser amigos,



sino también la única donde un barrendero es capaz de disertar a las cinco de la madrugada sobre el problema de la ambigüedad de la ley en la obra de Leonardo Sciascia.

Una hora más tarde, cuando salía de la discoteca, borracho y sin haberme despedido del barrendero erudito, me di cuenta de que ni siquiera le había preguntado cómo se llamaba.

Al día siguiente llegué a L' Arcada mucho antes de las doce. Para combatir la resaca y suavizar el estropajo en que se me había convertido la lengua, me bebí dos coca-colas seguidas y, un poco aliviado, encendí un cigarrillo y me puse a esperar la aparición del previsible individuo de cuello duro, investido de una cierta solemnidad académica, que me explicaría el error que el Colegio Universitario había cometido conmigo y me pediría disculpas. Me sentí ridículo. Entonces tuve una idea; comprendí que, si me levantaba y volvía a mi casa antes de que Pep Nadal llegase, todo el mundo saldría ganando: yo me ahorraría una humillación, Pep Nadal una explicación superflua e incómoda, y el Colegio Universitario una comida de disculpa, quizá incluso el billete del avión de regreso.

Ya me levantaba para irme cuando vi que se acercaba desde el otro extremo de la Rambla el moreno acharnegado de la discoteca. No sé por qué, pero me emocioné; sentí ganas de abrazado, como si Gerona fuera una ciudad remota, hostil e inhóspita y él fuese la única persona que yo conocía allí. Me pareció que el moreno, que estaba tan fresco como si hubiese dormido doce horas y había cambiado la informalidad indumentaria de la discoteca por un traje impecable, también se alegraba de verme. Nos saludamos efusivamente. Después me invitó a un café y, mientras lo bebíamos, me preguntó qué hacía allí. Le dije la verdad: que tenía una cita. Apenas lo dije, pensé que Gerona es el único lugar del mundo donde quedas con un catedrático y acabas tomando café con un barrendero, y en aquel momento me pareció recordar, a través de la niebla etílica que



emborrionaba la noche anterior, que mi amigo me había dicho que conocía a Pep Nadal. Ya me disponía a decir alguna cosa cuando él se me adelantó.

-Yo también -dijo.

-Tú también qué.

-Yo también tengo una cita -aclaró-. Aquí.

-¿Una boda? -pregunté, señalando su ropa.

Nos reímos. Luego, quizá porque todavía acariciaba en secreto la idea de quedarme y de hablar con él, llevé la conversación hacia Pep Nadal. Me frenó el espanto que le leí en los ojos; de inmediato lo tradujo en palabras.

-No me irás a decir que has quedado con él.

Dije que sí con la cabeza. Por un momento mi amigo me miró entre perplejo y divertido, como si no acabara de creerse lo que acababa de oír, o como si de golpe yo me hubiera convertido en otra persona; después movió la cabeza de un lado para otro, hizo chascar la lengua contra el paladar y apuró de un trago el café.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-Nada -dijo, sin atreverse a levantar del suelo una sonrisa de travesura-. Que Gerona es una mierda.

Angustiado por una brusca sospecha, pregunté:

-¿Por qué no hay bares suficientes?

-Porque Pep Nadal soy yo, capullo.



Pronto hará diez años de aquella mañana de mayo. Desde entonces han pasado muchas cosas. La confusión aún no se ha aclarado, y ya no sabré nunca si me contrataron porque de verdad me querían contratar o porque cometieron un error que nadie se atrevió a corregir; por si acaso, yo no hago preguntas y continuo dando clases como si tal cosa. En Gerona hoy hay una universidad desde hace algunos años -ahí es donde yo trabajo ahora: el Colegio Universitario fue absorbido por ella-, pero las muchachas ya no quieren parecerse a Michelle Pfeiffer sino -¡ay!- a Winona Ryder, y no hay manera de ir a una discoteca y oír a Rod Stewart; Nino Bravo, en cambio, parece que vuelve a estar de moda. Kathy me escribe de vez en cuando: todavía vive en Getafe, con Manolo, tienen dos hijos -un niño y una niña- y están esperando otro; en la última carta venía una foto de la familia entera, todos a caballo en la moto de Manolo, que sonrío con una sonrisa de patilla a patilla, igual que Sancho Gracia. El mes pasado acabé de escribir una novela; la han leído algunos amigos, pero de momento todos continúan saludándome con normalidad, incluso Marcelo Cuartero y el poeta lunático. América sigue existiendo (o eso dicen, porque yo no he vuelto por allí), pero no la Unión Soviética. Gracita Morales se murió. Y también Leonardo Sciascia. En cuanto a lo demás, debo decir que me he convertido en un lector asiduo de Bill Bryson, aunque ninguno de sus libros -ni siquiera *The lost continent*, que es extraordinario- me ha gustado tanto como aquel reportaje que se titulaba *More fat girls in Des Moines* y que apenas recuerdo, aunque a menudo pienso en él y también en la frase con que se acaba y me digo que, como mínimo en parte (en una tercera parte, para ser más exacto), por una vez Bill Bryson no tenía razón.

(Del libro *La narración corta en Extremadura*, Manuel Simón Viola, Badajoz, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, 2000)



*Andrés Trapiello*

*León! 1953*

*Salón de los pasos perdidos*

Fuimos a esperar a X al AutoRes de Trujillo. Venía de Navalmoral de la Mata. El día, por ensalmo, amaneció hoy limpio y frío, como un vidrio. Ayer parecía todo él embadurnado en leche condensada. Y hoy no, hoy tenía la cara lavada, incluso perfumada con agua de colonia.

Es bonito tener que montarse en el coche, irse a Trujillo a esperar a un amigo que viene en un autobús y luego volverse de nuevo a casa. Que haya alguien que se mueve todavía viajando en coche de línea. Todo el mundo tiene coche, así que cuando se tropieza uno con alguien que ni siquiera sabe conducir, es como si se entrara en un pueblo viejo, de los que no han conocido cabalmente la civilización.

X es un cosmopolita. Acaba de venir de Nueva York, donde trabaja y desde donde, supongo, también habrá venido en AutoRes. Ha recorrido medio mundo en AutoRes; iría a Nueva Cork en autoRes, si fuese posible. Los autobuses le dan a uno mucho más mundo que los aeropuertos y los aviones. Para empezar, en los aviones todo el mundo está un poco histérico y fuera de sí, ante la posibilidad de estrellarse. Incluso aquellos que se dicen apasionados del vuelo, se conducen de forma extraña, devoran la comida que les ponen delante sin atender siquiera a las normas de urbanidad, no dejan un solo cacahuete, miran el reloj cada diez minutos, se meten los dedos en las narices y en los oídos con inusitada frecuencia... En los trayectos de autobús va todo el

---

1 Desde hace años, habita durante largas temporadas en una casa de las afueras de Trujillo. En su obra, principalmente en sus Diarios, hace frecuentemente referencia a este entorno, lo que justifica su inclusión en este cuaderno.



mundo distendido, más aún que en los trenes. En los trenes todo está sujeto a un plan establecido. El tiempo que se detienen en las estaciones es demasiado corto como para descender y entrar en la cantina, comer algo y continuar el viaje. Esto pasó a la historia. Sólo en los autobuses perdura algo de la primitiva forma de viajar de las postas y las galeras. Hay un gran número de tiempos muertos en las estaciones, y se ve bajar y subir a mucha gente en ruta. En estos itinerarios de cercanías suelen coincidir conocidos y parientes de los pueblos vecinos, que se alegran de verse, se cuentan su vida somera de una forma prolija y luego sigue cada cual su camino. Pasa lo mismo en las estaciones de pueblo. Qué ilusión le hace a la gente venir a recibir y a despedir a los viajeros. Se dan en voz alta recomendaciones, en el caso de que se vayan; si vienen, se lanzan sobre el recién llegado y le empiezan a manosear por todas partes, mientras alguien de la comitiva, por lo general el más pequeño, disfruta arrebatándole al viajero su bolsa de viaje y la arrastra tras de sí, contento, escorándose cuanto puede para levantarla del suelo.

La espera me puso de muy buen humor, porque donde quiera que se posasen los ojos, descubría uno un retazo de vida inocente, y más en este día en que van y vienen los niños que no consienten todavía separarse un minuto de los regalos que les han traído los Reyes.

Venía X con un libro en la mano. Le eché una ojeada por curiosidad. Era un libro alemán. No entendí el título. Tampoco conocía al autor. Le pregunté quien era y de qué trataba. Me lo ha explicado con una gran delicadeza, se tomó al menos cinco minutos para contarme algo de ese escritor y otros cinco del libro, sabiendo que yo lo olvidaría todo cinco minutos después, aunque sé que no debería olvidarlo, porque él siempre lee buenos libros. Le debemos muchos, y películas y discos... No le importa que yo lo olvide tan pronto. Es paciente, incluso cuando dentro de unos años le pregunte por qué razón jamás me había hablado de ese escritor cuyo nombre ya he olvidado.



El reencuentro de X con M. y con los niños fue bonito, a todos les entró también una alegría súbita, propiciada por los días de soledad. Le rodeamos entre todos, como al misionero que trae la buena nueva, medicinas, alegría... En cuanto llegamos nos metimos encima de la lumbre y nos calentamos la punta de los pies y los dedos de las manos.

Empezamos a hablar de esto y de lo otro, pero con X eso no se puede hacer. A veces trae escrito en un papel las cosas de las que hemos de hablar, en un orden y hay que seguirlo, como cuando se va al supermercado, pero en el supermercado si uno ha escrito antes café y luego galletas, pero se pasa antes por el estante de las galletas, no va uno a buscar el café y luego regresa a recoger las galletas; al contrario, recoge las galletas y deja el café en segundo lugar. Con X esto no es posible, pues es muy germánico de temperamento. No se puede alterar el orden. No son tampoco asuntos importantes: Pueden ser, por ejemplo: 1. El libro de fulano. 2. ¿Qué tal tu novela? 3. Recuerdos de Mengano .4. ¿Dónde vais a pasar la Semana Santa? 5. Tomad os he traído este disco de Nueva Cork. 6. No hay derecho, lo que han hecho a Mengano...

Al principio os tomábamos un poco a chirigota ese ordenancismo suyo, pero comprendimos que le impacientaba mucho saltar de un tema a otro, como si en su desorden hubiese alguna lógica y en el nuestro ninguna en absoluto. Pero como tampoco nos cuesta darle ese gusto, es él el que decide el protocolo de la conversación y el orden de intervención , quien asigna a cada uno de los puntos del día el tiempo que cree necesario y los desvíos que están tolerados.

Entre las cosas que nos contó, estaba la de que acababa de morir hoy mismo el amante de B., y que los derechos de autor de éste pasaban a la madre de aquél, que es una mujer que no tiene la menor relación ni con la literatura ni con la poesía.



La noticia para X tiene alguna importancia, en la medida que le gusta la obra de B. y teme que, tal y como se han puesto las cosas, podrían hurtarle algunas páginas futuras. En consideración a la tristeza que esta noticia producía en él, pusimos nosotros también cara de que nos entristecía un poco, por acompañarle en eso y porque le queremos.

Fuimos agotando los temas de conversación, como hace la lamparilla en el vaso de aceite, o si se prefiere, como los víveres de unos náufragos. Al llegar la noche, ni él vivía ya en Nueva York ni nosotros estábamos aquí. Éramos de ninguna parte. Él corregía mi libro junto a la chimenea y apuntaba en una cuartilla sugerencias y errores. De vez en cuando pasaba yo a su lado por saber cómo marchaba la cosa, con impaciencia infantil. En realidad vivíamos el país de nuestras palabras, de nuestras pequeñas manías, de temores infundados y esperanzas sin porvenir, y en él, como en todas partes, la noche llegó demasiado deprisa sin la certeza de que mañana saldrá el sol por los mismos cerros.



Estábamos dando un paseo con X por la parte decimonónica de Trujillo, donde se encuentran todos esos viejos caserones en los que huele un poco a humedad y otro poco a longanizas ahumadas. Pasábamos al lado de la iglesia de San Pedro., que es de piedra color oro, ni bonita ni fea, como todas las iglesias de pueblo. Vimos en ese preciso momento abrirse un gran portalón de la casa que está adosada a la iglesia, y a continuación vimos también como asomaban las tocas de una monja. Miró a uno y otro lado. No sé si nos vio en una primera instancia, porque ella se encontraba en el callejón estrecho que circunda el ábside. Creo que no. Corrió a pasitos cortos, con una bolsa de basura en cada mano y alcanzó en una carrera la



esquina de este callejón con la calleja. Allí dejó sus bolsas y volvió sobre sus pasos a toda mecha. Tenía los movimientos de una ardilla. Cuando llegamos al portalón se dio de bruces con nosotros y se asustó, pegó un gran salto hacia atrás, de un metro lo menos, como seguramente hacen cuando se les presenta Belcebú a tentarlas, pero cuando creímos que se iba a desmayar o a arrancarse el crucifijo del pecho y ponérselo delante de la cara a modo de escudo o a cerrar detrás de sí aquella pesada puerta, nos sorprendió a todos, porque giró por completo y nos dedicó la más risueña de sus sonrisas. En realidad es que se interpuso entre la puerta y nosotros, tratando de velarnos la visión de la clausura y de un claustro precioso que se veía a unos veinte metros. Aún sabiendo que era una pregunta ociosa, alguien la hizo. Y para nuestra sorpresa, se apartó, para que pudiéramos admirar a nuestras anchas el claustro y aquel jardín hortelano, o si se prefiere, aquella huerta ajardinada, o nos atrevimos a pasar, porque no sabíamos exactamente hasta donde nos daba derecho aquel hacerse a u lado de ella, de modo que nos limitamos a contemplarlo desde la entrada.

Era un lugar armónico, en un solo acorde, los árboles, el huerto, los arcos del claustro. Todo estaba primoroso, muy invernal, sin una sola hoja ni en los árboles ni en el suelo, escardada la tierra negra, que aparecía esponjosa como si fuesen a hacer con ella bollos para meterlos en el horno. Los arriates que delimitaban los surcos estaban perfectamente podados, con escuadra y cartabón, y se veían al lado de las coles, los rosales, en surcos alternos.

Al fondo, sobre aquel claustro plateresco se veía la torre de San Carlos, el berrocal que asciende hasta las murallas y los paños del castillo.

La estampa era muy antigua, como esas que saca Solana en sus relatos, con líneas profundas y negras.



La monja resultó muy parlanchina. No nos dejaba marchar. Nos explicó que sacaba la basura a esa hora, porque media después pasaban los basureros. Se trataban, supongo, de todos los desperdicios de la comunidad. Deben comer alpiste, como los pájaros. Nos aclaró que hacía de tornera. Era de un pueblo de León. Cuando le informaron de que yo también era de León, se llevó una gran alegría, como Livingstone, supongo. Era de San Feliz de Órbigo. Entonces fui yo quien le dije que mi padre era también de esa ribera, y la alegría creció todavía un poco más. Aunque mi padre es de la vecina del río Luna, que es nombre precioso para un río. Llevaba en el convento desde los catorce años, con una hermana melliza suya, y ahora tiene sesenta y uno. Nos contó que sólo había salido dos o tres veces, para las votaciones, y una al médico, a Cáceres, hacía doce o trece años. Dijo también: “En Trujillo somos cuatro órdenes contemplativas y cuatro de vida activas. Nosotras somos franciscanas de Santa Isabel de Hungría, no de Santa Clara”. Hizo esta precisión seguramente porque estarán hartas de que las confundan con las clarisas, que tienen el convento un poco más arriba y son las que obran los dulces. Ellas no son dulceras. Lo declaró con el raro orgullo de su propia casta. Se comprende que se muestren puntillosa en ese particular, porque llevar encerradas toda una vida en un convento para que al final la gente no la distinga de unas vulgares clarisas, ha de ser algo decepcionante y fastidioso. Supongo yo que será como ser escritor y haber publicado cuarenta libros, para que venga alguien y le pregunte a uno el nombre, y diga a continuación, y tú, ¿a qué te dedicas?

Estuvimos hablando aún otros bonitos diez minutos. No parecía tener ninguna prisa.

Cuánto le enternecen a uno esas monjas, me dan la tranquilidad que otros encuentran en los médicos, en las madres, en la bebida. Quizá me enamorara de niño de Santa Teresita de Lisieux, como



Juan Ramón de las monjas que orearon su neurastenia en el sanatorio pirenaico. Toda la aversión que le producen a uno la mayoría de los curas, se trueca en simpatía cuando se trata de estas monjitas de clausura (no confundir con todas las demás). ¿Amor a la vida contemplativa? ¿A su silencio? ¿A lo heroico y elemental de sus biografías? No tienen otro camino hacia la inmortalidad que el de la santidad, y eso también es hermoso. Todo esto es absurdo, como tener preferencias entre los empleados de un mismo establecimiento, preferir los oficiales de primera a los jefes de sección o éstos a los intendentes. Pero uno también es absurdo.

Adiós, se despidió sonriente desde la puerta, agitando una mano y poniéndose la otra de visera sobre los ojos porque le daba el sol de cara. La vimos puesta allí como una sombra. Se diría que nos vio partir hacia las cruzadas, o peor aún, a un arrabal del infierno.

Es seguro que esta noche estaremos en sus oraciones y le ayudaremos a hacer más andadero su viaje, en el convencimiento de que ha hecho con sus rezos mucho más llevadero el nuestro.

(*Los Hemisferios de Magdeburgo*, Ed. DestinoLibro, 1999)





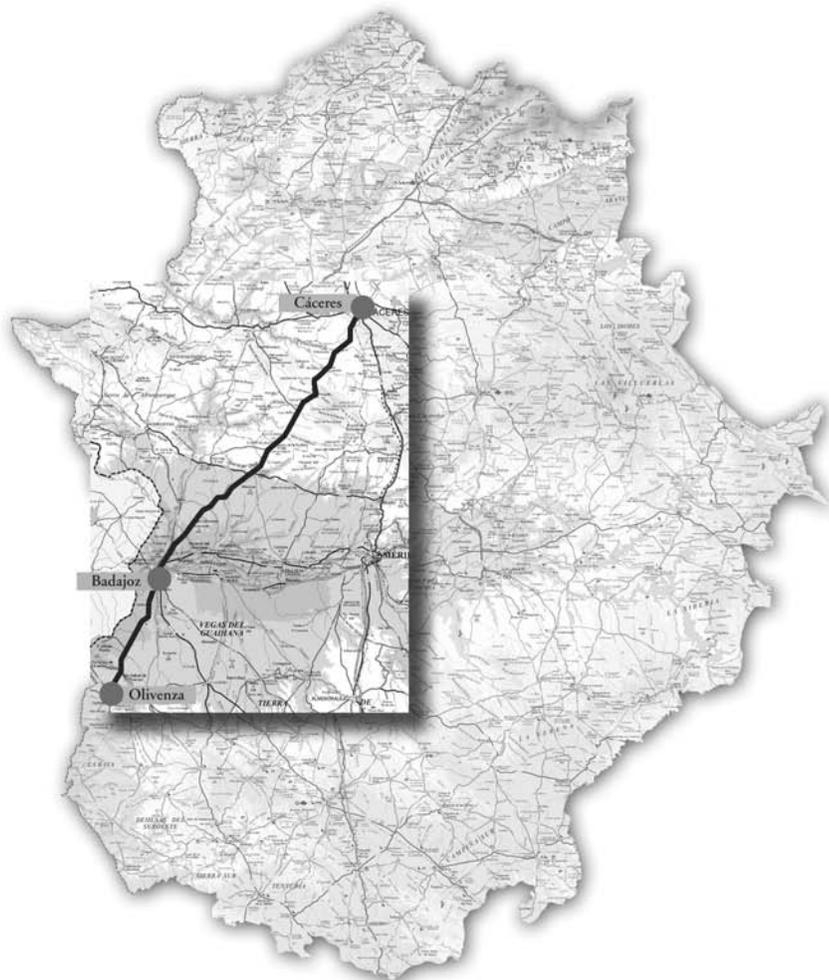






# Ruta 4

*Cáceres - Olivenza*  
*Badajoz- Cáceres*







## Lugares

### Olivenza

Olivenza está situado en el margen izquierdo del río Guadiana sobre una llanura. El término municipal tiene una extensión de 430,1 km<sup>2</sup>. La localidad está muy cerca de la frontera con Portugal. Dista 24 km. de Badajoz y cuenta con unos 8.000 habitantes. El término municipal de Olivenza está situado en la zona más llana de toda la comarca. Los olivares son los protagonistas del paisaje. Cabecera de una importante comarca, ofrece sus servicios educativos, sanitarios, deportivos, culturales y administrativos a los pueblos y aldeas cercanas, proyectándose con personalidad propia en el conjunto regional como la mejor embajadora de Portugal en Extremadura.

El primer dato histórico documentado que nos llega sobre Olivenza se refiere a la toma de Badajoz por las tropas leonesas del rey Alfonso IX en la primavera del año 1230, quien cede parte de la comarca de Olivenza, (Burguillos y Alconchel) a la Orden del Temple por su ayuda. Durante el periodo de ocupación templaria se creó la Encomienda de Olivenza, (*Olive-entia*), un conjunto de chozas, huertos y unas pocas casas, alrededor de un inagotable manantial, (Fuente de la Corna), que desde su principio fue dotada de un castillo y una Iglesia en honor a Santa María. Al mismo tiempo organizaron la





explotación del término. La ocupación Templaria duraría hasta 1278, fecha en que fueron expulsados por el Rey Alfonso X el Sabio, cediendo a las presiones del Concejo de la ciudad de Badajoz y su Obispado, a los cuales entregó tan valiosa posición fronteriza.

En el año 1297, y como consecuencia del Tratado de Alcañices, firmado por el Rey de Castilla Fernando IV con el Rey portugués Don Dinis, Olivenza pasó a formar parte del reino portugués. Este rey elevó la antigua aldea castellana a la categoría de Villa, reconstruyó la fortificación templaria e impulsó la colonización del término con portugueses. Sus sucesores reforzaron con diversas medidas la posición estratégica de Olivenza, concediendo privilegios y regalías al vecindario y realizando importantes obras defensivas, lo que se tradujo en un gran despegue urbanístico que convirtió Olivenza en un gran punto estratégico en el margen izquierdo del Río Guadiana para el Reino de Portugal. En 1488 D. João II levanta la impresionante Torre del Homenaje de Olivenza, de 40 metros de altura, la más alta del reino de Portugal.

Durante el reinado de Manuel I se desarrolló la agricultura de la comarca y la repoblación, para asegurar la operatividad de las tropas portuguesas en la margen izquierda, se inicia la construcción de un soberbio puente fortificado sobre el Guadiana, el Puente de Ajuda, que permite comunicar Elvas y Olivenza, con 380 metros de longitud y cinco y medio de anchura, 19 arcos y una gran torre defensiva central de tres pisos y 450 metros de tablero. Del reinado de D. Manuel datan también otras notables construcciones como la



Iglesia de la Magdalena, que será más tarde, y por muchos años, sede del Obispado



de Ceuta (ciudad portuguesa de 1415 hasta 1640), la Santa Casa de la Misericordia o la portada de las Casas Consistoriales.

Tras el esplendor del siglo XVI, y la época de paz en la época de unión de las coronas de Portugal y Castilla (Unión Ibérica), Olivenza entra con la Restauración de la Independencia de Portugal de 1640 en un nuevo ciclo bélico. Conquistada en 1657 por el Duque de San Germán después de cuatro tentativas frustradas fue devuelta a Portugal al firmarse las Paces de Lisboa (1668). De este período data el diseño de sus fortificaciones abaluartadas durante la siguiente centuria. Durante todo este período las relaciones con la diócesis de Badajoz nunca llegaron a romperse.

En la segunda mitad del siglo XVIII se abre con un nuevo conflicto bélico -la Guerra de Sucesión española-, en cuyo transcurso es destruido el Puente de Ajuda (1709). Portugal redefine la orientación de su política militar frente a España. De una estrategia ofensiva se pasará a otra puramente defensiva. Este cambio de orientación tendrá importantes consecuencias para el enclave portugués de Olivenza. Fue ocupada de nuevo por España en 1801, durante la Guerra de las Naranjas. Se firmó del Tratado de Badajoz, que delimitaba la frontera entre España y Portugal siguiendo el cauce del Río Guadiana. El gobernador portugués de entonces, Julio César Augusto Chermont, prohibió que se disparara contra las tropas de Manuel Godoy y se incorpora Olivenza al territorio español. En 1811 fue ocupada por tropas francesas. Durante la guerra de la Independencia el general Beresford expulsa a los franceses de Olivenza y entrega la ciudad a las autoridades españolas.

Olivenza es en la actualidad una ciudad plenamente española por el sentir de sus habitantes, pero sin renunciar a la tradición lusa. Esa dualidad y mezcla de estilos, que abarcan desde la arquitectura hasta la gas-



tronomía y las costumbres, la ha convertido en una de las ciudades con más encanto de toda Extremadura. Todos los monumentos del pasado portugués –tesoro artístico recibido en herencia por los oliventinos– han sido recuperados y restaurados gracias a la iniciativa municipal. Desde entonces hasta nuestros días Olivenza ha sabido guardar muchas de las tradiciones y habla heredados de nuestra vecina Portugal, sintiendo como propia gran parte de su historia.



La ciudad, que ha estado tradicionalmente volcada a los sectores agrícola y ganadero para abastecer la localidad y sus aldeas, junto con una modesta artesanía, en los últimos tiempos ha desarrollado el sector turístico para promocionar el patrimonio artístico que posee.

La gastronomía tradicional de la zona se caracteriza por su sencillez, y sus componentes básicos son los productos de la caza, la pesca, productos silvestres de la tierra, etc. Entre los platos más genuinos de la comarca, algunos fuertemente influenciados por la cocina portuguesa. Se encuentran las sopas de cazón, el pavo en pepitoria y el ajo de peces. Los productos más típicos de la repostería oliventina son los gañotes, las pintaiñas, los piñonate, los bollos podre, los huevos mole, los dulces de vinagre, los jesuitas, los cintos, las raibiñas, las cabacas o las asubías. La famosa Técula Mécula es uno de los postres más originales de la gastronomía de Olivenza.

## LA BIBLIOTECA PÚBLICA MANUEL PACHECO

Las primeras noticias que se tienen de la existencia de una biblioteca pública en Olivenza están contenidas en los estatutos del



Círculo de las Artes, entidad de carácter recreativo-cultural fundada en el año 1907. A partir de este momento los oliventinos han mostrado siempre la inquietud de contar con espacios para la lectura y para la actividad cultural en general.

Se puede decir que Olivenza abrió su primera biblioteca pública, entendida como servicio público al que todos los ciudadanos sin exclusión tienen derecho, en el año 1957. Este núcleo bibliográfico inicial, entregado por la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, se fue enriqueciendo mediante compras y donaciones hasta hacer necesario el cambio de sede en distintos momentos.

El 11 de mayo de 1990 el Ayuntamiento quiso honrar la figura de Manuel Pacheco y su fidelidad a los libros durante toda una vida de intensa actividad creadora dando su nombre a la biblioteca pública municipal. Se quería así homenajear a un vecino de la localidad que sin estudios académicos de ninguna clase, pero con una gran pasión por la lectura, había logrado levantar una obra universalmente reconocida.

La década de los 90 fue decisiva para el desarrollo de la biblioteca, que pasó de 6000 a 15000 volúmenes hasta situarse en los 28000 de la actualidad. Esto hizo necesario un cambio de sede al edificio actual de tres plantas en la Plaza de Santa María, muy próximo al Museo Etnográfico, otro importante centro cultural de la localidad.

## EL MUSEO ETNOGRÁFICO EXTREMEÑO "GONZÁLEZ SANTANA"

El Museo Etnográfico González Santana de Olivenza constituye una gozosa excepción en el panorama de abandono y expolio a que ha sido sometida la cultura rural tradicional. Y ello porque este



pueblo tuvo la suerte de contar con un coleccionista de fina sensibilidad y agudo olfato que evitó lo que hubieran sido pérdidas irreparables: Francisco González Santana. Huroneador impenitente de trasteros y desvanes, enamorado de la belleza y dignidad que nos transmite el objeto caído en desuso, ya roto o inservible (o quizás precisamente por eso...), una gran parte de las piezas que se exhiben en el Museo hoy se deben a su diligencia de ayer. Conocida su afición por el pueblo, fue el mismo pueblo quien, de manera instintiva y espontánea, acabó canalizando hacia su persona todo ese patrimonio que, de otra manera, se hubiera perdido para siempre.

El embrión del Museo fue una pequeña exposición etnográfica celebrada en 1980 con motivo de la IV Semana de Extremadura en la Escuela. Dos años después, en 1982, la idea del Museo afloraba de nuevo gracias al decisivo apoyo que le prestó desde la alcaldía Ramón Rocha Maqueda que ubicó su sede en un lugar maldito: la recién abandonada cárcel del partido judicial de Olivenza, instalada en el recinto del alcázar desde 1866. Ubicar precisamente allí el Museo consiguió redimir al inmueble de su pasado de oprobio. En 1991 el Museo duplicaba su espacio absorbiendo el edificio de la anexa Panadería del Rey. A partir de este momento las visitas crecieron de forma espectacular.

Uno de los rasgos que más sorprenden al visitante es el original criterio elegido para la exposición de las piezas, tratando de situar cada objeto en su contexto, creando con todos ellos cuadros vivos, casi animados, que nos subyugan por la armonía de su composición y la belleza de su plástica. En el interior del Museo de Olivenza, el visitante experimenta el sortilegio mágico de retroceder al pasado viéndose envuelto en la atmósfera cálida de los diversos ambientes y escenarios, reconstituidos a veces hasta en sus más mínimos detalles.

(Luis Alfonso Limpo Píriz)



## LA ESCUELA DE TEATRO Y DANZA DE EXTREMADURA

La Escuela de Teatro y Danza de Extremadura está ubicada en el antiguo convento de San Juan de Dios, en Olivenza. Este edificio data del siglo XVII y fue rehabilitado y adaptado a los usos propios de una escuela de Arte Dramático. Entre sus instalaciones cuenta con un escenario, aula de Interpretación, Danza, Teoría, Maquillaje, Escenografía, almacén de Vestuario, Fonoteca, Biblioteca, dependencias administrativas, etc.

El Plan de estudios se configura a partir de las directrices de la L.O.G.S.E., impartándose la especialidad de Interpretación textual, con una extensión de cuatro cursos lectivos, con asignaturas de carácter anual. Las materias que se imparten a lo largo de los cuatro cursos tienen que ver con los siguientes campos: Teoría del Teatro y del Arte, Interpretación, Movimiento, Voz, Música y Escenografía.

La Escuela ha participado con sus montajes en diferentes eventos como el Festival Internacional de Teatro y Danza Contemporáneos de Badajoz, el Festival de Teatro Clásico de Mérida, el Festival de Teatro Clásico de Cáceres, el Ciclo SGAE Extremadura en Madrid, la Muestra de Dramaturgia Española Contemporánea, el Proyecto Cultural Europeo ECHO de Alemania, etc.

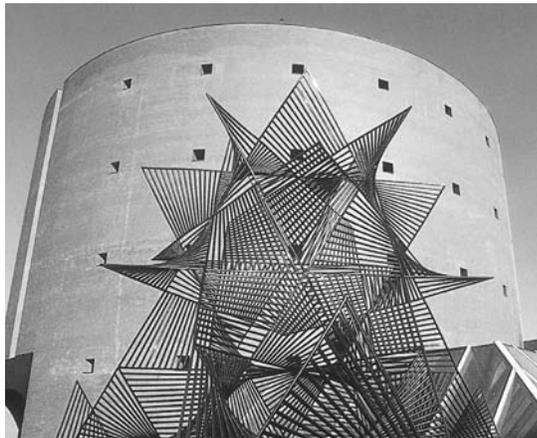
Para todos aquellos que quieran formarse como profesionales de la interpretación la Escuela de Teatro y Danza de Extremadura ofrece la posibilidad de recibir una enseñanza continua, exhaustiva y especializada.

## Badajoz

Situada en las Vegas Bajas, haciendo frontera con Portugal, Badajoz se extiende en el extremo Suroeste de la meseta castellana como capital de la provincia. Con cerca de 140.000 habitantes, disfruta de un clima oceánico continental tiene, inviernos frescos, en enero y veranos calurosos. Está a orillas del río Guadiana. Su economía se basa en el sector servicios, sirviendo de gran enlace comercial para el suroeste de la Península Ibérica.

En su localización geográfica, Badajoz se desarrolla a partir del núcleo asentado primitivamente sobre una de las dos colinas que flanquean el Guadiana en el punto en que la aparición de materiales geológicos duros por delante, obligan al río a describir un brusco giro hacia el sur. La altura en la que se erigió la población primitiva es el llamado Cerro de la Muela o Cabezo del Monturio, concreción rocosa que, no obstante su escasa entidad, constituye un bastión fundamental, ya que permite dominar los llanos que se despliegan en el entorno. Su situación como la población española más cercana a Portugal hizo de Badajoz en las épocas de pugnas y conflictos una plaza

fronteriza de importancia estratégica fundamental; en tanto que en los tiempos de paz, esta misma proximidad al país vecino la convierte en enclave no menos importante, al ofrecerle horizontes de ilimitadas





posibilidades de ensanche y proyección en todos los campos, dada su privilegiada situación.

En época romana ya aparecen numerosas villas en los alrededores, pero será en época visigoda cuando en Badajoz existan edificaciones de entidad, a tenor de los restos encontrados, aunque sigue sin demostrarse la existencia de la ciudad y de su obispado que, según algunas teorías, ya existía.

Sobre un núcleo visigodo ya despoblado, establecido a su vez encima de remotos asentamientos prehistóricos, fundó el rebelde musulmán Ibn-Marwan el Chilliqui, en el año 875, como antecedente de la ciudad actual, un pequeño poblado someramente fortificado, con el nombre de Batallyos. Se mantiene independiente hasta el 930, fecha en que es conquistada por Abd-al Rahman II. En estos momentos, la ciudad ya contaba con recinto amurallado, barrios, mezquitas, alcázar etc.

Badajoz adquiere importancia política y militar tras la caída del Califato de Córdoba: entre 1013 y 1091 Badajoz se convertirá, bajo la dinastía Aftásida, en reino taifa independiente, erigiéndose en uno de los más extensos y poderosos de la península y abriéndose un apasionante periodo de intrigas, luchas y pactos con los reyes de Sevilla, Toledo, Córdoba, etc., además de con los monarcas cristianos. Durante el reino Aftasí destacan también el cultivo de las letras, las ciencias y las artes, para lo que se contaba con una gran biblioteca en el Alcázar pacense donde se escribió, bajo el mandato del rey Al-Mudaffar, la mayor enciclopedia de los árabes en España. En el año 1086 las tropas musulmanas derrotan en la batalla de Zalaca (Sagrajas), en los alrededores de Badajoz, a Alfonso VI de Castilla; hecho decisivo para el retraso de la reconquista cristiana. En el año 1094 la ciudad pasa al poder de los Almorávides y en 1148 al de los



Almohades. En el año 1169 se adueña de la ciudad el rey portugués Alfonso Enriquez, volviendo después a dominio musulmán.

En el siglo XII, bajo los almohades, este modesto enclave constituía ya una importante ciudad rodeada por una fuerte Alcazaba que, básicamente, es la misma que aún perdura. Hasta su reconquista en 1230 por Alfonso IX, Badajoz fue una floreciente población árabe, cabeza en ciertos momentos de uno de los más poderosos reinos musulmanes de la Península. Entre los monumentos de esta etapa histórica, hay que destacar la Alcazaba árabe declarada Monumento Histórico- Artístico. La Alcazaba árabe de Badajoz es una de las tres más importantes del mundo hispano-musulmán, la de mayor extensión, y una de las mejores de España. Se comenzó a construir en el año 875, fecha que se toma como la fundación de la ciudad musulmana por Abd-al Ramman Ibn Marwan. En el siglo XII fue ampliada y mejorada por los almohades, configurándose el aspecto que presenta actualmente. En ella destacan sus puertas: del Capitel, de Carros o de Yelves, de la Coraxa o de la Traición y del Alpéndiz. Sus muros exteriores poseían barbacana avanzada y adarve para su defensa, lo que unido a la disposición de las entradas y a las torres albarranas, hacen de ella un magnífico ejemplo de la arquitectura militar musulmana. La torre albarrana más conocida es la de la Atalaya o de Espantaperros, joya arquitectónica de época almohade, que sirvió de modelo a la Torre del Oro sevillana. En el interior de la Alcazaba se encuentra la Torre de Santa María, primitiva catedral de la ciudad y anterior Mezquita mayor. En ella se asentaban varias mezquitas y el palacio de Ibn Marwan, cuyos restos han aparecido en el subsuelo del edificio del antiguo Hospital Militar.

En 1230 se abre un nuevo periodo en la historia de Badajoz con la conquista de la ciudad por Alfonso IX de León. Desde este momento la agitación histórica se sucederá sin interrupción en la



ciudad. Las guerras civiles castellanas en los siglos XIII y XIV, la división eclesiástica, y la existencia de grandes consejos de realengo, marcaron la vida de esta ciudad durante la Edad Media. Las calles y soportales más pintorescos y con más sabor de la ciudad se despliegan a los pies de la Alcazaba, en torno a la Plaza de San José y a la Plaza Alta. Esta última está formada por soportales de mediados del siglo XV. Otra plaza, la de España, da cobijo al Ayuntamiento y a la Catedral de Badajoz. El templo, de construcción románico-gótica, fue mandado levantar por Alfonso X el Sabio y declarado en 1931 Monumento Histórico Artístico. Conserva bajo su aspecto de fortaleza interesantes piezas de decoración renacentista. Así, merece la pena detenerse en los bajorrelieves de la sillería del coro, obra del S. XVI de Jerónimo de Valencia y Hans de Bruselas, en los tapices flamencos que adornan la sacristía, en el Retablo Mayor, churrigueresco; en los Órganos Barrocos; en el Retablo Gótico y el claustro de 1509. En el interior de la catedral también encontramos lienzos de Zurbarán, Ribera Bocanegra y de Luis de Morales, pintor renacentista nacido en Badajoz.

Badajoz ha jugado un importante papel histórico debido a su situación fronteriza con las tierras portuguesas de Alentejo, lo que obligó a su intervención en numerosos enfrentamientos bélicos hispano-lusos. Desde 1336 hasta la firma del Tratado de Badajoz en 1801 por el pacense Manuel de Godoy es repetidamente sitiada y asediada por los portugueses. En el S. XVI se convierte en la sede de operaciones del rey Felipe II, que decide ejercer sus derechos sobre Portugal; por lo que la ciudad será, durante casi dos años, la virtual capital del Imperio, pues desde aquí salían todas las decisiones. El ejército que se concentra en Badajoz era mandado por el Duque de Alba. En 1580 muere en Badajoz la reina Ana de Austria que es enterrada en el Monasterio de Santa Ana y en 1589 Felipe II convoca Cortes en Badajoz. Allí estarán perso-



najes muy destacados en estos momentos históricos, como el Duque de Alba, D. Juan de Austria...

La ampliación de la zona amurallada del sistema Vauban en el siglo XVII nos confirma el carácter defensivo y estratégico de Badajoz, que le obligó a vivir intramuros hasta el primer tercio del siglo XX. En 1642 los portugueses atacan Badajoz sin resultados. En 1657 el Duque de San Germán, Capitán General de los Ejércitos de Extremadura, toma Olivenza, mientras que la reina Luisa de Portugal lo intenta de nuevo en Badajoz con un ejército de 14.000 soldados. En 1658 son rechazados de nuevo por el Marqués de Lanzarote, Gobernador de Badajoz. En 1661 D. Juan de Austria toma en Badajoz el mando del ejército contra Portugal. Los nobles que se dan cita en la ciudad en esta época dejan su huella en la misma, como los Figueroa, Tovar, Sánchez de Badajoz ... Muchos de ellos se entierran en las iglesias de la ciudad. Los enfrentamientos y los sitios de la ciudad continúan: En 1705 (Guerra de Sucesión), son vencidos por el Mariscal de Tesse; en 1709 etc ... En 1801 el pacense Godoy, Príncipe de la Paz, firma el Tratado de Badajoz, por el que Portugal se compromete a renunciar a sus pretensiones sobre Badajoz. Paradójicamente, el paso del tiempo ha ido convirtiendo a esta ciudad, regada y dependiente del río Guadiana, en el principal puente de unión con el vecino país, Portugal, a través de las vías terrestres de comunicación. De los siglos XVII-XVIII data el impresionante recinto amurallado que se conserva en gran parte, con diez baluartes en pie, y hoy podemos admirar las puertas de Mérida, de época medieval, de la Trinidad y del Pilar, ambas del S. XVII y la monumental Puerta de Palmas, magnífica obra del S. XVI. Ésta da entrada al puente del mismo nombre y época que se abre sobre el río Guadiana.

En la Guerra de la Independencia, Badajoz será también escenario importante, al igual que su condición de Plaza Fuerte: se la considera



una de las ciudades mejor amuralladas de Europa. En los Sitios de Badajoz destacarán las acciones del General Menacho, el Mariscal Soult, Picton o Lord Wellington.

El llamado casco antiguo de Badajoz ha sido considerado como, uno de los mejores del siglo XIX. En él se dan cita edificaciones y plazas realizadas desde el S. XIV hasta los grandes movimientos arquitectónicos del XX. Entre ellos destacan iglesias y conventos de arraigada historia en la ciudad: como el Real Monasterio de Santa Ana (S. XVI), las Descalzas (S. XVIII), las Adoratrices, la iglesia de la Concepción (S. XVIII), Santo Domingo (S. XVI), San Andrés (S. XVI), San Agustín (S. XVI), la ermita de Nuestra Señora de la Soledad, etc.

El Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo, especializado en arte español, extremeño, portugués e iberoamericano posterior a 1980, simboliza los tres ámbitos geopolíticos que se cruzan en Extremadura.

Actualmente, la vida universitaria, junto al crecimiento paulatino de la ciudad, cuya economía está basada fundamentalmente en el sector servicios, le ha convertido en el núcleo urbano más poblado de Extremadura. Su extenso patrimonio histórico-artístico y cultural hacen de Badajoz una ciudad atractiva. La sociabilidad de sus habitantes y su estratégica situación geográfica la convierten en un lugar siempre agradable de conocer y visitar en cualquier época del año.

En los alrededores de la Plaza de España se ubican algunos de los mejores establecimientos donde cumplir con la gastronomía extremeña, bien celebrada por cuantos la visitan por lo natural y variado de sus productos. La mesa de Badajoz se nutre de recetas



antiguas elaboradas con productos de la tierra (verduras, vinos, aceites...), caza, jamones, lomos y otros embutidos, carnes de cordero, peces de río, y otros traídos de América, como el pimentón y la patata. En Badajoz capital tienen fama su cordero y las migas como base de sus desayunos. Sopa de tomate, cordero asado o truchas fritas, son algunos de los platos que deberán acompañar a los excelentes embutidos ibéricos de la Denominación de Origen Dehesa de Extremadura. Los vinos, que sean de la Denominación de Origen Ribera del Guadiana que emplean en sus platos los cocineros de restaurantes y mesones pacenses.

*Manuel Pacheco*  
(Olivenza, 1920)  
*Verano de Badajoz*

Estamos sumergidos  
en el lento rocío de la piel,  
y en un libro con hojas de incendio  
viene la luz roja del verano.  
Maderos encendidos ensamblan un tejado de cerillas  
insomnes  
y el pájaro del aire  
se muere pluma a pluma  
como un sobre de amor comido por el fuego  
y convertido en alas de vidrio quebradizo.

Y ha venido el verano como una mano inmensa  
aprisionado el corazón de la brisa,  
tapando con sus alas de bosques calcinados  
la boca de la lluvia  
y poniendo en la copa de la tierra  
las páginas sedientas del polvo que se asfixia.

Hay un latido inmenso de amapolas  
que crecen como selvas inventadas  
por la semilla ardiente del volcán.  
Hay un jardín de locos candelabros  
creciendo como plantas tropicales  
en los campos podridos del asfalto.

Y ha venido el verano,  
y Badajoz se muere como un pájaro  
apretando en las manos de un niño.

Badajoz es un nido  
donde se incuba el vuelo de las brasas.



## *Ser Poeta*

Ser poeta es ser azul y verde, ensangrentado y pálido, limpio y estiércol.

Ser poeta es desnudarse en llaga insomne de alarido como una antena de carne para recoger los latidos del mundo.

Ser poeta es luchar contra el muro de niebla que las palabras ponen entre los hombres.

Ser poeta es estar continuamente golpeado por el Arcángel Negro de la Realidad y el Arcángel Azul del Sueño, levantando el muro de la rebeldía del hombre en la lucha de la Rosa y de la Llama.

Ser poeta es romper el caparazón de todos los arcoirís y escupir a la Belleza cuando su pupila sea indiferente a las podridas cáscaras del hombre.

Ser poeta es tirar la piedra de la verdad contra los escaparates del Carnaval-Moral, Caranval-Religión y Carnaval-Patria, cuando estos principios se vuelven impuros y sirven para arropar el crimen y mantener tiranos.

Ser poeta es hundir todos los barcos, quemar todos los puentes y seguir escribiendo sobre el agua.

Ser poeta es desnudarse el alma como un libro de páginas en blanco, y dejar que la vida escriba sobre ellas: TODAS SUS RESONANCIAS.

Ser poeta es describir el radiograma de la flor, los labios del rocío, el vuelo de las palomas, la luz del alba.

Ser poeta es acariciar a los niños, abrirle la jaula a los pájaros y sentir en las manos el contacto de los callos del alma.



Ser poeta es asombrarse de la espiga de la gota de agua, de las abejas, de la yerba y no sentir asombro de las bombas atómicas, de los polaris, del rayo de la muerte, ni de esos cohetes criminalmente dirigidos que inventan los hombres para las ferias de las destrucciones.

Ser poeta es tocar el dinero como se toca el humo, y ante todo ser poeta es bajar hasta las chozas donde la lengua del hambre extiende su piel y denunciar la historia del progreso mientras exista la hiel de los estómagos vacíos.

Ser poeta es tener un arcángel sonámbulo navegando los ríos de las venas.



## *Canto al Olor de Badajoz*

Badajoz huele a xilofón de niebla,  
a rumor de molino cuando el azul nos rompe las pupilas,  
a yedra de humedad,  
a pájaros de polvo y sonrisas de niños,  
a fiebre de emigrantes  
y a riqueza enterrada en sótanos de acero.

Badajoz huele a pétalos de sangre,  
a río sin dormir,  
a brazos de barqueros,  
a corazón de tierra llevada sobre el hombro,  
a palmeras en llamas y a postal de crepúsculo,  
a lámpara de almendro encendida en el ritmo de sus bellas muchachas  
a rumor de jardines donde al amor olvida la tristeza,  
a llamarada azul de pinos incendiados  
sobre la orilla lenta del Guadiana,  
a historia derruida en los huecos que dejan sus murallas  
y a crimen de automóvil en sus calles estrechas.  
Badajoz huele a cáscara de cielo,  
a sudores de axila azul de cielo  
y a luna en plenilunio  
besando el polvo azul de la Alcazaba.  
Badajoz huele a páginas en blanco  
para escribir la luz de EXTREMADURA.



## *Los Caballos del alba*

### POEMA PARA EL NOMBRE DEL CAMINO

#### I

Los monjes del camino  
con sus libros de pájaros.  
Olivenza en el aire de la tarde,  
allí nació mi luna,  
mi lira y mi manzano  
para el arpa del llanto.

El coche está corriendo  
como si fuera un barco  
y el agua azul de Extremadura  
hace un nido en mi mano  
para que yo la sienta  
como un árbol.

La Atalaya me mira,  
las encinas se llenan de milagro  
y la brisa golpea dulcemente  
mi corazón cansado.

La ciudad se ha perdido,  
las nubes, torreones del espacio,  
ponen en el palacio de las alas  
un mundo sin asfalto.

Sigue el aire tibio  
dulcemente sonámbulo,



dulcemente sonámbulo,  
rozando las encinas que saludan  
la libertad del campo.  
¡Qué bandera de Dios en mis pupilas!  
Tengo un nombre en las manos.

(Del libro *Los caballos del alba*, 1954)



## *Insoneto para leer el museo etnográfico de Olivenza*

*A González Santana*

Las cosas hablan en la etnografía  
de este bello museo oliventino,  
marcan las huellas del camino  
que deja el nombre, luz de su maestría.

No hay vitrinas que encierren poesía,  
el objeto es humano y es divino.  
En manos del hombre está el destino,  
la historia, viva, nunca es fría.

Leemos en el libro del museo  
la lucha de los hombres y el deseo  
es huellar arco iris de futuros.

Esto que cárcel fue, ahora es cultura,  
el pueblo ha desterrado la amargura  
de la entraña silente de estos muros.

(Del libro *Los insonetos del otro loco*, 1954)





# *Luis Álvarez Lencero*

*(Badajoz, 1923)*

## *Oración del Barro*

Padrenuestro del sol,  
del aire y de la lluvia.  
Que preñas con tu labio  
la carne de la tierra.  
Que devoras la noche  
con gusanos de plata  
y nadie te comprende  
cuando besas la víbora.

Padrenuestro del rayo,  
del mar y la luciérnaga.  
Que iluminas los peces  
con ropas de cristales.  
Que alimentas al átomo  
con tu propia saliva  
y bebes en la flauta  
la miel de los pastores.

Padrenuestro del grillo,  
del mastín y la encina.  
Que pones en la rosa  
medallas de rocío.  
Que en la iglesia del viento  
se arrodillan las aves  
y en los dulces crepúsculos  
florece tus campanas.



Padrenuestro del cáliz,  
del pan y de la hormiga.  
Que ordenas las estrellas  
en cántaros de sombra.  
Que inauguras los siglos  
con la sal de tus manos  
y al oler tu presencia  
se curan los leprosos.

Padrenuestro del campo,  
del lobo y del estiércol.  
Que pones en la abeja  
la leche de las flores.  
Que enciendes los viñedos  
con la luz de tu sangre  
y te siguen los pájaros  
a beber tu hermosura.

Padrenuestro del yunque,  
del músculo y del hacha.  
Que mueves con tu aliento  
la dalia del molino.  
Que iluminas las chozas  
con ángeles de aceite  
y das a las hormigas  
migajas de tu cuerpo.

Padrenuestro del lirio  
pastor de mariposas.  
Que empujas los ganados  
con látigos de menta.



Que das con tu cuchara  
la flor de cada día  
y parte tu cuchillo  
el pan de los pobres.

Padrenuestro del hombre  
que llevo atado al alma.  
Que grita sus raíces  
con lágrimas de barro.  
Este cristo podrido  
que lástima mis ojos  
y me pide con hambre  
la estrella de tu hostia.



En un yunque de carne golpearon mi estrella  
y apenas mis raíces recuerdan cómo ha sido.  
Mi padre se dormía sobre una honda huella  
una noche de lluvia. Dios lo había querido.  
Yo era gota de lumbre por túneles de venas  
y amanecí en la tierra de mi madre sembrado.  
Supe que me esperaban el yugo y las cadenas  
y estuve nueve siglos en su matriz atado.  
Me arrancaron, de pronto, de la cárcel profunda,  
y al salir del barranco le mordí las entrañas.  
Oh qué triste simiente nacer ya moribunda,  
e inauguré ser hombre con sal en las pestañas.  
Yo no sé cuántas lunas me acunó en sus rodillas,  
ni las rosas de leche que vertió en mi puchero.  
Crecí con una llaga de sol en mis costillas  
y me arrastré en el surco sin libros ni tintero.  
Traigo pan en el alma. Mi tuétano mantiene  
la luz del toro ibero que muge en mi costado.  
Mi tristeza retumba y abel mugriento viene  
con su cuchara muerta sobre un tambor cansado.  
Oh venid a la encina de mis ásperos huesos,  
que hay pájaros que rezan igual que las campanas,  
y me pican el llanto y el sudor y los besos  
viendo morir las noches y nacer las mañanas.  
Os invito al milagro del dolor y los peces  
desde el cáliz más hondo que empuño cada día.  
Bebed: ésta es mi sangre. Saciad hasta las heces  
el tigre que os devora. Tomad la carne mía.



## *Muchacho de Colegio*

Estás ahí plantado  
como un árbol pequeño  
con las ramas alegres  
para que anide el tiempo.  
Y vendrán con los años  
la corteza a tu pecho  
y otras hojas más tristes  
que barrerán los vientos.  
Y tendrás en los ojos  
tu corazón abierto  
mirando cómo arrastra  
la vida tu madero,  
mirando cómo suena  
la luz en el silencio  
y el ciprés cómo hunde  
su índice en el cielo.  
Oh qué edad esa tuya  
muchacho de colegio.  
La primavera canta  
en la paz de tu huerto.  
Siempre tu hermano libro  
y también tu tintero,  
donde mojas el alma  
y escribes con el dedo.  
La escuela es una jaula  
de miel, y tú el jilguero.  
Cantando te alimentas  
con el pan del maestro.  
Pero afuera está el mundo  
que es un bosque de espectros



donde aúllan los lobos  
y hacen lumbre sus huesos.  
Ahora vuela inocente  
tu sangre de cordero.  
Ríete mucho y cuida  
la alondra de tus pétalos.  
Y súbete a los montes  
del paisaje de dentro  
y defiende ese nido  
que cuelga en tu esqueleto.  
Antes de que tus alas  
como leche de almendro  
te las maten los hombres  
de este mundo de acero.  
Antes que tu alegría  
sea pasto de los cuervos  
y duros eslabones  
te crujan en el cuello.  
Antes que tu madera  
la derriben al suelo  
y en ellas crucifiquen  
a Dios, con clavos negros.  
Mucho antes de todo,  
y al lado del maestro,  
aprende a ser un Hombre  
en mitad del desierto.  
Y si un día te acuerdas  
de este pobre viajero  
que hablaba con los pájaros  
con lengua de centeno,  
escribe en sus cenizas  
siquiera un padrenuestro.  
Que besaré tu mano.  
También besan los muertos.



## *Juana Libertad*

En los vientres en flor de cada madre,  
en la leche espumosa de sus pechos  
y en el niño que duerme entre sus brazos  
busco la libertad.

Por las manos con callos y herramientas,  
por el sudor heroico bajo el látigo,  
por el pan que no tragan los hambrientos  
pido la Libertad.

III

En el taller, en la mina y en la fábrica,  
en el campo, en el mar y en el andamio,  
y en todo aquél que su espinazo dobla  
escribo Libertad.

Debajo de los pies en el exilio.  
Encima de los hombros que soportan  
la lágrima, la ofensa y el madero  
pongo la Libertad.

V

Por el amor, la risa, la alegría,  
el beso, la esperanza, la justicia,  
iguales para todos, de hombre a hombre,  
nació la Libertad.

Por tantos cuellos que soportan yugos,  
y manos y tobillos con cadenas,  
y lenguas y cerebros con cerrojos  
grita la Libertad.



VII

Para todos los caminos de la tierra.  
Para todas las razas, sin esclavos  
(nos han parido por el mismo sitio)  
viene la Libertad.

En los rostros podridos por el llanto.  
En la sangre mordida por la guerra.  
Y desde el corazón de cada muerto  
clama la Libertad.

IX

En los hombres con callos en las frentes  
que matan la incultura de los pueblos  
con el arma empuñada de los libros  
brilla la Libertad.

Por todos los abeles fusilados.  
Por los cristos que mueren a patadas.  
Por los hombres más hombres de este mundo  
llora la Libertad.

XI

La vida debe ser mesa redonda  
como la muerte es igualdad cuadrada.  
No ley de embudo, hermano, es tuya y mía.  
La vida es Libertad.

Me arrodillo delante de la mano  
que reparte el trabajo sin limosnas,  
y besa al pan como se besa a un hombre,  
besa a la Libertad.

XIII

Benditos sean la escuela y el maestro,  
y el libro y el cuaderno y el pupitre,  
y el tintero y el número y la letra  
para la Libertad.



En las alas felices de los pájaros.  
En la luz que se agacha para todos.  
En el hombre que entrega cuanto tiene  
canta la Libertad.

XV  
Nadie puede matarla, encarcerarla,  
estalla como el trigo si se pudre,  
multiplica sus lágrimas en pájaros,  
vuela La Libertad.

Qué vergüenza ser hombre cuando empuña  
la sartén por el mango el amo tigre,  
y arrea muy padrememente contra el débil  
contra la Libertad.

XVII  
La veo pisoteada. Es nuestra madre.  
La Libertad mojada de los peces.  
La Libertad del vuelo, asesinada.  
La Libertad...

de flor y yerba y río y nube y viento,  
y mar como una inmensa amarga lágrima  
puesta a secar al sol de los fusiles,  
la Juana Libertad.

XIX  
Madre nuestra que estás en el estiércol,  
meada por las hienas, tú la esclava,  
levántate del cielo y grita libre  
leche de Libertad.

Deja al hombre en su sitio, dignamente,  
porque tú lo has parido y hecho carne,  
por los surcos de los surcos, alma y hueso,  
trigo de Libertad



XXI Y mañana, los hijos de tu vientre,  
llevarán en sus bocas tu alegría,  
ya que nosotros al morir decimos:  
¡¡¡Viva la Libertad!!!



*Ángel Campos Pámpano*  
(1957)

*La Vida de Otro Modo*  
(Para Javier Fernández de Molina)

*Y* la luz en el lienzo  
ya estaba allí

él tan sólo madruga  
para fijarla  
para fijar la luz de los objetos  
en el sueño entrevistos

se hace pájaro el día  
que limpia los cristales  
del patio  
ya hay luz suficiente  
para el trabajo  
un silencio  
exalta lo que él pretende callar

la flor  
el colibrí  
el ave que se posa  
nacen del agua  
leve entusiasmo  
que va dejando su rastro húmedo  
en el papel que embebe el día  
hasta lo pleno



es tiempo sin memoria el de sus manos vacías  
que se vuelcan curvadas sobre el paisaje limpio

lugar a la intemperie  
matriz desposeída voz del ansia  
arena ciega que cubre  
un desierto interior hecho de nieve

mientras el cielo abierto y mudo  
sobrevive en el aire

lo que antes mirabas ya no existe



## *La Muerte de Caravaggio* (Para Luis Costillo)

Su pintura era el perro, el aliento del perro, la mirada del perro —oscura flor intensa—, fija siempre en sus ojos, hasta hacer más ligero su suplicio.

El animal era el secreto curso de la luz que sombreaba el lienzo, el latido de la luz que todo lo engendraba; y era la vida, la quietud, la duración, la condición divina que habitaba el cuarto.

Por eso hoy, sin su presencia, acude el llanto, el ojo frío del llanto o el de la muerte impregnándolo todo: los papeles resecos, el hueso sin su carne, los pinceles, dos botes de cristal llenos de tierra, tapados con un corcho...

Ya tan sólo le cabe habitar el edén.

Lejos de casa.

*Otra vez la Palabra*

*Otra vez la palabra.*

*Una dulce palabra para el mal de palabra.*

Hablamos largamente del poeta  
que escribió este verso.

Y hablamos largamente de la luz  
del desierto y del frío de sus noches  
de la plegaria en silencio que es todo poema  
como una sombra blanca que va naciendo de ti  
a la espera tan sólo de la voz  
que duerme en libertad.

*Otra vez la palabra.*

*Una dulce palabra para el mal de palabra.*

Hoy al recordar este verso caigo en la cuenta  
que al igual que su autor tú has muerto joven  
como dicen que mueren los que han amado mucho.

*(A la memoria de Dulce Chacón)*



## *Por Aprender del Aire*

### 1

*Brizna* en el aire.  
Es una partitura  
el leve pétalo

de la flor o el del pájaro  
que a tu reclamo acude.



### 2

*Por* el azul  
sin riesgo hasta el agua  
iluminada.

Vendrán desde la tarde  
los pájaros sedientos.



3

Porque el invierno  
esparce y desordena  
la luz sombría.

¿Adónde iré a buscar  
el vuelo de las grullas?



4

Hay en el vuelo  
una conciencia plena  
de la caída.

Sólo es celebración  
lo que otros ven costumbre.



## *Lo Profundo es el Aire* (JOLA\*)

*Lo profundo es el aire.*

Jorge Guillén

### I

Que lo profundo es el aire, nos lo enseñó el poeta. Y el aire es savia en este sitio, como un don despojado, extenso, blanco, diluido en la forma elemental de toda geometría. Para llegar aquí abandonas la voz, sólo un gorjeo de aves acompaña la huella de tus pasos en el descenso interminable. Ahora es como si tus ojos se abriesen por vez primera a la novedad del mundo: plenitud de un espacio inicial, puro comienzo, recién estrenado casi para quien contempla extasiado el silencio alto de los pinos.

### II

No es un juego la luz, es un proyecto, una magia admirable; dádiva plural donde convergen la raíz y la rama, el espejado enigma de los pájaros, la nitidez del cielo, el pulsar de una tierra que rezuma desnudez y emoción, fragor de hojarasca, sombra antigua que aún el fruto y la semilla.





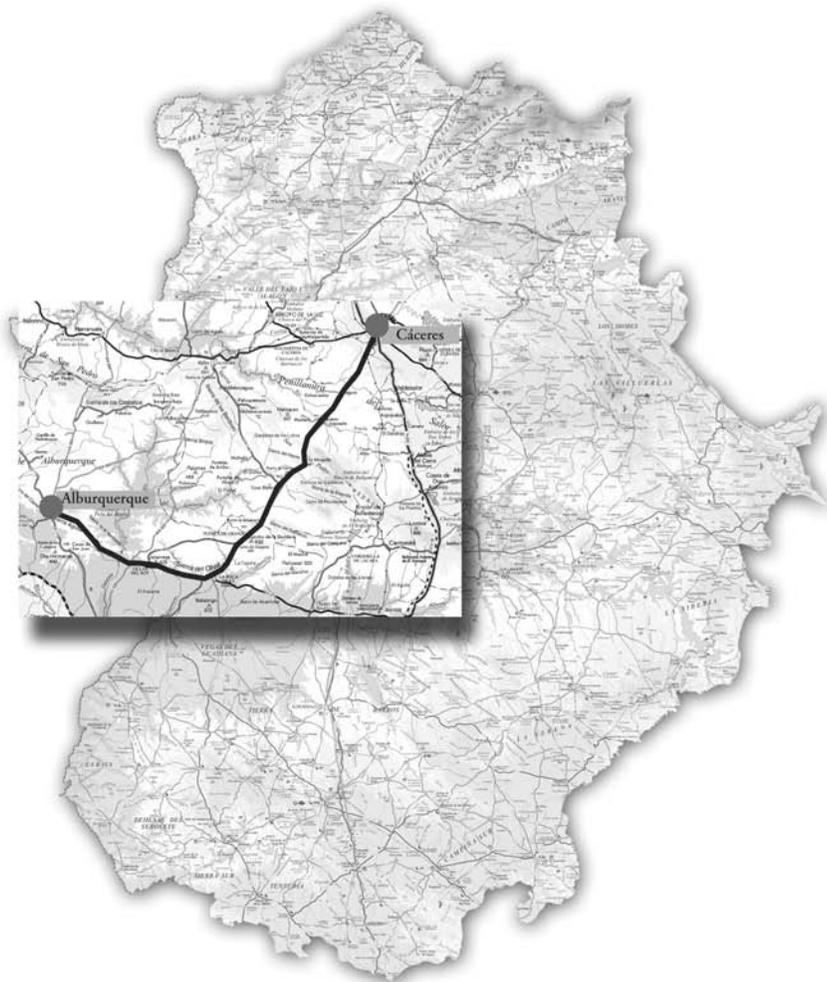






# Ruta 5

*Cáceres - Alburquerque - Cáceres*







## Lugares

### Alburquerque

La Comarca de Alburquerque se encuentra ubicada en el noroeste de la provincia de Badajoz, en el centro de la Sierra de San Pedro, uno de los espacios que mejor conservan la fauna y la flora del bosque Mediterráneo, entre las provincias de Cáceres y Badajoz y sirviendo de frontera con Portugal. Alburquerque, Conjunto Histórico-Artístico, cabecera de esta comarca, se sitúa sobre el puerto de Albahaca a una altitud de 540 m. sobre el nivel del mar. El término municipal cubre una superficie de 714 Km<sup>2</sup> y cuenta con una población de 6.000 habitantes.

Villa recia y añeja, su historia manifiesta un continuismo excepcional, engarzando sus raíces en la Prehistoria: pinturas esquemáticas del Calcolítico, monumentos megalíticos de los que podemos destacar el Mégaron, edificio religioso de unos 4.000 años, único en el mundo, o restos de necrópolis son localizables en sus alrededores. Los romanos y visigodos dejaron huella de su paso mediante construcciones civiles y religiosas, entre las que destacan los puentes romanos del Guadarranque y de las Arenosas y la Ermita Peleocristiana de los Santiagos del siglo VI.





Pero ante todo, Alburquerque exhala medievo. En sus calles y mercados convivieron, musulmanes, que le dieron el nombre a la Villa (*Abu-AL-Aurq*: “País de los Alcornocques”), cristianos y judíos. De la Baja Edad Media son los Castillos de Luna y Azagala, así como la Iglesia de Santa María del Mercado, de estilo gótico, como todo su barrio conocido como “Villa Adentro”, punto de obligada visita para el turista deseoso de contemplar en su empinado y estrecho entramado urbano la huella dejada por sus moradores.

El Castillo, aunque no es demasiado grande, se encuentra perfectamente conservado. Consta de cuatro áreas defensivas, que se van escalonando a lo largo de la ladera norte del cerro sobre el que se asienta. El primer recinto es una pequeña muralla construida bajo mandato portugués entre el 1705 y el 1716. El segundo elemento defensivo es una rampa estratégicamente diseñada para facilitar el ataque sobre el asaltante, ya que en la subida dejaría al descubierto la parte del cuerpo que el escudo no cubre. Llegamos al patio de armas, donde resulta fácil retrotraerse a esa época de espadas y caballeros. Allí encontramos la iglesia de Santa María del Castillo, la cantina, el comedor, el alojamiento para la tropa, así como un aljibe perfectamente diseñado para nutrirse del agua de lluvia, en previsión de cualquier ataque. Todo ello presidido por una hermosa atalaya, la torre del Homenaje, construida por D. Álvaro de Luna, y cuyo acceso se encuentra en la zona más alta del castillo, la zona noble, separada de la plaza de armas por una sola puerta y defendida por un matacán que permitiría, en caso necesario, arrojar piedras y aceite hirviendo al enemigo. En esta parte del castillo, además de la torre del Homenaje, donde el señor tenía sus aposentos, encontramos también la torre de los Cinco Picos (que tiene que ver con los cinco vértices de su planta pentagonal), separada de la anterior por un hermoso puente levadizo, que era la casa del Alcalde u hombre de confianza del señor y las mazmorras. En general, sorprende la



inmejorable conservación de todo el recinto. El castillo de Luna era el más importante de los cinco Castillos, colocados estratégicamente en esta zona de la raya para defender la frontera. Desde él se podía contemplar la llegada de una tropa a más de tres días de camino, así como vigilar la vecina fortaleza de Castello de Vide, construida por nuestros vecinos portugueses para controlar los movimientos de los ejércitos castellanos (perfectamente visible en días claros).

La riqueza del patrimonio Histórico-Artístico se prolonga a extramuros a través de sus casa blasonadas. Destaca el Palacio de los Pizarros y la casa del Indiano, y de la arquitectura religiosa: la Iglesia Parroquial de San Mateo Apóstol, del siglo XVI y de estilo Herreriano, la Iglesia de San Francisco, el Convento Franciscano de la Madre de Dios y la Ermita de Ntra. Sra. de Carrión, son buen ejemplo de ella.

Pero si amplio es su patrimonio Histórico-Artístico, no menos amplio es su patrimonio medio-ambiental. Más del 40% de su término corresponden a la Dehesa, arbolada de encinas y alcornoques, el hábitat idóneo para la convivencia de la ganadería, centrada en al explotación del cerdo ibérico, y una multiplicidad de especies silvestres; en ella se refugian los últimos lobos y lince de Extremadura, así como las escasas águilas imperiales, cigüeñas negras y buitres negros, que pueblan la geografía peninsular. También alberga la Dehesa innumerables especies de caza mayor y menor.

Para los amantes de la pesca, pueden desarrollar este deporte en el pantano “Peña del Águila”, y en los ríos Albarragena, Zapatón y Gévora, único río truchero de la provincia.

Unidas tradición y recursos, la gastronomía no podía ser de otra guisa, en la mesa se aúnan los productos derivados de la caza y los del



cerdo ibérico, los típicos de la tierra como los espárragos trigueros y las criadillas de tierra, todo acompañado con un buen vino de pitarra y, de postre, los excelentes dulces caseros.

El pueblo se viste de gala para acoger año tras año el famoso Festival Medieval, que se celebra a mediados del mes de Agosto. Acoge a miles de visitantes, para trasladarlos en el tiempo a la Baja Edad Media, donde se disfruta de justas, bodas, aquelarres, autos de fe y donde se puede comprar en el famoso mercado Medieval. Otras fiestas importantes en la población es el Festival Internacional de Aerostación que cada año tiene mayor participación y la Romería de Ntra. Sra. de Carrión que se está convirtiendo en una de las más famosas de Extremadura. Y el festival de música contemporánea “Contem-pop-ranea”, donde se dan cabida los grupos más famosos de ámbito nacional e internacional en este tipo de música.



## *Autores*

*Luis Landero*

*(Alburquerque, 1948)*

En Alburquerque, que es mi pueblo, hay una piedra muy grande, redonda y caballera, con casitas adosadas alrededor, que se llama la Piedra Berrocal. Cuando yo era niño (cinco, seis, siete años) a mí me parecía que vivía en el centro del mundo, que Alburquerque era una gran población, y que sus gentes eran personas de renombre mundial. Y qué decir del castillo de Alburquerque, y de su río principal, el Gévora, y de la profundidad de sus bosques y de las alturas y fragosidades de sus cerros.

Mi padre, que quería que yo fuese alguien en la vida, me mandó a estudiar con ocho años a Madrid. Y allí en el colegio, uno de los primeros días un profesor nos enumeró las siete maravillas del mundo. Yo creí que entre ellas estaría, cómo no, la Piedra Berrocal. Iba diciendo el profesor: las Pirámides de Egipto, el Coloso de Rodas, los Jardines de Semíramis... Y yo me decía por lo bajo: Ahora, ahora viene la Piedra Berrocal. Uno de mis más grandes y tristes asombros fue descubrir que allí en Madrid nadie conocía Alburquerque, ni su gente, ni su castillo, ni su río, ni desde luego la Piedra Berrocal.

Al volver del colegio en vacaciones, recuerdo que mis padres, que habían idealizado Madrid, me preguntaban cosas sobre la ciudad, esperando oír maravillas de mí. Yo les mentía para no defraudarlos. Les contaba que no había más que ponerse en un cruce de calles para ver al rato un accidente de tráfico (heridos, muertos, bomberos,



ambulancias, periodistas), que el cielo se llenaba los domingos de globos aerostáticos, y el río (es de suponer el Manzanares) de lanchas y veleros, que había estatuas con un mecanismo interior que las ponía en movimiento, de modo que el general galopaba en el caballo mientras blandía el sable, y el orador movía las manos acompasando el discurso, y otras extravagancias por el estilo.

Yo creo que así empecé a ser escritor, intentando ampliar el territorio doméstico de la realidad para que en él encontraran las fantasías de quienes habitaban, habitábamos, en un mundo donde la vigilia y los sueños confundían sus fronteras, y todo ello entraba dentro de la jurisdicción de lo real. Y no habíamos leído a Cervantes, ni a Shakespeare, ni a Freud, y no sabíamos lo que era el Romanticismo ni el Surrealismo, ni que en Europa estaba entonces de moda el Teatro del Absurdo... La vida, la mera y prodigiosa vida, va siempre un paso por delante de la imaginación de los artistas. Y hablando de la vida, yo conocí en Albuquerque la amistad, el amor, la naturaleza, el odio, el poder, el lenguaje, y tantas cosas más. Ése fue el escenario de mi educación sentimental y de mi conocimiento básico del mundo. Cuando fui a Madrid por primera vez, ya era esencialmente el que soy ahora y el que siempre seré. Por ejemplo, la luz que descubriría años más tarde en Antonio Machado o en Juan Ramón Jiménez, era la luz que yo conocí de niño, pero que no supe reconocer, ni darle nombre, hasta que leí mis primeros poemas –esa segunda cartilla para aprender a leer un poco más de los signos al uso–. Casi todas las experiencias remiten al reino mágico de la infancia. Luego uno, como Ulises, anda un poco de allá para acá. En Madrid, yo fui un muchacho de barrio. Me gustaban las motos, la música de moda, la amistad en pandilla, el cine, el tabaco rubio americano, y las muchachas, claro está. Una echa otras raíces, adquiere otros hábitos, aprende a amar otros lugares. Yo creo que es bueno ser de un sitio, pero tener el corazón abierto siempre al mundo.



Y un día... En fin, éste es un rito que se repetirá hasta el fin de los tiempos: un adolescente se aparta un día del mundo, saca papel y lápiz y junta unas palabras hasta entonces inéditas. Casi siempre son versos. ¿Por qué alguien necesita de pronto refundar el mundo, ponerles a las cosas nombres nuevos, oponer a los enigmas de la vida un nuevo enigma...? Y quien habla de versos habla de notas musicales, de pinceladas, de inspirada y ardiente soledad. Porque todos tenemos un modo irreplicable de ser, como irreplicables son nuestras facciones o nuestras huellas digitales. ¿También una historia que sólo nosotros podemos contar, unos versos o una melodía que sólo yo puedo componer?

Decía Brodsky que podemos compartir una manzana, una copa, un taxi, una creencia o una amante, pero no un poema o una sinfonía, porque toda obra de arte obliga a un diálogo íntimo y original, y así, cada mensaje, cada lectura, resulta intransferible. Lo cual no es poco en esta época en que tantos gigantes y malandrines conspiran para uniformar la voz y el pensamiento. Leer, escribir, refundar la realidad, reinventar las siete maravillas, ponerse ante las cosas con la misma actitud atónita y principesca, orgullosa y humilde, de los antiguos griegos, que conociendo el mundo se conocieron a sí mismos.

Un muchacho abre un libro, toma un lápiz, y esboza unas palabras... He aquí un motivo de esperanza...

PRÓLOGO DE LUIS LANDERO A LA EDICIÓN  
DEL CONCURSO DE NARRACIONES CORTAS 2005



Alburquerque es un pueblo muy luminoso, como otros del sur, y esa luz contrasta con los ocre y pardos del secano que lo rodean, y también con el color militar del castillo. Yo recuerdo que de niño, cuando venía del campo, sobre todo en verano, lo que más me asombraba era la luz. Era una luz casi deslumbradora, que provenía de las casas encaladas pero también de los naranjos y palmeras, y de un cielo que, por todo eso, resultaba más puro y más azul.

Es curioso cómo una de las primeras cosas que rescata la nostalgia de la niñez perdida es precisamente la luz. Todavía hoy, cuando vuelvo por allí, siento a veces la fascinación que me producía aquel resplandor nítido y repentino.

(Del libro *Ésta es mi tierra*, Editora Regional de Extremadura, 2002)



## La Plaza

En mi infancia, si alguien quería enterarse de lo que había ocurrido últimamente, y no sólo en nuestra comunidad sino también en el mundo, iba a la plaza. Allí llegaban enseguida las noticias (que quizá se habían previsto mucho antes), y allí se comentaban y se enriquecían con todo tipo de conjeturas y rumores. La plaza era telégrafo, estafeta, periódico, heliógrafo, radio y teletipo.

Y aquí, en un pretil, siempre había un grupo de hombres ociosos sentados en hilera y meciendo en el aire los pies. Cuando pasaba algo excepcional (la llegada de un automóvil o de un forastero, el encuentro fortuito de dos adversarios...), los pies se movían más deprisa; luego, otra vez se remansaba el vaivén. El grupo comentaba así los sucesos diarios de la comunidad, tanto los públicos como los privados. De tanto golpear con los talones, se había formado abajo una franja erosionada y sucia, como un bajorrelieve, y allí estaba registrada la crónica ilegible de nuestra historia cotidiana.

Y es seguro que eso ha ocurrido durante siglos. A mí siempre me ha parecido más interesante y significativo ese posible discurso histórico que el más enjundioso y oficial del castillo o el de las iglesias... Hoy, los viejos cronistas han abandonado su atalaya, reclamados por esa plaza mínima y única que es el televisor. Pero entonces, ellos (además del reloj, las campanadas de las iglesias, la llegada del autobús que venía de Badajoz, el crotorar de las cigüeñas, la gramola del cine...), marcaban el paso del tiempo y los aconteceres de la vida.

(Del libro *Ésta es mi tierra*, Editora Regional de Extremadura, 2002)



Nos sentábamos en el corral, bajo un evónimo, en sillitas de paja, frente a frente, y ella entonces con sus palabras inauguraba un mundo maravilloso donde yo vivía embelesado durante el tiempo que durase el relato. Casi todos los cuentos empezaban diciendo: “Hace mucho tiempo en un país lejano”.

De ahí deduje yo que las cosas maravillosas pasaban siempre en sitios distantes y en edades remotas, y que en Alburquerque (es decir, aquí y ahora) nada prodigioso podía ocurrir nunca. Pero luego, cuando emigramos a Madrid y pasaron los años, supe que era entonces, en la infancia, cuando vivía realmente en un país lejano, lleno de prodigios, sólo que yo no lo supe ver hasta que la memoria me devolvió aquellos recuerdos convertidos ya en poesía por la nostalgia.

(Del libro *Ésta es mi tierra*, Editora Regional de Extremadura, 2002)



Pero he observado algunas cosas. He visto por ejemplo levantar edificios hermosos, de soberbia armonía de líneas, y he visto y oído a los albañiles blasfemar, perderse, machacarse un dedo, reñir durante el almuerzo, defecar en cuclillas, cantar coplas obscenas. Y al final, terminado el edificio, me he dicho: “Esa obra grande y serena representa justamente lo que no somos. La belleza nos niega”. Y he visto lo contrario. He visto a un comerciante estafar a una viuda y luego dar limosna a un mendigo o para las ánimas del purgatorio, y me he dicho: “Tampoco el hombre consigue ser diablo. También el mal nos niega. Inútilmente quiere hacer de sí mismo un edificio que le exceda en belleza o fealdad”. Y observé otras cosas. Observé por ejemplo a un hombre que todas las tardes al volver a casa se paraba en una esquina y miraba alrededor como buscando algo. Aquel hombre había perdido allí, o él creía que allí, un mechero de oro con sus iniciales. Eso había ocurrido hacía ya tres años. Pues bien, veinte años después, siendo ya el hombre medio viejo, todavía algún día se paraba un momento en la esquina, o miraba sobre el hombro, con la esperanza quizá de encontrar el mechero. Lo supe porque una tarde bajé a preguntarle y él me lo contó, entre avergonzado y orgulloso. Claro, por un lado aquella terquedad era ridícula y no formaba una anécdota, no permitía siquiera ese consuelo, y de ahí le venía la vergüenza. Porque quien va a matar dragones, o gamusinos, y vienen de vacío, podrá después contarlo y exhibir los despojos de una historia magnífica, aunque desdichada, del mismo modo que la llave de un palacio en ruinas puede servir hoy, a los también arruinados herederos, de pisapapeles u ornamento. Pero los hechos menudos no dejan huella, ni sirven luego para nada. Al contrario, caen al olvido, descarnan el pasado y finalmente convierten en ceniza la vida. Ocurre que esos hechos carecen incluso de la grandeza de un acto de fe. ¿Tú has leído el Quijote? ¿Sólo a medias? Pues bien, allí podrás leer cómo Sancho le preguntó a su amo si el caballo Clavileño no encubriría en el fondo una burla. Y don Quijote dijo más o menos que ésa era cuestión que sólo



incumbía a los burladores, porque a ellos dos nadie podrá quitarles la gloria del intento. Ese es un acto de fe. Pero, claro está, no todos los días lo engañan a uno con caballos celestes. Uno más bien tropieza con las piedras menudas del camino, sufre pequeñas mofas. Aunque, por otra parte, me dije, había también un modo de grandeza en esos tropiezos. La gloria de quien mil veces da en la misma piedra, de quien durante años busca un mechero en una esquina, hace de su fracaso una leyenda, y en su continua derrota llega a ser invencible. He ahí otro simulacro del destino. Y por eso aquel hombre del mechero hablaba también con orgullo. Porque aquella minucia, mil veces repetida, tenía ya un peso propio, y se podía contar.

(Del libro *Juegos de la edad tardía*, Tusquets Editores, 1989)









A decorative flourish consisting of a light gray, swirling line that forms a horizontal oval shape with a smaller loop on top, framing the text.

*Addenda*



*Basilio Sánchez*  
*En un mismo lugar*

El rumor de los pasos  
en la casa vacía, ese murmullo  
de pared a pared que sobrevive al tiempo,  
que es casi metafísico,  
una oración constante.

Esta ciudad que mide lo que mide una calle,  
este espacio infinito entre dos puertas,  
el círculo de luz bajo la llama  
que encendí hace un momento.

La habitación a solas,  
las cuartillas, la lámpara,  
todos los utensilios de los miniaturistas,  
esta vida que grabo poco a poco en el fondo  
paciente de una taza.

La luz que dilataba las pupilas,  
la que encendía el fuego  
de las habitaciones y temblaba  
sobre la superficie de los muebles,  
la que vivía en el sueño y en los cantos nocturnos.  
O la sed refractaria: el hombre solo  
en medio de un paisaje despojado de imágenes.



También el agua dulce  
y el ruido de las hojas sacudidas por el silencio,  
la humedad sin dolor que en las paredes  
va dejando la lluvia.

Estas manos que han sido sedentarias,  
hechas a la rutina de un único poema.

Dentro de algunos años  
viviré en las vitrinas, viviré en el esmalte  
saltado de las tazas y en sus propios reflejos,  
en todos los objetos comidos por el uso.

Unos años tan sólo  
y entre una hoja en blanco  
y una página escrita habrá una vida  
que he vivido dos veces.

De *Entre una sombra y otra*

## *El pan y la sal*

De una casa a otra se enviaban saludos,  
las cintas de humo azul de los hogares  
y, con las filtraciones de las primeras luces,  
algunas nubes lentas.

Entre una casa y otra los silencios  
eran ruidos de platos,  
una flor esmaltada en unas tazas, el murmullo  
de las copas de vidrio.

Desde hace algunos años  
es un pueblo vacío,  
uno de esos lugares que ya no necesita del crepúsculo.

Los muros de las casas  
se han ido acostumbrando  
al desfallecimiento, a los rigores  
de las viejas moreras, de las parras silvestres.  
En medio de las plazas,  
al final de las calles, las sombras de las cosas  
permanecen inmóviles,  
nos hablan desde fuera del tiempo.

Ahora el cielo está quieto como un campo sin nada,  
como el hombre sentado que lo mira.



Como el que en la maleza  
busca aún las canciones perdidas de los niños,  
algunas nubes lentas para la intimidad,  
para el regreso.

De *Entre una sombra y otra*



## *El umbral*

La claridad se agota sobre los pavimentos.

Poco a poco se nos van las palabras,  
se elevan por encima de la línea de sombras  
que hay sobre nosotros.

La altura de la mano que sostiene una vela  
es la altura del mundo.

Aún no tenemos nada, sólo el vaso de vidrio  
que hemos puesto en la mesa, y la esperanza  
que hace mover el agua.

Ya todo está tranquilo:  
la memoria vuelve verde las hojas,  
el frío da reflejos  
azules en los ojos, hay una flor oscura,  
que todavía no es nuestra, en el umbral.

Un corazón que late vertical en el suelo,  
dispuesto a envejecer.

Mi deuda con la vida es este hombre  
del tamaño de un puñado de tierra que ahora escribe.

De *Entre una sombra y otra*



## *Los Patios*

*Los patios. El lugar de las voces, de los sonidos.*

El tintineo cercano de una campana lleva al aire los primeros murmullos, el crujido ligero de los bollos acariciados por las manos, liberados apresuradamente de su envoltura humilde de papel de periódico.

Los pasos, al principio indecisos, vacilantes, como lastrados todavía por la arena reciente del latín o la aritmética, se van multiplicando y encendiendo hasta alcanzar de pronto, sin que nos demos cuenta, la sonoridad rotunda de las tormentas y de los vientos desatados. Pasos que se entrelazan con los botes de los balones en el suelo, con los chasquidos de los largueros y las maderas carcomidas de las ventanas, con el vibrar de un aro que se prolonga en un eco solemne bajo la bóveda metálica del pabellón. Pasos ya confundidos con los ecos más altos de las campanas de las iglesias en la ciudad antigua, que se diluyen finalmente en el crotozar largo de las cigüeñas que lo vigilan todo.

Y mucho más abajo, el zumbido de las peonzas y el crepitar de barro de los bolindres, los latidos de goma de los fajos de cromos desvaídos de animales y plantas, o el martilleo leve, sobre las escaleras, de la taba prehistórica.

Y el agua, luego el ruido del agua. El agua casi prohibida de las cisternas y el agua voluntariosa que se derrama sobre los rostros enrojecidos, sobre los cuellos sin botones y los calzones cortos, sobre los zapatos que



tendrían que durar toda la vida, como estos mismos patios que creíamos eternos.

Y por encima de todos los sonidos y todos los murmullos, el coro alegre, sin duda, de las voces: las voces exultantes y las voces pausadas; las voces excesivas de los furibundos y las apenas susurradas de los conjurados; las voces imprecatorias de los fuertes y las lamentables de los débiles; las voces desbordantes de los que triunfan en los juegos y las risas ahogadas, medio en ruinas, de los que no lo logran; las voces llegadas de los pueblos y las de las ciudades; las de los listos que mercadean con sus cosas y las de los torpes que las compran; las voces que planifican el pecado para el fin de semana y aquellas que desgranar la oración expiatoria; las voces poderosas de la opulencia y las famélicas de la necesidad; las voces de los adeptos que lo poseen todo y las de los perseguidos que heredarán el Reino de los Cielos.

Palabras inaugurales y palabras pronunciadas por penúltima vez; palabras familiares y palabras de desarraigo; palabras que se unen a las otras o palabras perdidas, solitarias, colgadas como pájaros en un clavo oxidado de la pared del fondo.

Voces intransigentes con las demoliciones que siguen con nosotros, que continúan en el aire después de que una última campanada las haya conducido hasta dentro y las haya sentado, bajo un cielo imposible, en antiguos pupitres de madera para hacerlas callar; consumirse definitivamente en beneficio de los godos y de unas nubes altas que, al parecer, se llaman nimbos, o estratos. O algo así.

De *El cuenco de la mano*



Lo preguntas ahora,  
que ya no escribo apenas, que me paso  
los días traduciendo, simplemente,  
a los gorriones de los aleros.

Un poema no es nada:  
un grito imperceptible en un extremo  
del aire de la noche, la desembocadura  
del río de las palomas en lo alto  
de la fachada de la casa.

Un poema no es nada: la flor del aguacero,  
la margarita azul de los canales;  
esa verdad que rondan,  
sin acercarse a ella, las palabras inútiles.

Lo preguntas ahora y no se trata  
de la luz esta vez, sino del territorio  
menor de la penumbra, del teatro de sombras  
que alguien escenifica para ti  
en la profundidad de una caverna.

Sé que lo que conozco  
es sólo una comarca de lo que no conozco;  
que todo lo que he escrito no es, al cabo,  
más que un carro de bueyes transportando  
de una página a otra,  
por el camino ciego del asombro, de la perplejidad,  
una misma pregunta, un expectante  
e idéntico silencio.

Se vive la escritura  
como se vive el agua desde dentro



de sus pequeños círculos,  
el río desde la perspectiva de sus guijarros.  
Se vive en la escritura como se participa  
de la respiración de lo sagrado  
en cualquiera de las rutas del aire.

Podrá tener sentido o no tenerlo,  
pero ésa es la vida del poema.

Sumido en la cuaresma de mis debilidades,  
no escribo para el dios de los hombres  
ni como testamento,  
sino como el que un día  
abandona muy temprano su casa y, calle abajo,  
con las manos vacías, convencido  
de que no habrá retorno, va alejándose  
hasta perder de vista, definitivamente,  
la vida que ha vivido,  
el entramado firme de sus propias certezas.

Lo preguntas ahora.  
Un poema no es nada y, sin embargo,  
quizás por un momento,  
alguna vez consigue redimirnos  
de nuestra originaria condición de exiliados.

De *Las estaciones lentas*



*Diego Doncel*  
*El hombre de Nueva York*

¿ Este tarado, que soy yo, es un hombre  
o la sombra de un hombre?  
Los increíbles tonos de pastel eléctrico  
están parpadeando por toda la ciudad.  
Un ojo solitario los registra, encendido  
como un televisor en un apartamento abandonado.  
Esculturas de vidrio, constelaciones acrílicas, edificios hechos  
anuncios luminosos,  
parecen un remolino estelar sobre esta noche turbia  
tan drogada de ficciones como el alma.

Un hombre, o la sombra tarada de un hombre,  
hablaba solo:  
“Embrutecido por el pensamiento –se decía–  
huelo, desde lejos, a metamorfosis  
(la de la vida en la muerte)  
porque la poesía hace estéril el espíritu.  
Mejor ser nadie a levantarse cada día  
de la página como de una gusanera, a pudrirse  
emponzoñado de mitos metafísicos, a que la vida  
sea polvo de palabras sin suelo en que posarse.  
Es dura la tierra de la poesía y el mundo  
muere en ella indignamente nombrado.

Ah, no quiero leer más esa lujuria sucia  
de la inteligencia, ni mancharme los sueños  
con la carroña de los sentimientos  
(que los papeles viejos enmohecen, apestan).



Como la ciudad mi vida es una calle  
que huele a basura y a grasa de automóviles,  
pero yo sólo deseo ser un analfabeto  
del alma, inocente y humano,  
que vive con decoro.  
Pasar por los humildes placeres de los días  
con un poco de humor, viajar lejos de mí...  
hasta olvidarme, y ya olvidado beber  
muy lentamente el coñac de la vida,  
la brasa de los sueños frente a la ventana  
de un futuro aún sin recorrer.  
Si escribir es prepararse para no escribir más,  
despido a las palabras, y me saludo a mí mismo  
como si fuera, por feliz, un desconocido.”

En el aire flotaban las nubes silenciosas,  
las gotas de la lluvia brillantes como el charol.  
Aquella sombra, que era el alma tarada  
de un hombre, por las grietas frías de sus labios  
murmuraba todavía algunas frases antes de callar:  
“... Y me escuecen demasiado los crímenes  
del recuerdo, como una rozadura”  
Las calles parecían una ampolla de morfina,  
olores de enfermo salían de los clubes  
como un escupitajo de tiniebla,  
los expresos recorrían sus spleens...  
“ Aunque sin ser tan vanidosos como las flores  
del campo o los pájaros ligeros del cielo  
está caro entrar en ningún paraíso.  
- En ningún paraíso, repitió el eco sordo  
junto al zumbido lejano de las avenidas.  
- En ningún paraíso.



## *Aún tengo Realidad*

Este silencio sabe que vivo  
en otro mundo, que estoy hecho de olvido  
lo mismo que una sombra que ha abandonado  
el tiempo. Que aún tengo realidad,  
aunque sea ésta de soñarme como el fruto  
de un mundo poblado de fantasmas  
donde la vida se inventa.

Me miro y aún no me reconozco,  
y apenas veo la niebla  
labrando la duda de quién soy.  
No sé si empiezo a ser o ya me he muerto.

Oigo allá lejos, por encima de las antenas parabólicas  
y el maquillaje barato de las nubes,  
la voz de la tarde venir del cielo  
como de un bar sórdido donde hubiera bebido,  
echar otra vez esputos de tiempo en mi sueño  
mientras blasfema.

Pero yo encuentro su luz,  
esa luz neurasténica que alumbraba los regatos  
de la vida con sus ficciones viejas y sus escalofríos,  
y oigo bufar los sapos de la muerte,  
al borde de esos estanques con basuras  
en el fondo, como náufragos de alguna metafísica.



Un náufrago de mi propia alma soy yo,  
con un tiempo posible y alguna posibilidad  
de vida sin saber para qué.  
¡Ah, sí será para arrepentirme  
de haber nacido mientras sea este el espectáculo!

No sé cómo ni dónde he tomado conciencia  
de mí, de este animal que escucha el viento,  
como si fuera un aparecido,  
con sus frufús almidonados en la niebla  
y que descubre, en este parque suburbano,  
la música torpe del mundo desplegar su armonía  
de bestias y de insectos aquí en su corazón.  
Ah, que ve seres que se hacen zumbidos  
de un más allá absurdo cuando miran al cielo,  
que siente cómo la alta tecnología del dolor  
berrea en las praderas de la conciencia  
los misereres de su propia infelicidad,  
que oye sólo el ruido y el misterio de sus sentimientos  
en este repetirse de los días.  
Ah, y entonces, ¿dónde puedo encontrar  
una razón humilde para permanecer aquí  
como la imagen de un espejo que la vida  
va desfigurando ? ; Y en qué lugar  
de la vida puedo tomar conciencia de quién soy?

Yo no soy yo, soy aquel.  
Aquel que no sabe dónde es posible buscar  
una plegaria para redimirse de sí mismo  
mientras toma las formas indecisas de la niebla  
por estas materias puras vegetales en estado de equilibrio,  
por estos diseños de urbanistas que crean  
espacios paradisiacos para hacer el amor



y para drogarse a la vez que la duda  
lo va desfigurando todo.  
Yo no soy yo, soy aquel: el extranjero  
que sólo existe para el olfato de los perros.  
Ese que sabe que ningún dios nunca ha podido  
susurrarle una palabra de consuelo,  
dioses que miraban desde lejos alucinados  
por sus propias farmacologías celestes  
y que cambiaban de canal  
cuando se aburrían.



## Una Mujer

Para aquella mujer, que amaba de tal manera a los seres llagados  
que no evitaba nunca la íntima compañía de los hombres,  
el sexo sólo era una forma de extraer veneno de la vida  
para su uso personal,  
por eso todas las tardes se acercaba hasta mi cuarto  
como si espíritu naciera de una naturaleza destruida.  
Y ya desnuda, con sus pechos muy fríos  
a pesar de la práctica del yoga,  
su vientrecito saqueado de abortos, nutrido  
de alimentos macrobióticos, y sus ojos  
donde se advertía ese carácter especulativo y libidinoso  
de la arquitectura de Frank O. Gehry,  
me preguntaba: ¿Quiénes somos nosotros?

El baño sólo encerraba las respuestas  
insatisfechas de nuestra imaginación,  
el chorro de luz cayendo tibiamente  
como una manaza sobre nuestras partes más vulgares,  
el sabor a fármacos y a soledad  
que ella me pasaba con su boca,  
los cercos de silencio sobre los mudos productos  
de los anaqueles que la cosmética fabrica  
para que absorban el ozono y los hombres  
se frían en las dimensiones desiertas de la tierra.  
¿Por qué no somos más humildes  
ante una caricia –inquiría–,  
más frágiles ante el amor,



qué nos ha pasado para no creer  
siquiera en nuestros actos?

Y viendo el gresite todavía mojado por la ducha,  
los sanitarios de leves colores marinos,  
y el espejo de gran tamaño con sus restos de vaho  
y de papel higiénico, nosotros sólo sabíamos  
imitar la ausencia de afectos (la industrialización  
sistemática de la vida de los afectos)  
aprendida en la pornografía, saborear  
con la mirada y el tacto la velocidad  
del placer  
antes de que naciera el deseo.  
Quizás vivir, como el sexo –decía–  
sólo sea una actuación.

Después el juego de roces sonámbulos  
a lo largo del pasillo ahogaba  
el rumor de la fiesta televisiva que los vecinos  
celebraban sobre nuestras cabezas.  
Pero las húmedas huellas de los pies  
sobre la débil luz de las baldosas  
eran el símbolo de que cada uno habitábamos  
al límite de nuestras propias fronteras,  
que éramos más seductores atravesando  
la nada de nuestros actos con este olor a gel  
y a algas marinas.

Al llegar a la cama, al perdernos en las arrugas  
de las sábanas descubría que bajo su ombligo  
no había rastro alguno de religión ni de verdad,  
sólo terapias de apoyo para recuperar la autoestima,



la obra de un alma que luchaba por no ser  
ese sueño sin pasión entre la carne cansada.

Nada hay como sentirse extraños  
en el mundo de nuestros propios sentimientos  
y tener que seguir vivos – afirmó alguna vez.

Hacíamos el amor como una injuria  
hacia las leyes que rigen el curso de las cosas,  
secábamos con nuestros gestos vacíos el débil fluir de la avidez,  
el anhelo de encontrar un remanso de quietud  
en el cuerpo del otro.

Y al penetrar su cuerpo sentía  
el ser solitario y perdido que era ella,  
la sombra oscura de sus espasmos de tristeza,  
cómo la vida, con sus destinos de silencio  
y de abandono, le había hurtado todas las ilusiones.

Nunca había encontrado un minuto de paz,  
nunca había amado a nadie  
pues sabía que el amor y el sosiego  
sólo eran buenas ideas  
que vivían en el mundo con torpeza.  
La intimidad con los hombres, no obstante, la aliviaba,  
la hacía sumirse en una larga caída,  
llegar hasta el perdón, beber la ponzoña  
de un tiempo falto de sentimientos hacia ella  
que ella deseaba.  
Sólo yo me hallo en esta pérdida, decía,  
sólo yo no salgo de mi perplejidad.  
Al fondo quedaban los hijos que nunca  
quiso tener, la certeza de encontrarse en el lugar



equivocado cuando alguien la amaba,  
el sello de lo real convertido en tragedia.

Una tarde, ya vestida, cuando cerraba cautelosamente  
los visillos, miró el punto de fuga del horizonte  
rasgado por la estela de una nube,  
el resplandor dorado de allá lejos,  
y le dijo con la última llama de fervor  
a la luz que se postraba:  
Ahora voy, espérame, no creo que tarde.



*José Manuel Díez*  
(Zafra, 1978)

*El Maltrato y la Enmienda*

*“Ha brotado este odio como un vívido amor.  
Pide un rostro y una carne.”*

Cesare Pavese

Era una mala época.

(Eso escuché decir a mis amigos).  
Llegaba a casa y ella estaba allí, esperándome:  
arrinconada, frágil, silenciosa,  
brillante en la penumbra desdichada  
de nuestra habitación, ayer sonora.  
Acechaba mi vuelta.

La voluntad plasmaba su acometida en cambio,  
su ofensiva rabiosa.  
Me iba contra ella, sometido  
al cáncer del amor. La aporreaba  
hasta quedar desnudo de rutina,  
en vil fraternidad conmigo mismo.

Sin lugar al remedio,  
ni a la conciencia justa en afrontarlo,  
aquel maltrato era mi atajo de evasivas.  
Un día, y otro, y otro  
libraba todo el trance de mi dolor en ella.



De su clamor vivía mi esperanza,  
la sal de mi silencio.  
Toda la paz de un día de alcohol quedaba ahora  
en sus pulsos cumplida,  
la tan basta agonía de mi aliento.

Cobarde  
tal redención del hombre en la figura  
de una dama indefensa.  
Un día incluso estuve a punto de arrojlarla  
por la ventana. Fue  
la cota de delirio mayor que he sostenido.  
No era yo, estaba fuera de registro. La rabia  
y el malsano deseo de un fuego insospechado,  
me poseían. Pero  
me lo pensé y no lo hice.  
Me limité a empujarla contra el suelo.  
Y, allí, perdido el seso,  
pataleé su espanto, su indulgencia conmigo.

La vi rodar, patada tras patada,  
hasta quedar rendida.

¡Pobre mía!  
En aquel mismo sitio, inmóvil, solitaria,  
pasó tirada no sé cuantos días  
y cuantas noches.

Hasta que una tarde  
de tierna inspiración, arrepentido,  
me decidí a cambiar.

Era posible.

La prendí entre mis brazos, la besé. Estaba fría.  
Tantos golpes de ira como le había dado  
y allí continuaba, ciegamente,  
en la proximidad de mi extravío.



Era ella, la única.  
La única clemencia de mi vida.  
La luna de mi alcoba.  
La que me cantó cuando  
parecía la vida sumirse en el mutismo.  
La única capaz de dar forma a mis sueños.  
La única, entre todas,  
conocedora trágica y honesta  
de mis negras palabras:  
las más hermosas y las más terribles.

Era ella... fortuna, dicha, luz de mis manos,  
posesión abundante de cuanto no merezco,  
quizás. Gran compañera.

Mi pequeña Olivetti.  
Máquina de escribir, tesoro y alegría.  
Muchacha de metal, siempre te he amado.

(De 42)

## Con Disimulo

Son cosas que hay que hacer con disimulo,  
pero hacerlas al fin, para salvarnos  
de la mediocridad, de la tristeza,  
de los tedios frecuentes,  
de las normas morales que algún otro  
nos impuso con saña.  
Son cosas que hay que hacer con disimulo,  
más dejándonos ver por ciertos ojos  
a los que horrorizar.

Algunas veces  
nos dirán que nos odian, pero otras  
se morderán la lengua  
para no convertirse en nuestros cómplices  
o en nuestros delatores,  
por sincera empatía o por envidia  
declinada a respeto.

Son cosas que hay que hacer con disimulo:  
dormirse en una obra de teatro,  
robar algún periódico  
de la sala de espera del dentista,  
besar a un muchacha por sorpresa  
mientras que nuestra esposa va al lavabo,  
arrancar una flor de un jardín público,  
comprar preservativos  
con sabor a naranjas de la china,  
patalear al perro del vecino  
(sólo una vez y flojo),  
insultar a un inglés en nuestro idioma  
hacer una pintada en una iglesia



o en un ayuntamiento,  
enseñarle el trasero a un gilipollas.

Son cosas que hay que hacer con disimulo,  
pequeñas travesuras,  
pero hacerlas al fin, para salvarnos,  
para diferenciarnos  
de un régimen vital atontecido  
por los *estate quieto, no hagas eso,*  
*qué mala educación, su conducta no es apta,*  
*le pondré una querrela...*

Pobres hombres  
aquellos que se mueren  
asintiendo estatutos, costumbres, ordenanzas,  
sin tiempo a insurrección ni a disimulos,  
ni si quiera tan mínimos,  
como los que propone este poema.

(De 42)

## *Soldadito de Plomo*

*P*or el corazón joven te conozco.  
Por el pecho de lata.  
Por el rictus recóndito de aguerrido muchacho.  
Por las botas que calzas.

Te conozco. Una tarde te vi triste,  
-una tarde en mi infancia-.  
Te arranqué la ballesta y te puse la flor:  
alegraste la cara.

*(De La caja vacía)*



## *El Objeto y su Creación*

*Hay* un hombre sentado en esta silla.  
Hace ya mucho tiempo la creó con sus manos.  
Pero, ¿le pertenece?

Él mismo, con su esfuerzo,  
taló el roble propicio, apuntaló  
la homónima madera,  
urdió con gran pericia la trama de su asiento.  
Pero, ¿le pertenece?

Hay un hombre sentado en esta silla.  
Sobre esta silla cumple su descanso.  
Sobre esta silla apoya  
sus largos pensamientos. Sobre ella  
morirá cualquier día.  
Pero, ¿le pertenece?

Otro hombre vendrá a sentarse en la silla.

(De *La caja vacía*)



## *Mis Vidas Anteriores*

### 1

En mi primera vida fui John Becket,  
un granjero escocés de malas pulgas.  
Tenía una mujer de grandes pechos  
a la que maltrataba sin escrúpulos,  
tres hijos, dos amantes, un caballo,  
diez cabras y una vieja carretilla.  
La granja tenía el nombre de mi padre  
grabado en grandes letras en la entrada.  
Me gustaba fumar y cazar sapos,  
bajar a la ciudad a comprar velas.  
Quiero pensar que nunca tuve amigos.  
No recuerdo el momento de mi muerte.

(De aquella vida nada he conservado,  
salvo mi devoción a la ginebra  
y la costumbre estúpida de a veces  
llevar alguna espiga entre los labios.)

### 2

En mi segunda vida fue Tam Siro,  
uno de tantos príncipes mandinga.  
Asesiné a mi abuelo y a mi padre  
para alcanzar el trono. Una mañana  
los yolof invadieron mi poblado.  
Escapé en dromedario con la quinta  
de mis catorce esposas, la más joven,  
que se llamaba Tuska y era ciega.



Me gustaba el aroma del incienso,  
la luz filtrada por los palmerales.  
Vagué toda mi vida en tierra extraña.  
Me mataron los fulbe, muy anciano.

(De aquella vida nada he conservado,  
salvo la sensación de haber perdido  
mi reino en otras tierras y el anhelo  
de ser, de nuevo, amado ciegamente.)

### 3

En mi tercera vida fui pirata.  
No recuerdo mi nombre, pero sé  
que todos me llamaban *Luna Negra*.  
Nací probablemente en una isla.  
Me escapé de mi casa con diez años.  
En nuestra embarcación había cien hombres  
y una mujer feísima que hacía  
funciones de ramera y capitana.  
Me gustaba el combate a trabucazos,  
ver esconderse el sol sobre el océano.  
Soñaba saquear un día Lisboa.  
Me acuchilló un compinche por la espalda.

(De aquella vida nada he conservado,  
salvo el alto valor que otorgo al viento  
y la sana costumbre de dar voces,  
cuando me viene en ganas, contra el mundo.)



4

Se supone por tanto que ahora vivo  
mi cuarta vida, -y siento que tampoco  
ésta será la última-, por tanto  
me gusta imaginar que en otras vidas  
futuras diré: en ésta fui poeta,  
y escribía poemas tan absurdos  
que en uno hasta pequé de visionario  
llamándolo *mis vidas anteriores*.  
Me gustaba leer, cantar mis penas,  
vigilarle los sueños a mi hijos.  
Soñé cambiar el mundo con palabras.  
Me suicidé al sentir que no podía.

(Logré alcanzar así mi quinta vida.)

*(Poema inédito)*



## *Canción de Desacuerdo*

*I*ba al sur y llegué al norte.  
Iba a mi voluntad y hallé la tuya.  
Iba sumando cifras y descifré palabras.  
Iba andando la nieve y pisé el fuego.

Iba, iba, siempre iba... y en realidad venía.  
Nunca sentí certezas en lo cierto.  
Buscaba la poesía, no el poema.  
Anunciaba la vida con la muerte.

Escribí esta canción que nadie canta.

*(Poema inédito)*



*Juan Copete*  
*Los últimos de Sol*

**Puerta del Sol**, un calabozo deprimente de la Dirección General de Seguridad. Al fondo, un ventanuco de entresuelo por donde taconeaba el ritmo palpitante de la vida. Un viejo se afana en conservar, aún, la raya negra que mariconea sus ojos. Teje como Penélope la bufanda de su reclusión.

RASTRO: *(Satisfecho teje.)* Otra, otra más y la última vuelta. *(Observa con cariño la bufanda terminada.)* ¡Qué sorpresa le espera! *(Mira por el ventanuco.)* Frío viene el aire de Guadarrama. *(Añorante.)* Renunciaba a la raya de los ojos, por ver este cielo de Madrid.

*Aparece Fructu de uniforme gris. La porra autoritaria se bambolea rítmicamente por el contoneo de sus andares.*

RASTRO: ¡Buenos días, Fructu! *(Misterioso.)* Tengo una bonita sorpresa para ti.

FRUCTU: *(Malencarado.)* Sorpresa la que te voy a dar yo. ¿Desde cuándo tanta familiaridad?

RASTRO: *(Atónito.)* ¡Pero Fructu!

FRUCTU: Ni Fructu, ni leches. A partir de ahora señor cabo o, como mucho, Fructuoso.

RASTRO: *(Aburrido.)* ¿Otra vez?

FRUCTU: ¿Otra vez qué?

RASTRO: Que como si lo viera. Ya estuviste repasando las ordenanzas.

FRUCTU: Como se debe hacer, que para eso son los sustentos de mi labor. Y dice muy claro en su artículo 143 bis que *“al preso no se le debe tratar con maldad o inquina, osea a hostias, pero tampoco tratarlo tan ricamente, que*



*piense que está de vacaciones, o de verbena, o sea, a tutiplén”.*

RASTRO: (*Divertido.*) ¿Seguro que dice eso, señor cabo?

FRUCTU: ¡Hombre! eso, eso, exactamente y así, pues no. Pero puede servir la traducción.

RASTRO: Así, que ganas de fiesta traemos hoy.

FRUCTU: La fiesta, desde este momento se acabó.

RASTRO: (*Con ironía.*) ¡Con no servir champán con el rancho, todo arreglado!

FRUCTU: ¡Ni champán, ni la Casera! (*Vozarrón militar.*) ¡Firme arrr...! (*Rastro se cuadra cómicamente.*) Y, sobre todo, menos cachondeo. (*Pausa.*)

RASTRO: (*Incómodo.*) Psssssss.....

FRUCTU: ¿Qué?

RASTRO: Ahora, se dice descansen.

FRUCTU: (*Servicial.*) ¡Descansen arrr...!

RASTRO: (*Se sienta.*) ¿Y tanto protocolo?

FRUCTU: Porque es esencial, para poner a cada uno en su lugar.

RASTRO: ¿Y cuál es el mío?

FRUCTU: (*Displícite.*) El más bajo y rastrero de todos.

RASTRO: ¿Y el tuyo? (*Mirada asesina de Fructu.*) Digo, el de usted... señor cabo.

FRUCTU: ¡En la mismísima cúspide!

RASTRO: Pues vaya altura, si sólo somos dos.

FRUCTU: ¡Suficiente! Con tener a un solo subversivo, maoísta, invertido en el que cegarse, mi papel ya tiene sentido.

RASTRO: (*Extrañado.*) ¿Maoísta?

FRUCTU: (*Como en un interrogatorio.*) ¡Así que lo niegas! Por supuesto que no sabes nada. Ni que decir tiene que no delatarás a tus compinches, que ni siquiera los conoces. (*Golpea con la porra en la mesa.*) Pero, ¿pensáis so ca-



brones, que en el Cuerpo somos tontos? ¿Creéis que os vais a cagar en nuestro mismísimo Cuerpo? (*Amenazante.*) ¡Os vamos a joder y bien!

RASTRO: (*Limándose las uñas.*) Fructu, que desvarías.

FRUCTU: (*Enardecido.*) ¡Calla, leches, que me desconciertas! (*Intimidando.*) Así que ahora vais de chinitos, para que creamos que no sois comunistas. Pero, ya nos avisó el Mando, que blancos o amarillos, todos sois rojos.

RASTRO: ¡Qué cromatismo!

FRUCTU: Te voy a meter un paquete que...

RASTRO: (*Cae fulminado al suelo, llevándose las manos al pecho. Sobreactuando.*) ¡Ay Dios, mi corazón!

FRUCTU: (*Amenazando.*) Rastro... Rastro... Rastro, no me asustes. Es una broma. ¿No?

RASTRO: (*Agónico.*) Creo que me voy.

FRUCTU: (*Se arroja, cariñoso.*) De aquí no sale nadie. No lo puedes hacer, que para eso soy el cabo y no te he dado permiso.

RASTRO: (*Jadeante.*) Para morirse uno, no lo necesita.

FRUCTU: (*Apoyando la cabeza en su costado como la Piedad de Miguel Angel.*) ¿No ves como eres un chinito maóísta? Siempre tienes que hacer lo que te sale de los cojones.

RASTRO: (*Tragicomico.*) Este pobre corazón ya no resiste más. ¡Pena de vida!

FRUCTU: (*Lacrimoso.*) ¡Venga coño, y te prometo que podrás llamarme Fructu!

RASTRO: Eso, ya no tiene importancia, señor cabo Fructuoso.

FRUCTU: (*Susurrando.*) ¡No, no, no! Fructu, Fructu.

RASTRO: (*Mimoso.*) ¿Fructu?

FRUCTU: ¿Sí?

RASTRO: (*Abogo ficticio.*) ¿Nunca, ni siquiera en un instante, te has preguntado cómo me llamo, verdaderamente?



- FRUCTU: ¿Para qué, si tú eres y serás siempre Rastro?
- RASTRO: ¡No! Lo de Rastro me lo puso una locaza de Almendralejo, que decía que por donde quiera que yo iba, dejaba un reguero de plumas.
- FRUCTU: Mala leche, el de Almendralejo.
- RASTRO: (*Estertores de muerte.*) Mi verdadero nombre es Epifanio.
- FRUCTU: (*Emocionado.*) ¡Epifanio, tan hermoso, tan religioso, tan...
- RASTRO: ¿Fructu?
- FRUCTU: ¿Sí?
- RASTRO: Eres un egoísta.
- FRUCTU: ¿Yo?
- RASTRO: Tú. Y no me llesves la contraria en esta hora de mi muerte.
- FRUCTU: (*Asustado.*) De acuerdo, vale. Pero sobre todo no te alteres.
- RASTRO: ¿Sabes por qué no quieres que me muera?
- FRUCTU: ¡Hombre!, uno con el roce va cogiendo el cariño.
- RASTRO: (*Incorporándose.*) ¡Mentiroso! (*Vuelve a reposar.*) Porque si yo me muero, se jodió la cúspide.
- FRUCTU: También es verdad, pero te prometo, que desde ahora ya no habrá ni cúspide ni pirámides.
- RASTRO: ¿Ni ordenanzas?
- FRUCTU: Las pasaremos por alto.
- RASTRO: ¿Lo juras?
- FRUCTU: Por el Cuerpo.
- RASTRO: (*Vuelto a la vida milagrosamente.*) Está bien, te saliste con la tuya como siempre. Pero, que conste, que si no me muero es por tí, por no quedarte tan solo.



- FRUCTU: (*Estafado.*) ¡Maldito cabrón! ¡Maldita mariquita maoísta! (*Amenazante con el vergajo.*) Ahora vas a probar lo que es la porra de un gris.
- RASTRO: ¿Qué dice el artículo 187 bis, de las ordenanzas internas?
- FRUCTU: (*Infantil memoriza.*) Artículo 187... el 187... ¡Ah, ya! “*El juramento es la palabra del honor, el valor más sagrado para un miembro de este digno Cuerpo. Todo aquel que jurare...*”
- RASTRO: ¡Juraste, Fructu! (*Vacilón.*) Guarda esa porra, no más. Y ahora llegó el momento, tu momento Fructu, el día de tu celebración.
- FRUCTU: ¿Se puede saber qué es lo que hay que celebrar?
- RASTRO: Hummm..., qué coqueto te estás volviendo. (*Ofreciéndole la bufanda.*) ¡Feliz cumpleaños Fructu!
- FRUCTU: (*Enternecido.*) ¡Te acordaste!
- RASTRO: (*Cínico.*) ¿No lo iba a hacer? Cumplir años es una bendición, y te lo dice uno que a punto estuvo de palmar.
- FRUCTU: En cuarenta años de servicio al Cuerpo, nunca tuve un preso como tú.
- RASTRO: (*Azorado.*) Eso lo dices porque estoy delante.
- FRUCTU: Aunque chinito y maricón, tienes un corazón de luna.
- RASTRO: Deja ya de decir memeces, que me vas a ruborizar. Pruébatela. (*Se la anuda al cuello.*) Monísima. Te hace juego con tus ojos grises. (*Descorazonado.*) Pero también con ese jodido uniforme gris.
- FRUCTU: (*Molesto.*) Al uniforme ni mentarlo.
- RASTRO: Me preocupa que tu alma pueda teñirse de ese color. (*Tajante.*) Y ahora, a devolvérmela.
- FRUCTU: ¿No era mi regalo?
- RASTRO: Pues claro, bobo. Pero tengo que destejerla.



- FRUCTU: ¿Para qué?
- RASTRO: ¿Para qué va a ser? Para volverla a tejer.
- FRUCTU: ¿Se puede saber qué jodiura es ésta?
- RASTRO: Para que vuelvas a tener tu regalo de Navidad. Eso sí, con motivos y cenefas diferentes.
- FRUCTU: (*Desilusionado.*) Más de lo mismo.
- RASTRO: (*Con ira.*) Si me das recreo, me doy un garbeo por Galerías Preciados, desagradecido.
- FRUCTU: (*Humilde.*) Una bufanda para Reyes, estará bien.
- RASTRO: Te lo prometo. Que estas manos manejan las agujas como espadas rencorosas, que van dibujando filigranas en el aire. (*Guarda la bufanda y ordena con mimo el ramo de un jarrón.*)
- FRUCTU: (*Con determinación.*) Esta celda necesita orden.
- RASTRO: ¿Me estas llamando guarro?
- FRUCTU: ¡Coño! Es que parece una bombonera y no una celda.
- RASTRO: (*Irónico.*) ¿Lo dices por el damasco o por el terciopelo?
- FRUCTU: Lo digo por las flores.
- RASTRO: ¿Y qué mejor para un preso que las espinas de una rosa?
- FRUCTU: Eso son mariconadas de poetas. (*Va a coger el ramo.*)
- RASTRO: (*Interponiéndose.*) ¡Ni te atrevas! Si deshojas una, te parto el alma.
- FRUCTU: ¿Resistencia a la autoridad?
- RASTRO: Y al Caudillo si se pusiera.
- FRUCTU: (*Infantil.*) ¿Quieres ver como te detengo?
- RASTRO: ¡Como que estoy de vacaciones! Si entre flores me apartásteis entre flores me retendréis.
- FRUCTU: Haber andado por el buen camino, y no por esos parques de Dios.



RASTRO: *(Con rencor.)* Cada culo tiene sus gustos y el mío, en su exquisitez, busca la embriaguez del Galán de noche.

FRUCTU: *(Con rencor.)* ¡Maricón!

*Voces, desde Sol, van inundando la celda. El murmullo se hace cada vez más nítido.*

RASTRO: *(Colgado de los garrotes.)* ¿Qué es esto? ¿Qué se está cociendo ahí fuera?

FRUCTU: *(Orgullosa.)*... ¿Qué podría ser, sino los españoles vitoreando a su Caudillo?

RASTRO: Juraría que lo están abortando. Escucha.

*Voces desde el exterior:* *“Libertad, libertad,  
la que quiera abortar.  
La que quiera abortar”.*

*Otros gritos de manifestación:* *“Por un empleo fijo  
Y no al despido libre”.*

RASTRO: *(Nervioso.)* ¿Oyes?... ¿Estás escuchando? *(Nervioso.)*  
¡Son los sindicatos!

FRUCTU: Verticales, al yugo y las flechas.

RASTRO: ¡No entiendes nada! Estos se explayan a lo largo del horizonte.

FRUCTU: *(Con ira.)* ¡Calla! Sólo escuchas lo que quieres...

*Un coro rencoroso atraviesa los muros de seguridad:*

*Por la igualdad.  
Al bote, al bote,  
machista, el que no vote.*

*El griterío se va difuminando en la lejanía. La celda va quedando a oscuras, con la luz tenue que deja la soledad.*

RASTRO: *(Masticando un presagio.)* Hay algo que no cuadra. Todo esto es de locos, pero mi instinto me sabe a derrota. ¿No ves, que se están manifestando con toda libertad en la puta calle?



FRUCTU: ¡Ya los detendrán, como a ti, y como a todas esas raleas, repletas de degenerados!  
¿Y qué quieres que haga? Ya intentamos arrancar de cuajo a todos estos rojos y maricones. Pero crecéis como la mala hierba.

RASTRO: (*Loco.*) ¡Idiota! ¡Puto, cabrón, que ni siquiera te enteras!

FRUCTU: (*Despechado.*) ¿Y de qué tendría que enterarme? Yo sólo cumplo ordenes, y te aseguro que eso ya es bastante.

RASTRO: Tú y tus malditas ordenes. Por el culo me paso tus ordenanzas. (*De histérico.*) ¡Contesta...! ¿Cuándo me detuvisteis?

FRUCTU: Según el parte cuando te pillaron a la caza del macho en la espesura del Retiro.

RASTRO: ¡Que te follen a ti y al Cuerpo! Digo, que cuánto tiempo hace.

FRUCTU: ¿Es que tiene alguna importancia?

*Como poseso, Rastro busca en cada rincón posible alguna respuesta a su pregunta. Del colchón saca un papel.*

RASTRO: (*Leyendo.*) ¡Hijo de puta!, que tus muertos no encuentren la paz necesaria ni en el fuego de sus almas. Aquí esta la respuesta: (*Leyendo.*) “Epifanio Fernández Expósito, acusado por la ley de vagos y maleantes, el veinticuatro de octubre de mil novecientos setenta y cuatro”.

FRUCTU: ¿Y?

*Desde el ventanuco del entresuelo la emisora lanza su boletín: “Señores y señoras bienvenidos a este dial del 93.2. Un día más con todos ustedes, este veinticinco de noviembre a un tiro de despedirnos del milenio y entrar con mucho ánimo en este año 2000. Pero antes de todo esto es lo que tenemos en sumario”. (La voz va desapareciendo y una mirada amarga desencaja el rostro de Rastro. Silencio total.)*



- RASTRO: (*Delirio.*) ¿Estamos vivos?
- FRUCTU: (*Pellizcándose a conciencia.*) Ya lo creo, coño. Por lo menos yo seguro.
- RASTRO: ¿Y si no somos más que unos fantasmas que recorren estos sótanos de muerte?
- FRUCTU: (*Acalorado.*) Todos los sótanos guardan la mierda para ser únicos, grandes y libres.
- RASTRO: (*Dolorido.*) ¿Grandes? ¿Libres?... ¿Cuánto tiempo hace que no te dan el relevo?
- FRUCTU: Ni lo sé, ni debe importarme. Aquí estoy y aquí seguiré hasta que algún compañero llegue.
- RASTRO: Veinticinco años de guardia ininterrumpida. (*Mira a la ventana con la soledad del que pierde.*) Veinticinco años de mi vida sin sentido. (*Recoge la bufanda.*) Veinticinco bufandas. (*Con dolor.*) Se olvidaron de mí.
- FRUCTU: ¿Y quién coño echaría de menos a un maricón como tú?
- RASTRO: (*Sin rencor.*) Estás jodido, porque también se olvidaron de ti.
- FRUCTU: ¡Eso nunca! Y de nada te valdrá tu juego.
- RASTRO: Gris. El juego gris de nuestros propios espejos. Tú el mío y yo en el que te contemplas. Viejos y se olvidaron de nosotros.
- FRUCTU: Ni así podrás asustarme. Sólo intentas perderme, malmeter por ese estúpido uniforme gris.
- RASTRO: Ni eso vale la pena. Ya es tarde, al menos para tu traje gris.
- FRUCTU: Entonces, ¿en qué nos hemos convertido?
- RASTRO: Mírate, mírame. Dos espectros de un tiempo.
- FRUCTU: ¿Espectros? Yo soy Fructu y tú eres Rastro.
- RASTRO: Sólo somos los últimos de Sol.

*Telón*





## *Justo Vila* (*Helechal, 1954*)

Aquella noche, durante la guardia, Arturo el Chato se reprochó no haber sido él, en lugar de Patricio, quien hubiera salido monte arriba detrás de Nieta para consolarla. Estaba loco por ella, pero era un cobarde. Lo había sido durante toda su vida. Tenía miedo a vivir, a respirar, a ser rechazado, a que un día alguien, que no fuera su amigo Martín, supiese la verdad, su verdad. Examinó con cuidado su vida, su manera de actuar, los años que había conseguido superar sin que nadie llegase siquiera a sospechar que los comentarios narrados sobre su niñez y su juventud eran, en realidad, historias prestadas, confiadas al cuidado de su memoria por otros, y se preguntaba si en alguna ocasión sería capaz de ser él mismo, de actuar en nombre propio, aunque fuese una sola vez en su vida. Pero entonces recordó algo. No había estado en él el origen de la comedia de las crónicas prestadas. Todo había empezado meses atrás, en la cárcel de la Puebla, cuando su amigo Martín el Carbonero... No... Había sido antes, mucho antes. Entonces intentó recordar la primera ocasión en que advirtió que eso sucedía. Creyó que aún vivía a las afueras de Alía, en el camino de Guadalupe...

... Tenía seis o siete años y estaba sentado bajo un castaño al lado de la casa, practicando con el tirachinas, cuando advirtió la presencia de un automóvil azabachado que arrastraba tras de sí una nube de tierra. El coche se detuvo ante la puerta de la casa y de su interior bajaron dos personas desconocidas: un hombre bajo y rechoncho con pantalón gris y blanca camisa y una anciana con los cabellos blancos, completamente vestida de negro. El hombre se quitó el sombrero verde y se secó con un pañuelo perfumado el sudor que descendía por su cuello y sus mejillas. Tenía la espalda completamente mojada, como si acabara de salir del arroyo. Su blanca camisa había adquirido un triste y apagado color grisáceo. Parado ante la casa, se dio la vuelta y miró a la anciana, a las gallinas que picoteaban aquí y allá, el polvo que se asentaba sobre el camino y los árboles, al perro que acudió humilde, moviendo el rabo a izquierda y a



derecha. Y de nuevo miró a la dócil vieja como si sólo fuera una simple sombra.

– En mi vida he visto nada igual... -dijo-. No entiendo que una mujer de bandera, como ésta, haya aguantado tanto tiempo aquí.

Un instante después salía de la baja casucha la madre de Arturo. Llamó al niño.

– Mira, hijo mío, ésta será tu abuela desde ahora. Vas a vivir con ella en el pueblo. Yo me tengo que ir a Badajoz con este señor. Te escribiré a diario y vendré a verte cuando pueda.

La mujer besó a su hijo y, con una triste lágrima en la mejilla, se metió en el coche. El hombre bajo y rechoncho se acercó a la anciana, tomó su mano arrugada y depositó en ella unos billetes gastados por el uso. Luego se dirigió hacia el automóvil, puso en marcha su ronco motor y se alejaron camino de Badajoz. Arturo no volvió a ver a su madre durante los siguientes diez años.

Fue entonces cuando empezó a vivir de prestado: con una abuela prestada, un padre simulado y una madre lejana con la que soñaba día y noche.

El Chato dejó el recuerdo sobre la roca, se incorporó y se alejó unos metros del campamento pensando que a veces ni él mismo llegaba a distinguir la parte de su vida que le era propia y la que era prestada. A fuerza de soplar sobre las pavesas de la memoria y pasar revista al pasado, confundía situaciones, personas y lugares; mezclaba sentimientos, reordenaba partes de su vida, como si de las piezas de un gigantesco rompecabezas se tratara. En más de una ocasión había hablado en la sierra de su primer maestro, de la escuela, la primera comunión, banquetes sin fin, el servicio militar en Melilla, sus conquistas, su queridísima madre, que era la mujer más buena y hermosa que jamás hubiera conocido; de su padre, que había sido alcalde en un pueblo de la provincia de Huelva. Y,



siempre, todos lo habían escuchado en silencio y con respeto, aunque más de uno sabía que Arturo el Chato ni era andaluz, ni había ido jamás a la escuela, ni había comulgado en toda su vida, ni había conocido a su padre. Pero a ninguno le importaba que aquellas cosas fueran un poco verdad y un poco mentira. Lo realmente importante era que el Chato se sentía bien cuando recordaba los mezclados retazos de sus experiencias, que su corazón palpitaba con más fuerza y sus ojos se enternecían al recordar lo cariñoso y bueno que había sido con él su padre.

Algunas de aquellas historias pertenecían en realidad a Martín el Carbonero, al que no le importaba abandonar sus recuerdos en la memoria evocadora del amigo, aunque este cobrara, de tarde en tarde, unos intereses, como si del Monte de Piedad se tratase, pues en su recuerdo estaban mejor custodiadas que en el propio del ataque del olvido y la amnesia.

(De la novela *La agonía del búho chico*,  
Badajoz, Ediciones del Oeste, 2004)



Antes de cumplir los diez años José empezó a subir solo a la sierra con las cabras y los perros (un par de raleas pequeños y nerviosos y un mastín pesado y bonachón). Sobre los picachos racheados del monte Tiro podía ver en conjunto, si el aire estaba limpio, el mágico territorio salpicado de encinas, con horizonte en círculo azulado de cordilleras. Solo en la cumbre, su alma se encogía ante la grandeza del mundo, la luz estallaba en sus ojos y el cielo hundía sus raíces en los montes lejanos. Cuando era más pequeño, creía que más allá de esas montañas se extendía la nada, un vacío que José imaginaba cubierto de niebla. Aquél era el límite sagrado de la Tierra. Y de allí, de la niebla, pensaba José que surgiría un día su padre, como lo había hecho su abuelo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para aceptar que allá lejos, al otro lado de las sierras, había otros mundos, que él sólo podía imaginar análogos al suyo, vastas llanuras un poco onduladas, sólo rotas por los límites de las laderas de acebuches y olivos. La cabeza le dolía cuando se ponía a calcular la grandiosidad del mar, cuyo azul, según su abuelo, sólo podía compararse con el corazón del cielo al descampar después de una tormenta. Su alma se encogía al pensar que más allá de las sierras del fin de su mundo había tierras de hielo, con montañas de hielo, ríos de hielo, un mundo blanco sin días y sin noches. Pero al llegar hasta allí abría mucho los ojos, miraba hacia el sur y se decía a sí mismo que nada podía haber en todos los mundos de la Tierra como Artobas, con sus días y sus noches, el sol arrimaba, la tierra verde y amarilla abajo y las montañas azules al fondo.

Como los límites de la realidad eran tan imprecisos y las horas de soledad en la sierra tan largas, se entretenía imaginando que era el protagonista de algunas de las historias que su abuelo le contaba. Así, en un mismo día, tan pronto se convertía en un marinero cargado de sueños que se embarcaba en Sevilla con destino a las Indias (ya fueran Orientales u Occidentales, que de meridianos aún no sabía el muchacho, y, si la tierra era redonda, según afirmaba el abuelo, realmente no existían ni el este ni el oeste), como que se metamorfoseaba en el Holandés Errante y navegaba sin cesar con la doble carga de sus riquezas y la culpa de un crimen horrendo, por lo que ningún puerto le quería dar albergue; o se reencarnaba en Juan Valverde, el soldado español al que su suegro, un cacique indio, había



regalado una fortuna en barras de oro, que extravió en una gruta de la selva ecuatoriana. La cueva quizá nunca existió, pero él podía situarla en un radio de menos de cien varas.

La mayoría de los personajes que elegía estaban relacionados con el mar, que él imaginaba como un cielo de nubes azules moteado de velas, como el que cubría la inmensa llanura de su infancia y se extendía más allá del círculo opalino de las cordilleras. Así pasaba el día y a veces, entre personaje y personaje, un rayo de luz estallaba en sus ojos, mientras su corazón escribía en el aire el sueño más deseado: por el camino del Zújar avanzaba un jinete solitario que se acercaba, se acercaba, hasta que podía distinguir con claridad el rostro de su padre, curtido por los vientos de cien mares, que regresaba a casa, gigantesco, grandioso, después de haber explorado en las entrañas de la Amazonia los restos de un antiguo imperio desaparecido.

Una tarde, después de encerrar las cabras, a vueltas con las cosas que contenía el viejo arcón de la celda del camarín, el muchacho preguntó a su abuelo si había alguna razón por la que su padre no pudiera regresar a Artobas. < Tienes unas cosas... Volverá, y muy pronto, ya lo verás >, contestó Juan María, dejando en el fondo del arcón el rollo de papeles que tenía en la mano, para pasarla con ternura por los cabellos revueltos de José.

– Cuando se sale de aquí y se cruzan las montañas y la niebla que hay al otro lado y se conoce el mar, debe de ser muy difícil volver- comentó el muchacho.

– Siempre se vuelve - dijo el abuelo -. La mayoría de los que parten lo hacen para vivir, cuando vivir no deja la propias tierra, pero el deseo de volver nunca se pierde, incluso crece cuando uno advierte que se le acerca el final. Es entonces cuando sientes con más fuerza la necesidad de pertenecer a una tierra y a una historia, que sólo están en tus raíces.

Luego José quiso saber la edad que tenía su padre cuando el abuelo lo dejó para marchar a América, pero ahí el viejo sintió como si todo un canchal le hubiera caído sobre la espalda y bajó los ojos. Dentro de su



corazón algo muy secreto y muy doloroso bloqueaba la respuesta. Pronto sin embargo cambió de tema, como hacía cada vez que José le preguntaba por el contenido enigmático de aquella extraña caja de latón que guardaba en el antiguo arcón de madera.

En aquel momento el muchacho volvió a sentir la extrañeza de no ver a su padre y se volvió a apoderar de él un miedo tan ancho y hondo como el que experimentó el día en que descubrió que su abuela materna, que siempre estaba, ya no estaba. Entonces se pasó una semana escudriñando las alturas por ver si la encontraba entre las nubes, pues ella le había dicho que cuando se muriera no la enterrarían, porque iría directamente al cielo. Así que, cuando preguntó por su padre y el abuelo posó la mirada sobre el suelo, como pájaro aterido, y de pronto enmudeció y luego dirigió la conversación por otros derroteros, José sintió que hurgaba de nuevo en su corazón el tizón candente e incendiario de la duda y ganas le dieron de salir corriendo de allí a rastrear el cielo para ver si su padre paseaba junto a su abuela. Menos mal que entonces recordó el día en que escuchó a su abuelo hablando de su padre con el boticario, mientras paseaban alrededor de la ermita. Se referían a él con tal encomio, lo ensalzaban tanto, que José llegó a inflarse de orgullo. Luego también acudieron a su memoria ciertos comentarios que había escuchado un día a unas mujeres del pueblo mientras lavaban en el río. Hablaban de Tadeo el de la Olalla, que así se conocía por allí al padre de José, como si fuera un héroe legendario de aquellos que él inventaba en sus largas jornadas de soledad tras el rebaño. En lo fundamental coincidían las lavanderas y el boticario. Tadeo el de la Olalla se había enfrentado a los amos. Eso al menos fue lo que José oyó decir a Basilio el Sabio una calurosa tarde de julio mientras paseaba junto a su abuelo alrededor de la ermita buscando la sombra. Tadeo Romero se alzó de la tierra, gritó y protestó, según se contaban las mujeres en el río unas a otras. Es muy diferente hablar por detrás que dar la cara. Fue el único que tuvo el valor de seguir llevando sus ovejas a los baldíos cuando cambiaron las leyes y los dueños de la tierra, y si los demás hubieran aguantado como él, otro gallo cantarían. Entonces José sacudió temores y celos y, mientras se decía que ya estaba cerca el día en que su padre aparecería a lomos de un brioso corcel por el camino del Zújar, siguió admirando las cosas que el



abuelo guardaba en el viejo arcón de madera con remaches metálicos y que había atesorado su alma soñadora y aventurera a lo largo de toda su vida.

Había allí junto al arcón, apoyado en la pared, un largo cayado de peregrino que atraía especialmente la atención de José, pues estaba relacionado con una serie de hechos insólitos que coincidieron con el regreso de su abuelo. Entonces el muchacho sólo contaba seis años de edad, pero siempre pudo recordar los prodigios de aquel día con tanto o más detalle que la mayoría de los hombres y mujeres que los presenciaron.

El regreso del abuelo Juan María coincidió con una ausencia, tres plagas y el nacimiento de una leyenda. La ausencia fue la del padre de José, que salió un día de casa, poco antes, y ya no volvió. La primera de las plagas fue una epidemia de cólera morbo, que entró por la raya de Portugal, a través de Olivenza, y se llevó a su paso a cincuenta y dos vecinos de Artobas; la segunda fue la ley de desamortización que arruinó al municipio, al afectar a los bienes de propios. La tercera fue una sequía, como no se había conocido otra en cien años, que agostó los campos e hizo galopar la inflación hasta elevar el precio de una fanega de trigo a cien reales y un pan a cuatro cuartos y medio. La leyenda que nació aquella tarde (el abuelo nunca la desmintió) sostenía que Juan María había aprendido de una tribu amazónica el arte de la lluvia, el lenguaje de los truenos y el idioma del viento.

Aquel día la gente de Artobas había salido al campo en procesión a cantarle coplas a la Virgen de Belén y a rogarle que trajera la lluvia. Regresaban todos al pueblo, con el cura a la cabeza y la fe en el milagro perdida, cuando ocurrieron unos hechos increíbles. Uno de ellos tenía que ver con una niña de seis años de edad, que llevaba muerta en vida casi uno y aquel mismo día, para general asombro, abrió los ojos y anunció que iba a llover. Pero la mayoría estaban relacionados con un hombre que parecía haber brotado de las montañas y avanzaba por el camino del Zújar en dirección al pueblo, escoltado por una banda de grullas.

*(De Siempre algún día)*





*Pilar Galán Rodríguez*  
*Malditas Prisas*

*Y*o no hubiera querido nunca que pasara esto. Menuda vergüenza, qué dirán ahora todos. Sobre todo Felisa. La estoy viendo. No va a querer seguir con lo nuestro, y todo por una tontería, por los prontos que tiene uno.

Si es que estoy que no vivo con lo de la boda, venga boda para arriba, para abajo, elegir el menú, el traje, las invitaciones, menudo rollo. Uno no puede tener la cabeza en todo, creo yo. Las prisas nunca han sido buenas consejeras, lo decía mi madre, que en paz descansa. Si hubiera vivido, esto no habría pasado, se lo digo yo. Mira que acordarme la tarde antes de lo de los anillos. Me dice Elena, has recogido los anillos, y yo que me pongo blanco, primero, luego de todos los colores. Ya se te ha olvidado, eres un desastre. Que no mujer, intento disimular, que no, y trago saliva para no morirme atragantado.

Con una excusa cualquiera, salgo escopeteado de la obra. Casi me caigo del andamio. Cojo el 43, luego el 52, el tráfico imposible, un atasco en la Castellana como quiera. Cinco minutos antes de las ocho gano la final de los doscientos metros lisos. A las ocho en punto, estoy pulsando el timbre de la joyería. La dueña me mira de arriba abajo. Es verdad que voy despeinado por la carrera, sudoroso, que vengo aún con el mono de la obra, que debo de tener cara de loco. Me dice que no con el dedo. Me caso mañana, le grito, por favor, tiene usted los anillos dentro. Hace como si no me oyera y se da la vuelta para atender a una señora gorda a la que se le ha atascado una cadena en el cuello.



Aporreo la puerta. Dejo mi dedo pegado al timbre.

La dueña me mira con cara de susto, pero no abre.

Cojo un adoquín y rompo el cristal. Apenas consigo hacerme entender entre el ruido de la alarma, las voces de la señora gorda y los gritos de la dueña, pobre, empeñada en cargarme con todo tipo de joyas. Intento explicarle que no soy un ladrón, que sólo quiero mis dos anillos, que me caso mañana. No hay forma. Por fin, me los saca de detrás del mostrador.

Pago a pesar de las protestas de la dueña. Pero cuando me estoy dando la vuelta más contento que un ocho, la policía irrumpe en el local.

No hay forma de conseguir que me escuchen. A todo esto la señora gorda dice que soy un drogadicto y que es una vergüenza que gente como yo ande suelta. La dueña asiente. Las dos dicen que las amenacé con un adoquín. Yo intento explicar que no quiso soltarlo para no ensuciar el suelo. Me encuentran encima la navaja de la fruta.

Cualquiera le explica ahora a mi novia que a lo mejor la boda no puede ser mañana. Malditas prisas.



## *Manual de Ortografía*

No preguntas nunca, me acaricias. Dibujas interrogaciones con tus dedos. Me llenas de puntos suspensivos, salpicas la cama de cursivas.

Intento hablar, no me dejas, me tapas la boca con tus manos, me llenas la boca de tus manos, como si atraparas mis palabras, me arrancarás las cosas que quiero decirte y las arrojaras fuera.

Te ríes, juegas conmigo, me moldeas a tu antojo. Me abrazo a ti como un náufrago, mareada por un olor que no conozco, me dejo hacer, te hago, te construyo en cada beso, me muero si me tocas, me muero también si no lo haces.

Luego, abrazada a ti, pregunto, no contestas, no me mimas, no dejas ni un resquicio a la esperanza. Dices, acabará pronto, tiene que acabarse, mientras tus dedos acarician mi espalda, te irás, cuando tú quieras, somos libres. Dejas caer tus palabras con descuido, sin miedo, certeras como dardos, agudas. las recibo en silencio, sin protesta, me dejo hacer. Como siempre, también en esto me llevas ventaja.

Intento hablar, no me dejas, como si nada quisieras saber de mi otra vida. A veces pienso que te importa. Entonces, soy feliz. Otras veces pienso que no, entonces soy terriblemente infeliz. Te digo, me da igual lo que pienses, porque cualquier cosa es terrible, tanto si me dices que mueres por mí como si te soy indiferente. te sonrías. es peor aún que cuando ríes abiertamente.



Luego me ducho rápido, en silencio. Me da vergüenza mostrarte ahora mi cuerpo desnudo. Salgo disparada, sin mirarte, pero aún me queda aguantar tus bromas, tu intento según tú de quitar hierro a los asuntos.

Hace calor en tu casa, no voy a volver nunca, acaba esto tú que yo no puedo, deja de tocarme, no entiendes nada.

A cada duda respondes con certezas. Digo, me hace daño venir. Dices tú, no vengas. no es tan fácil, te contesto. si te sientes mal, no vengas, repites, tan distante que dan ganas de arrojarte a la cara tus caricias.

Hablas mejor que yo, al menos de estos temas, estás acostumbrado a tratar con sentimientos. los vendes, los pesas y analizas, subrayas, recortas, coloreas. Pones negritas y mayúsculas, llevas una base de datos con comillas. De cuando en cuando sacas una frase, la agitas ante mí, la estiras, desempolvás su sujeto y predicado. Esto dijiste la semana pasada. Otra vez prometiste que no iba a pasar nunca más. no te quejes ahora.

No puedo pelear contigo en ese campo. tienes razón. me asustan tus adverbios: nunca, siempre, ahora, sobre todo ese ahora elástico y percedero en que quieres instalar lo que me pasa. Que dure lo que tenga que durar, me dices, eligiendo con mimo las palabras.

Yo me callo. me trago sustantivos, nexos, oraciones enteras. no me atrevo a hablar. Sé que tú tampoco, que lo que me dices no es del todo cierto, que te has blindado contra mí para no hacerte daño. pero te prefería al principio, sobre todo, cuando jurábamos de verdad que las cosas eran imposibles, que nada iba a suceder, que no podíamos ser tan locos. Cuando intento decírtelo, te sonríes. Si sé que vas a dejarme para qué enamorarme de ti, no puedo enamorarme de alguien que no me necesite.



Asiento, con un nudo en la garganta, con un tapón que forman subjuntivos, los si fuera del mundo, los acasos, los ojalá que me prohíbes porque no tienen sentido. Sólo hablamos en imperativos e indicativos. Nunca condicionales, nunca deseos. tu gramática no deja lugar al imperfecto, no caben tampoco los futuros. En tu sintaxis todo es enunciativo, breve, rápido y certero.

Dices, si no quieres venir, no vengas, no me llames, no me busques. sé sensata. No utilizas nunca un adjetivo. tu lingüística está hecha con los años que me sacas, a jirones de otras mujeres, de cosas pasadas, y la impones con energía a tu discípula, sin piedad alguna, por mi bien. Sigue las instrucciones y no saldrás dañada. pero yo no puedo ser tan fría.

Cuando salgo de tu casa, la realidad empieza a conformarse. De nuevo, me digo, de nuevo habrá que empezar a edificar los días, desde abajo, desde justo ese punto del estómago donde nacen las náuseas. La luz de la mañana se derrama como polen de oro, tengo frío, me da miedo la vuelta a casa, los reproches, sentir su boca, saber que la mía sabe a tus palabras, querer gritar, llorar, vaciarme por dentro. Saber también que no puedo, saber que tienes razón, aunque me duela, que te blindas contra mí porque has puesto fecha de caducidad desde el principio, como si mi presencia en tu casa fuera un regalo inesperado, una ofrenda que alguien ha querido hacerte.

Al compás de los días enhebro mi discurso, reparto con cuidado conjunciones, añado núcleos mentirosos, digo: tenemos que dejarlo, me haces daño, pero mi mano se empeña en escribir, acude, corre, dame besos, deja que mi cuerpo nazca para tus dedos, dibuja otra vez interrogaciones, no preguntes.



Salpico mi texto de cursivas, subrayo lo importante, distribuyo mayúsculas y negritas, razono, expongo mi tesis, intento ser sensata, construyo un texto argumentativo, te narro, dialogo, trato de describirte, me convierto en narrador omnisciente, me vuelvo personaje, escribo prólogos y epílogos, me muero por borrarte del índice.

Con mi texto corregido, te llamo el día anterior como una niña, temblando de los pies a la cabeza, presintiendo como siempre que vuelvo a equivocarme. la pasión empieza en el segundo exacto que empiezo a marcar tu número. No estás. La tarde se convierte en una sucesión de horas que deben llenarse hasta la noche, hasta que vuelvas y oigas mi mensaje, y yo sepa que sonrías ante mi voz temblona. o lo que es aún peor, esperar que contestes, sentir el alma en vilo, dormirse sin saber aún que va a pasar mañana.

Contestas por fin. Con mi carpeta a cuestas, voy a tu casa. preparada para ti, por qué engañarme, duchada, con crema, oliendo bien, suave sin querer para tus manos. En la cabeza llevo un memorial de agravios, pero mis dedos se mueren por enredarse en tu pelo.

Luego, como siempre, hago el imbécil. me escuchas, me das la razón, asientes. dices que ya estabas preparado, que lo sabías, me deseas suerte en mi nueva vida, me ofreces café, no preguntas, como si no quisieras saber nada más de lo que digo. me muero. me levanto. me acompañas a la puerta y me derrumbo en el justo instante en que me abrazas, o te abrazo yo respondiendo a un gesto tuyo apenas insinuado.

No preguntas nada, me acaricias, dibujas interrogaciones con tus dedos, salpicas la cama de cursivas. Mi cuerpo es tu folio en blanco,



lo dibujas, lo llenas de palabras nunca dichas, arrancas jadeos y aliteraciones, curvas de entonación, acentos, súplicas, funciones apelativas, imperativos. Me muero en cada palabra que no dices, despierto en cada caricia sin sonido.

No preguntas nada, sólo recorres las páginas con tus manos, borrando subrayados, tesis, conclusiones, riéndote a carcajadas del narrador omnisciente, mezclando descripciones, comas, negritas y mayúsculas.

Y, cuanto estoy vacía, me llenas de nuevo, con tus signos.

Pon punto final,

te lo suplico.



## Junio

Junio es un mes ambiguo. Estamos deseando que llegue pero también que termine. Sus días transcurren lentos, casi se desgranán, como horas maduras que no acaban nunca. Otras veces corren alocados, perdiendo segundos preciosos, robando minutos a un tiempo egoísta empeñado en seguir.

Junio está lleno de madrugadas insomnes y noches de café, de calor imprevisto y tormentas de alivio, de mañanas breves y tardes interminables. Siempre hay alguien estudiando en cualquier ventana, una luz que se enciende mientras casi todos duermen, que se apaga cuando todos despiertan.

En junio, la vida siempre está en otra parte, más allá de las paredes de nuestro cuarto, mucho más allá de los folios y los libros que tenemos delante y que no nos dejan ver lo que espera fuera: las terrazas, el bullicio, la ropa de verano, las hogueras de San Juan y las piscinas con su rumor de niños en cascada. Estudia, nos dice la voz de la conciencia, y estudiamos con la promesa feroz de que un mes más tarde, a lo sumo, todo lo que podemos entrever será nuestro, como una tierra prometida. Llegará julio y se acabarán los exámenes, la alergia y el estrés. Y sí, llega julio y pasa agosto, y de nuevo se repite la historia circular, año tras año, hasta junio, con sus treinta días cargados de deseos en mitad de una carrera de obstáculos.

Junio es el mes del hambre que no se sacia nunca. Nos pasamos sus días suspirando hambrientos por lo que vendrá después, por esa promesa hermosa de las noches de verano, cuando todo parece posible y la vida es aún un regalo sorpresa envuelto en papel brillante. Luego llegará septiembre, pero qué lejos queda todavía.



## *Tq 1 webo*

Hay gente que olvida que las lenguas nacieron para comunicarnos. Y que cada palabra responde a una necesidad exacta, resultado de un proceso de creación que duró siglos, y que en nuestro caso se nutre de ecos prerromanos, gritos de legiones y vocablos árabes. Es una lengua hermosa la que hablamos. Cada término se ha cocido a fuego lento y ha pulido sus aristas en la boca de todos, de Berceo a Delibes, de monasterios a fábricas, rodando entre los dientes de personas que, sin saber escribirlo, amaban su pronunciación sobre todas las cosas.

No es una lengua muerta. Crece cada día con las aportaciones hispanoamericanas y se defiende con uñas y dientes del inglés y sus modas absurdas. Pero, ay, que los topos vienen debilitando cimientos. Y no es precisamente el pueblo llano. He escuchado un castellano hermoso a personas que apenas sabían leer, pero tiemblo cada vez que recibo un documento oficial. Legislación vigente en la actualidad, escribe uno. A nivel de persona escolar, manda otro. Contenidos actitudinales y procedimentales que nos adaptizan por nuestra idiosincrasia regional, nacional y supranacional en la Europa de los pueblos. Así, sin anestesia. Panacea universal, unanimidad total, prever con antelación, optimizar al máximo. Y las redundancias, como piedras, van sepultando las palabras, hasta que dejan de significar por puro agotamiento.

Por eso, cuando me preguntan por los mensajes de móvil, siempre contesto lo mismo. Al menos se entienden. No hacen otra cosa que jugar con la lengua, Y se entienden, vuelvo a repetir. Prefiero 1 bso que un abrazo de persona humana. O 1 tq 1 webo. Dónde va a parar.





*José Antonio Leal Canales*  
*Velocidad del Amor*

A eso de la media tarde del domingo solíamos acudir al Travelling. Aquella tarde estaban allí todos. La pandilla fiel, que huía de la tarde en familia frente al televisor, se daba cita en aquel pub. Era una tarde más de domingo, aunque para mí sería distinta. No había podido borrar de mi mente a Laura: su imagen risueña había planeado en mi memoria confusa, punzando mis sienes al compás del malestar que deja siempre en el estómago el güisqui de garrafa al día siguiente.

La noche del sábado la acompañé a su casa y entré por vez primera hasta el portal. Allí, tal vez por el impulso que añade al corazón la sangre adulterada, cerré mis brazos sobre su cuello y la besé. Espoleado por el consentimiento de su boca rastree su cuerpo, y hubiera seguido de no ser porque ella me detuvo en el instante en que mis dedos afanosos se introducían en su sexo:

— ¡Estás loco! -exclamó sin elevar la voz, y escapó de mis brazos, subiendo las escaleras muy deprisa y dedicándome desde el descansillo una cálida y cómplice sonrisa.

Presentía que esa tarde iba a ser especial porque me serviría para confirmar su aceptación. Ya había pensado en la fórmula que me haría apartarme con ella de los otros: tenía aprendida la frase de memoria. No había nada más importante para mí que volver como un náufrago a la sed de su boca. Pero ella parecía ignorarme. No tuvo para mí ni tan siquiera una mirada. Pensé que podría estar arrepentida de lo sucedido, pero me fastidiaba más que eso que se acercara continuamente a Jorge, que todas sus palabras fueran para él,



que lo eligiera de pareja para jugar al billar americano. Ese coqueteo con él me fue calentando la sangre al mismo tiempo que el alcohol. Me di cuenta de que estaba bebiendo más rápido que nunca.

Decidí desafiar a Jorge a una partida, más con el fin de apartarlo de ella que de ganarlo. Sin embargo, no conseguí ninguna de las dos cosas. Me ganaba sobradamente y se jactaba de ello, al tiempo que entre él y Laura se cruzaban miradas de complicidad, sonrisas sospechosas que me erizaban la piel y me caldeaban más la sangre.

Con toda la intención del mundo hice palanca con el taco y golpeé la bola en la base, logrando que ésta saltara de la mesa y se perdiera dando botes por el suelo.

— Lo siento -alcancé a decir, sin sentirlo lo más mínimo-. La verdad es que hubiera deseado que la bola golpeará en el rostro de Jorge, o tal vez en el de Laura. Una vez más el carácter me vencía. Intenté contenerme, contar hasta diez y respirar hondo, como siempre me aconsejaban los que me conocían. Pero las bromas que sucedieron al incidente me alteraron más.

— Hoy no es tu día, tío -me dijo Jorge. El coro que la risa de Laura hizo a su frase me llevó a interpretar su sentido más allá de su mero significado, pero no hubiera dicho nada de no ser porque Jorge remató la faena:

— ¡Qué desastre! -dijo, con un gesto de superioridad que hizo que mi respuesta brotara al instante, sin pensarla dos veces:

— Tú eres el único desastre -le dije, en tanto apuntaba a su pecho con la punta del taco.

Jorge no esperaba esta respuesta, por eso se paró un instante, sin dejar de apuntar a la bola negra, la única que le quedaba sobre el tapete verde, y me miró de reojo:



— Lo que te pasa es que no sabes mear lo que bebes -dijo, y golpeó la bola con tal seguridad que ésta marcó en su recorrido los puntos exactos de las bandas y se coló sin remedio por el agujero que le correspondía.

Advertí que la concurrencia del local estaba atenta. Todos habían aparcado un instante sus conversaciones de trámite y esperaban el desenlace de la nuestra. Eso me envalentonó, al tiempo que empezaba a notar en mi cabeza los primeros efectos del alcohol.

— ¿Te haces el chulo por ganar la partida? Tal vez sea a lo único que puedas ganarme -le dije claramente, en voz alta para que lo oyeran todos. Tuvo que dolerle, porque cambió el tono de la voz:

— Yo a ti puedo ganarte a lo que quieras -me dijo, algo nervioso.

Andrés intentó aproximarse a mí con ademanes de conciliador, siempre él tan comedido, pero lo aparté sin contemplaciones con el brazo y dejé que advirtieran que iba en serio:

— Por ejemplo, en qué -lo desafié.

— Te repito que en lo que quieras, imbécil -me gritó.

El insulto me molestó menos de lo que él pudo creer, porque ya tenía pensada la oferta que iba a hacerle:

— ¿Tienes el coche? -le pregunté, sabiendo que no iba a parte alguna sin el Ford de su padre.

— Sí -me contestó con frialdad.

— Moreda, ida y vuelta: la meta aquí -dije, señalando con el dedo la mesa de billar y apurando el güisqui.



Algunos sellaron la apuesta en el instante: El último paga una ronda, oí decir a Enrique. Hay quienes saben sacar partido de las situaciones más insospechadas. Están locos, dijo una voz femenina a la que nadie hizo caso. Ya nadie iba a impedirlo, tentar a Jorge con la velocidad era un remedio infalible. Presumía de ser el mejor conductor de la pandilla, no obstante había participado ya en algún rallye. Era su orgullo, por eso no podía negarse.

Lo vi salir decidido, y a Peter tras él, reclamando como un niño su condición de testigo y copiloto. Cualquier cosa que tuviera emoción era un aliciente para Peter, al que nada le asustaba. Ahí estaba si no, para demostrar su valentía, su capacidad para imitar a los clavadistas de Acapulco, lanzándose al río desde el puente romano, entrando limpiamente entre las aguas dulces plagadas de riscos y saliendo a flote, después de algún tiempo de incertidumbre, con una sonrisa de triunfo muy blanca entre los dientes. Él acompañó a Jorge. Yo no sabía aún quién se atrevería a venir conmigo. Por eso me sorprendió que Laura abriera la puerta y se sentara a mi lado con un gesto de fastidio.

— ¿Dónde vas tú? -le dije, más como negativa que como pregunta.

— Donde tú vayas -me contestó.

Confieso que no he entendido nunca a las mujeres, aunque su respuesta me resultó un halago. Pero mi orgullo estaba picado todavía y no iba a ceder. Estaba dispuesto a ganar la carrera, tenía que demostrar que era capaz o quedaría como un niño ante los otros. Si Laura quería acompañarme, era su problema.

Apenas pasé el último semáforo de la Avenida, apreté a fondo el acelerador. La carretera de Moreda se iniciaba en el primer cruce a la derecha, internándose enseguida en la sierra. De aquí en adelante



empezaban las curvas, la mayoría de ellas de escasa visibilidad. Me dolía un poco la cabeza y la carretera estaba mojada por la lluvia anterior, dos cosas en mi contra, sin contar la pericia de Jorge. Contra todo eso yo sólo podía oponer mi orgullo, pero me bastaba para convencerme de que podía ganar. Puse mis cinco sentidos en la carrera, por eso me resulta difícil recordar lo que pasó. Sé que empezó a llover de nuevo, cada vez con más fuerza, y me resultaba difícil mantener la estabilidad del coche en las curvas. Laura estaba cada vez más nerviosa y se agarraba con desesperación en el asiento, intentando frenar inútilmente con un movimiento reflejo de su pie derecho.

El trayecto hasta Moreda me resultó muy corto. Jorge no había intentado adelantarme todavía, aunque me seguía de cerca. La lluvia había alejado a la gente de las calles y el pequeño pueblo parecía estar abandonado. En el momento de girar en la plaza, dando la vuelta a la rotonda de la Cruz, Jorge me adelantó poniendo en práctica su mejor dominio del volante. Yo no cedí. Seguí detrás de él a escasa distancia, intentando aprovechar el mínimo resquicio para adelantarle. Apenas había tráfico y eso me facilitaría la maniobra. En una de las contadas rectas miré al salpicadero y me di cuenta de que la aguja marcaba 160 kilómetros por hora. Mi primera intención fue levantar el pie del acelerador, pero no lo hice. Me distrajo la lluvia, que empezó de nuevo a golpear en los cristales. A partir de ese momento todo fue muy rápido y confuso. No sé lo que ocurrió. Entre mis ojos y el asfalto sólo había gotas de lluvia que el limpiaparabrisas no podía eliminar del todo en su máxima potencia: tris-tras, tris-tras, tris-tras. Nada más una palabra ocupaba mi mente: ¡ganar!, ninguna otra cosa me importaba en el mundo en ese instante. Sin hacer caso a la señal de prohibición, adelanté al Ford negro de Jorge en una curva y aceleré a fondo. En ese momento vi la posibilidad de ganar: Apenas unos kilómetros más y estaría bajo las luces de la Avenida. A partir de ahí empezaba el tráfico y Jorge no tendría nada que hacer. La victoria estaba a punto de ser mía.



Sólo hasta ahí recuerdo claramente; luego apenas sé lo que pasó. De repente el movimiento se hizo lento, mi cabeza flotaba en un espacio sin gravedad donde las cosas se habían vuelto del revés: el techo estaba abajo, el suelo arriba y el limpiaparabrisas -tris- arrastraba a duras penas las gotas rojas de la lluvia -tras-. Mi cuerpo había quedado atrapado entre un amasijo de hierros y no podía moverme. Tuve que hacer un gran esfuerzo para girar levemente el cuello a la derecha y descubrir los ojos abiertos de Laura, que parecían mirarme desde otro mundo.

(Del libro de relatos *Maneras de morir*, 2001)



## *José Ramón Alonso de la Torre*

### *El “Putín” de Ceclavín*

*M*i abuelo fue el verdadero inventor de las páginas amarillas. Para ser más exacto, se trataba de una sola página de papel muy fino y color limón donde se recogían los nombres de los usuarios de los teléfonos de Ceclavín. Es decir, había una guía telefónica de la provincia de Cáceres, que en aquellos años 60 llevaba muy pocas hojas, y había una página amarilla elaborada por mi abuelo. En la guía venían los 100 abonados ceclavineros con sus nombres y apellidos, pero la verdad es que nadie la usaba en el pueblo. ¿Porque quién conocía a Pérez de Sande, F.? Pues nadie. Pero si decías la Paquera, todo el mundo sabía a quién te referías. Así, Redondo García, J. no era otro que Jacinto Canchalá y la entrada telefónica Rosado Romero, F. correspondía ni más ni menos que al famoso Paco Porcelana.

Ya he contado alguna vez que mi abuelo sólo dejaba la central telefónica a la una del mediodía y a las ocho de la noche, cuando se acercaba a tomar un vino de pitarra al bar de Rafael. En vacaciones, cuando lo visitaba, eran los mejores momentos del día porque me dejaba solo ante el peligro. Atender aquel despacho telefónico era, si no peligroso, sí enrevesado para un adolescente que desconocía la amplia lista de motes, apodos y remoquetes del pueblo. El caso es que salía mi abuelo, empezaban a sonar los avisos y yo me hacía un lío. Nadie sabía el teléfono al que llamaba, sino que me lo pedían por el apodo. “Guapino, ¿ya se ha ido tu abuelo a tomar las once...? Anda, ponme con Cipriano el Pelillo o con Antonio Clavija, que tengo que reservar sitio en la DKV para ir mañana a Cáceres”. ¡Y a padecer...! Porque en la guía no venían esos nombres y los abonados no se sabían los teléfonos ni mucho menos estaban dispuestos a buscarlos en aquella guía cuyo orden alfabético les destrozaba el entendimiento.



Pero mi abuelo era hombre de recursos e inventó la página amarilla para que su nieto pudiera ejercer de telefonista durante las vacaciones de Semana Santa. En aquel folio de limón se recogían los apodos por orden alfabético y al lado, el teléfono. Bagacho, el orive, el 22; Juana Cebolla, el 17; doña Empera ‘la alcaldesa’ (apócope de Emperatriz), el 2; Guiña la carnicera, el 66; el Kiriko y la Kirika, el 13; el Periquitín y su madre, la Periquitina, el 57; Puchero el del comercio, el 9... Ni que decir tiene que aquella página amarilla era una delicia y que cada día la repasaba como si fuera un cuento fabuloso lleno de personajes con nombres de gallos, de frutas, de pájaros y de emperatrices.

Había algunos números cuyos dueños no tenían apodos, pero sí nombres muy antiguos, de esos que sólo salen en las novelas de Pereda o de Galdós, nombres que no olvidaré jamás y que resuenan en mis oídos en las tardes de otoño, cuando dan las ocho y te envuelve la melancolía mientras aguardas la hora del Telediario. Si me callo, aún puedo oír a los abonados solicitándome nombres recios: “Anda hijo, ponme con Aquilino, con Nicanor, con Arsenia, con Forita (Telesfora), con Blasia, con Doroteo...”

Pero entre todos aquellos motes y remoquetes hay dos que 35 años después de oírlos por primera vez siguen provocándome una particular extrañeza: el de la Clementa Tía y el de la Patroputina. Bueno, antes de seguir adelante quiero pedirle, amable lector, que no se asuste. Ya sé que esta antología es muy respetable y nada más lejos de mi intención que el utilizar tacos y palabras bajas en este texto evocador. Así que vaya por delante que lo de Patroputina tiene tanto que ver con algún viejo oficio como el apellido del presidente de Rusia, señor Putin.

El caso es que les hablaba de ese mote tan singular de la Clementa Tía. O sea, no la tía Clementa, sino la Clementa Tía. Aún no ha habido un ceclavinero capaz de explicarme la razón o sinrazón de posponer el parentesco o tratamiento cortés de doña Clementa, que por cierto,



tenía el teléfono 60 y era madre de la Patroputina, que a su vez respondía en el 5, dejando el teléfono número 6 a su tía María Guerra, que llevaba el parentesco (tía) en su sitio y el apodo bélico donde corresponde: tras el nombre. ¿Pero qué me dicen de la Patroputina? ¿Cómo explicar un apodo tan devastador que, sin embargo, en Ceclavín no escandalizaba a nadie, ni tan siquiera a la propia doña Patrocinio?

Parece ser que todo provenía, como casi siempre sucede con los mote, de muy antiguo. Exactamente de cuando a algún lugareño se le ocurrió motejar a aquella familia como los Putines. Pero no me pidan más explicaciones porque ni las tenía entonces ni las tengo ahora. Sí recuerdo que te llamaban al teléfono y te decían: ‘Nietino del señor Pedro, ponme con el Putín’. Y yo, tras escandalizarme, me santiguaba, metía la clavija en el 69 y le daba a la manivela. Al escuchar el dígame, daba el aviso: ‘Señor Putín, que le llama su cuñada la Clementa Tía’. Y los dejaba conversando de higos pasos, de uvas de gen portugués, de aceitunas de verdeo...

Recuerdo que en alguna ocasión me armé de valor y le pregunté a mi abuelo por el origen de aquel sobrenombre tan escandaloso para mí, tan cotidiano para el pueblo. Pero mi abuelo ponía cara de extrañeza y lo explicaba con el peso aplastante de la lógica rural: “Se llaman el Putín y la Patroputina porque son de la familia de los Putines. ¿Por qué se iban a llamar así si no?”. Yo esbozaba un ;aaaaaaah! muy largo y me callaba. Ha tenido que pasar casi medio siglo para entenderlo todo o, cuando menos, para tener una miserable teoría en la que apoyarme: como Ceclavín fue tierra fronteriza de contrabandistas internacionales, mercenarios y soldados de fortuna de medio mundo y como los antepasados del presidente de Rusia, Vladimir Putin, fueron gente muy viajada, no me extrañaría nada que Vladimir fuera pariente lejano de la Patroputina, de la Clementa Tía y del mismísimo Periquitín. La próxima vez que vaya a Ceclavín he de buscar la página amarilla de mi



abuelo. No me extrañaría nada que hubiera en ella algún Vladimiroputín, sobrino de la Clementa Tía, cuñado de María Guerra y colega de sangre azul de doña Emperatriz.

## *Las casas de la duda*

El musgo disimula su pureza verde bajo la mata jacarandosa de helechos. Al socaire de un roble, culebrea un regato. Lloro el castaño, tiembla el aliso, se mece el chopo. Hay un cascabeleo de abedules y los álamos se han puesto a charlar. Alguno diría que estamos en un valle del norte cacereño, pero resulta que nos encontramos en Valencia de Alcántara y recorreremos las alquerías de la frontera. Viajamos hoy por una estrecha carretera rodeada de una vegetación de monte bajo y ribera, entre huertos húmedos y praderas lozanas. Buscamos unas aldeítas blancas de nombres lindos: Jola, Alcorneo, Aceña de la Borrega, Lanchuelas... Pueblecitos que no llegan al centenar de habitantes, pero que conservan su arquitectura popular, su silencio y su atmósfera caprichosa y voluble de humo de chimenea, niebla de otoño y piedra antigua. Paramos en Lanchuelas a comprar queso de cabra y seguimos acercándonos a la sierra quebrada. En Aceña de la Borrega nos detenemos a comer en un restaurante que se llama Los Dólmenes: techos de madera, chimenea acogedora, baldosas de barro, paredes de amarillo suave, mesas con sobremanteles blancos y manteles azules, correcta cubertería, decente cristalería, vajilla normalita de Arcopal blanco y servicio profesional e inteligente. Nos ponen unos ricos entrantes que no nos cobran (aceitunas 'machacás' y chorizo blanco, también invitan a los clientes a los chupitos). Tomamos un delicioso arroz con liebre caldosito, una sopa de pollo de campo exquisita y solomillos fastuosos de ternera y jabalí con guarnición de patatas fritas y setas rehogadas.

Aunque el restaurante por antonomasia de esta comarca, es la tienda-comedor de Mari. La raya depara sorpresas como esta irrepetible casa de comidas de Emilio y María, situada en Aceña de la Borrega. Está dividida en dos ambientes: a un lado, la tienda-comedor, donde entre



escobas, botes de suavizante Cariño y banastas de tomates se disponen seis mesas con faldilla y brasero bajo cuatro bombillas desnudas con adornos navideños. Mientras Mari coloca ante los comensales una botella de gaseosa La Antoñita, un vino peleón para machotes y un bol rebosante de ensalada, los paisanos entran a por el pan, el tomate frito y los packs de papel higiénico. Mari no se amilana con el jaleo y recita la carta, que no varía desde cuando Viriato cazaba romanos por estas tierras. A saber: conejo, cordero, cabrito y pollo. Las bandejas de carne llegan a la mesa cubiertas de un manto delicioso de gajos gigantes de patatas fritas. De postre, unas natillas PMI, un flan Dhul o cualquier otra golosina de las estanterías. Si se prefiere helado, Mati saca toda la oferta del arcón, la deposita en una bandeja de acero inoxidable y voilà: self-service. Tras pagar casi nada por la comida, café incluido, hay que visitar el otro ambiente del local: la taberna, donde Emilio despacha cervezas con tapas de pisto y los paisanos juegan al tute seseando en portuñol. Las sillas son de enea; los techos, muy bajos y de madera; las mesas, camillas con braseros... Dos trancas con campanos penden sobre el mostrador, calendarios de chicas despelotadas cuelgan de las paredes y un melón reposa en lo alto de la escalera.

Después de Aceña, el paisaje se abre a la llanura. Al fondo se adivina Alburquerque y la vegetación se torna mediterránea. Si giramos a la derecha, tras subir y bajar, llegaremos a una hondonada entre pinos donde se encuentra Jola. Si seguimos recto, nos espera Alcorneo con el bar-tienda de Genaro, que fue ultramarinos, salón de baile y centro social de la aldea. Ángela es la esposa de Genaro y la heredera de este negocio centenario. Cuenta que no quedan más de 60 vecinos, pero tienen dos industrias: la de embutidos de Genaro y la de aceite de Miguel. En estos días de recogida de aceituna, cada día llegan cerca de 400 coches de Portugal y de Alburquerque con aceituna para la almazara. Genaro es el alcalde pedáneo y en la barra de su bar, entre chato y chato, se cuentan historias de Alcorneo. De cuando en tiempos de contrabando venían los mochileros del café a comprar tocino y pan



para el camino de tres días a pie hasta Cáceres, de cuando en 1990 levantaron entre los vecinos la iglesia. Es la frontera, tierra de nadie, tierra de todos.

Dejamos a Genaro sirviendo chatos, zigzagueamos entre pistas laberínticas y buscamos la espesura. En lo intrincado de un bosque de fresnos, pinos, castaños y chopos. Junto a un regato enrevesado y caprichoso. En las faldas de las sierras Fría y de la Peña. Allí, justo allí, está Casas de la Duda, entre las alquerías de la frontera, en una de las comarcas más desconocidas de España, en el confín de la provincia de Cáceres lindando con Portugal. Cruzamos varios pueblecitos dispersos, con una docena de casas y un puñado de vecinos, levantados al socaire de un robledal o en la hondura de valles recoletos. Todas estas tierras pertenecen al ayuntamiento de Valencia de Alcántara. ¿Todas? Antes de la última curva española de la carretera Madrid-Lisboa por la cuenca del Tajo, una pista retorcida se pierde a mano izquierda. Si seguimos por ella poco más de un kilómetro llegamos a El Pino, la más antigua de estas alquerías fronterizas. En El Pino no viven más de 80 personas, pero la aldea fue ayuntamiento hasta 1861. Una iglesia dedicada a la Inmaculada certifica su esplendor pasado. La pista asfaltada gira a la derecha y se convierte en camino forestal pedregoso. Tras dos kilómetros de ascensión se vislumbran entre los árboles cuatro edificios sencillos: las Casas de la Duda. Teóricamente, pero sólo teóricamente, dos pertenecen al ayuntamiento extremeño de Valencia de Alcántara, y otras dos, a la cámara municipal alentejana de Portalegre. Segundo lo explica gráficamente: "Unos íbamos a arreglar los papeles a Valencia y los otros, a Portalegre". Pero las cosas no están ni estuvieron nunca tan claras.

Segundo Silva Reyes es tan dudoso que sus abuelos eran portugueses y sus padres, españoles. Ha vivido en Casas de la Duda desde los ocho años hasta que se jubiló, hace siete. "Subí a cuidar unas cabras cuando la guerra. Me casé y estuve allí toda la vida con las cabrinas y un cacho



huerto. Tuve cuatro hijos y a los cuatro saqué adelante", repasa su vida. Segundo es medio español, medio portugués. En él se resumen los misterios y encantos de las Casas de la Duda, un enclave indefinido del que no se sabe si pertenece a España o a Portugal. Segundo expone la versión más extendida por la raya extremeña: "Por esta sierra no hay muchos hitos fronterizos; costaba mucho subirlos hasta aquí. Se entiende que la frontera la marca un regato que pasa por las Casas, pero justo ahí da la vuelta y no se sabe qué es España y qué es Portugal".

Esta indefinición fronteriza luso-española no es única. En Ourense, alrededor de los lugares de Santiago, Rubiás y Meaus, hay una pequeña comarca llamada Couto Mixto, que hasta 1864 fue la Andorra gallega: sus habitantes no hacían la mili y los bandoleros que allí se refugiaban no podían ser perseguidos, ni tampoco los contrabandistas de su camino real. Ese año, los pueblos del Couto Mixto pasaron a España pese a sus habitantes, que perdían las ventajas de la duda. Aún queda un monte sin delimitar y unas islas fluviales cerca de la desembocadura del Miño que no está claro a qué país pertenecen. Pero Casas de la Duda era un enclave tan perdido y tan insignificante que las Comisiones Mixtas de Límites previas al Tratado de Lisboa de 1864 no le prestaron atención. Su minúscula población siguió disfrutando de la bicoca de no saber bien dónde se encontraba. En los años de la emigración a Alemania y Suiza, la dictadura de Salazar denegaba el pasaporte a los jóvenes para que no pudieran librarse de una mili en las lejanas y crueles guerras coloniales de Angola y Mozambique. Pero los de las Casas de la Duda, los dudosos, no tenían ese problema: conseguían pasaporte español y se libraban.

Escuchando a Segundo Silva detallar los últimos movimientos demográficos en Casas de la Duda se intuye el pitorreo transnacional: "Vamos a ver. Hasta hace nada, vivían allí Manuel y Vitorino, que eran portugueses y ocupaban la casa portuguesa. Y estaba el tío Velliña, que tenía nombre y apodo portugués, pero habitaba una casa española.



También vivía yo, de abuelo portugués y padre español, en mi casa española, y el tío Joaquín Bigares, que nació portugués pero, sin cambiar de casa, se apuntó en España”. La dudosa casa del tío Bigares tenía alcoba lusa y salita española. Te lavabas en Portalegre y cocinabas en Valencia de Alcántara.

Los tiempos han cambiado. Las fronteras casi se han borrado y vivir en Casas de la Duda ya no depara tanta ventaja. Llegar hasta allí es incómodo y, en los inviernos duros, hasta peligroso. Faltan servicios elementales. Con la desaparición de la excitante economía fraudulenta de la frontera, las alquerías de la raya resisten gracias a las subvenciones. Según José Luis Gurría, profesor de Geografía del Territorio de la Universidad de Extremadura, esta sigue siendo la frontera más pobre de Europa. La sensación de periferia y alejamiento es tan grande que los hermanos Fernández Carballo (de nuevo mezcla luso-española) han bautizado su restaurante de La Codosera, el último en tierra española y uno de los más acreditados de la comarca, con el nombre de El Quinto Coño.

Pero en Casas de la Duda la vida sigue adelante, aunque sólo quede un dudoso. Se llama Manuel Blázquez Silva, es sobrino de Segundo y vive del campo y la ganadería. “Hasta hace poco, precisa Segundo, vivían también allí el español Larín y el portugués Junuario. Larín se fue a San Vicente de Alcántara y sólo se acerca por las Casas de la Duda en fin de semana. Y Junuario, como lo atacaron dos veces los bandoleros, acabó vendiendo sus tierras y se marchó a Portugal. Los nuevos dueños, que no las cultivan, le permiten sembrarlas. Sólo va por allí, con mucho miedo, para labrar”. ¡Bandidos! Es lo que le faltaba a Casas de la Duda para envolverse aún más en la leyenda. Junuario fue víctima de una partida de bandoleros de la montaña por partida doble. La primera vez fue un robo; la segunda se vino abajo: llegaron tres desconocidos, se presentaron como campesinos, se interesaron por el lugar de donde Junuario cogía agua y, en el mismo regato que debiera delimitar la



frontera, lo amarraron, le desvalijaron la casa y se llevaron una cantidad de dinero que Junuario nunca precisó, pero que los sabelotodo de la raya calculan en varios miles de contos (un conto: mil escudos, 4,8 euros). ¿Y los bandoleros eran portugueses o españoles? Segundo, dudoso, se encoge de hombros: “Cualquiera lo sabe”.



## Notas Biográficas

### *José Ramón Alonso de la Torre*

Nació en Cáceres. Estudió en su ciudad natal, en Zamora y en Salamanca, donde se licenció en Filología Hispánica. Desde 1981 es profesor de Lengua y Literatura de Secundaria. Desde 1986 ha sido colaborador diario de diversos periódicos. Comenzó en La Voz de Galicia y, tras escribir en Diario de Mallorca, Diario de León, Diario16, El Periódico Extremadura y El Periódico de Cataluña, actualmente escribe cada día una columna en el periódico Hoy de Badajoz. Ha publicado dos libros sobre géneros periodísticos y las características de un periódico en Ediciones Lea y en la editorial de la Xunta de Galicia. En 2006 publicó el libro de viajes *La frontera que nunca existió* en la Editora Regional de Extremadura, que lo reeditó en 2008 en edición de bolsillo. También ha participado en el libro colectivo 'Extremadura' de la editorial Lunwerg con otros escritores como Luis Landero, Javier Cercas, Julián Rodríguez, Antonio Sáez o Anaxu Zabvalbeascoa. Su última obra es un libro sobre los alimentos de Extremadura, donde realiza una aproximación literaria a cada uno de los productos gastronómicos característicos de su tierra. Es presentador del programa de Canal Extremadura 'Entre vinos' y participa en las tertulias matinales del programa 'El día es nuestro', también en Canal Extremadura.



## Luis Álvarez Lencero

Nació en Badajoz en 1923 y murió en Mérida en 1983. Fue poeta y escultor. De procedencia campesina, compaginó la poesía y el trabajo. Publicó en revistas como *Alor*, *Alcántara*, *Anaconda*, *Gévora*, *Caracola* (de Málaga), *Malvarrosa* (de Valencia), o en la revista griega *Poésie sans frontières*. En su producción poética predominan los poemas de corte social y los surrealistas. Entre sus obras destacan *El surco de la sangre* (1953), (1957), (1961), *Tierra dormida* (1969), (1971), (1973), *Antología poética* (1980), *Homenaje a Extremadura* (1981), *Poemas para hablar con Dios* (1982), *Humano* (1982), *Obras escogidas* (1986), *Obras completas* (1988).

## Ángel Campos Pámpano

Nació en San Vicente de Alcántara en 1957. A su importante labor poética, hay que añadir la de dinamizador cultural a través de la creación de revistas, la organización de lecturas poéticas y de encuentros fronterizos con Portugal. Fue cofundador de la revista *Espacio/Espaço escrito*. Destaca también su faceta de traductor de autores portugueses como Pessoa, Antonio Ramos Rosa, Carlo de Oliveira, Eugenio de Andrade y Al Berto. Sus obras más destacadas son *La ciudad blanca* (1988), *Como el color azul de las vocales* (1993), *Siquiera este refugio* (1993), *Poemas* (1996), *De Ángela* (1996), *La voz en espiral* (1998), *El cielo casi* (1999), *Por aprender del aire* (2003) y *La semilla en la nieve* (2004) galardonada en 2005 con el Premio Extremadura a la Creación. En 2008 la editorial Calambur ha editado su poesía completa con el título *La vida de otro modo*. También en 2008 le fue concedido el Premio Eduardo Lourenço de Guarda (Portugal) por su trabajo en favor de la difusión de la cultura portuguesa. Lo iba a recibir el 27 de noviembre, pero murió el 25 de noviembre de 2008, dos días antes, a los 51 años de edad.



## Javier Cercas

Nació en Ibahernando (Cáceres) en 1962. Es conocido y apreciado por sus textos periodísticos, artículos de culto publicados luego bajo un título muy significativo: *Relatos reales* (2000). Ha publicado *El móvil* (1987), *El vientre de la ballena* (1997), *El inquilino* (1989), la colección de artículos *Una buena temporada* (1998) y, sobre todo, *Soldados de Salamina* (2000), novela por la que el autor alcanzó una gran popularidad y reconocimiento crítico a nivel internacional. Posteriormente ha publicado *La velocidad de la luz* (2005) y *La verdad de Agamenón* (2006).

## Juan Copete

Nació en Mérida en 1961. Es Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Extremadura. La irrupción de Juan Copete en los escenarios vino de la mano de la obra *Las maduras*. Sus obras más destacadas son *Aguas tan frías que hielan el corazón* (1999), *Aullidos* (2001) y *Al calor tibio del frío andén* (2002). En 2002 puso en escena, junto a Miguel Murillo, *Las Parcas*. También ha compuesto textos como *La Albuera: Historia de amor y muerte*, sobre la Batalla de La Albuera (Badajoz), o *El motín de Aranjuez*, sobre el mismo acontecimiento histórico. En 2003 apareció su obra de gran éxito que aborda el tema de la recuperación de la memoria histórica *Soliloquio de grillos* y su montaje teatral *Estrebejí*.

## Dulce Chacón

Nació en Zafra en 1954 y allí pasó su infancia hasta que se trasladó a Madrid con su familia. Trabajó con el mismo éxito la narrativa y la



lírca. Sus obras más importantes en prosa son *Algún amor que no mate* (1996), *Blanca vuela mañana* (1997), *Háblame, musa, de aquel varón* (1998), *Cielos de barro* (Premio Azorín, 2000) y *La voz dormida* (2002). En poesía destacan *Querrán ponerle nombre* (1992), *Las palabras de la piedra* (1993), *Contra el desprestigio de la altura* (Premio Ciudad de Irún, 1995) y *Matar al ángel* (1999). Murió en Madrid en 2003.

## *Jesús Delgado Valhondo*

Nació en Mérida en 1909 y murió en Badajoz en 1993. Fue maestro y ejerció su profesión en distintos pueblos de la región. Vivió en Cáceres, Mérida y Badajoz. Se sentía orgulloso de ser extremeño y nunca renunció a sus raíces, siendo precisamente el paisaje extremeño inspiración para sus poemas. Sus obras más relevantes comienzan a aparecer a partir de la década de los cuarenta. Entre ellas destacan (1944), (1950), *La esquina y el viento* (1952), *La muerte del momento* (1955), *Canto a Extremadura* (1956), *La montaña* (1957), *Primera antología* (1961), *El secreto de los árboles* (1963), *¿Dónde ponemos los asombros?* (1969), *Cerrada claridad* (1973), (1974), *Entre la hierba pisada queda noche sin pisar (Antología)* (1979), *Un árbol solo* (1979), *Inefable noviembre* (1981), *Poesía (1943-1988)* (1988) y su obra póstuma publicada en 1994. Colaboró en prensa y fue también un inspiradísimo autor de cuentos en los que se mezclan lo popular, la ternura y el humor, y que tratan temas esencialmente poéticos.

## *José Manuel Díez*

Nació en Zafra en 1978. En 2004 apareció su primera obra *42* y en 2006 obtuvo el premio Cáceres Patrimonio de la Humanidad con su



poemario *La caja vacía* publicado en la editorial Visor. José Manuel Díez forma parte del grupo musical 'El desván del duende'. Ha colaborado en diferentes publicaciones y recitales con poemas y también con relatos cortos que han tenido muy buena acogida por su estilo directo y su temática cercana.

## *Diego Doncel*

Diego Doncel nació en Malpartida (Cáceres) en 1964. Ha colaborado como crítico literario en el diario El País, y los suplementos literarios ABC-Cultural, Culturas y actualmente en El Cultural del diario El Mundo. Como poeta ha publicado *El único umbral* (Madrid, Adonais, 1991) que recibió el Premio Adonais en 1990. En Tusquets publicó en 1996 *Una sombra que pasa*, y su último libro de poemas *En ningún paraíso* apareció en la editorial Visor de Madrid en el año 2004. Este libro acaba de salir publicado en Lisboa (Editorial Averno) en edición y traducción de Joaquim Manuel Magalhaes. Como narrador publicó en Barcelona, en la editorial Mondadori, la novela *El ángulo de los secretos femeninos* (2003). Ha sido director de la colección de poesía "Los solitarios y sus amigos". Ha impartido numerosas conferencias y lecturas de poemas.

## *Luciano Feria*

Nació en Zafra en 1957. Realizó estudios de Filología Hispánica en la Universidad de Extremadura. Se dedica a la enseñanza de Lengua y Literatura en el instituto "Suárez de Figueroa" de su ciudad natal. Ha recibido los premios "Ruta de la Plata", "Residencia" de Cáceres y "Vicente Gaos" de Valencia. Tiene publicados los poemarios *El instante en la orilla* (1989), *Fábula del terco* (1997) y *De la otra ribera*



(2004). Ha colaborado en las revistas literarias *El Urogallo*, *Hablar / Falar poesía*, etc. Fue vicedirector de la Asociación de Escritores Extremeños entre 1999 y 2001 y coordinó el Seminario Humanístico de Zafra durante varios años desde sus comienzos en 1996.

## Eugenio Fuentes

Nació en Montehermoso (Cáceres) en el año 1958. Sus novelas más destacadas son *Las batallas de Breda* (1990), *El nacimiento de Cupido* (1994), *Tantas mentiras* (1997), (1997), *El interior del bosque* (1999), *La sangre de los ángeles* (2001), (2003), *Venas de nieve* (2005) y *Cuerpo a cuerpo* (2007). También es autor del volumen de ensayo *La mitad de occidente* que recoge artículos publicados en el diario HOY y en ABC. Fuentes es uno de los novelistas extremeños más reconocidos internacionalmente ya que su obra ha sido traducida en varios países como Alemania, Reino Unido, Francia, Italia, Rusia, Portugal y Croacia.

## Pilar Galán Rodríguez

Pilar Galán Rodríguez nació en Navalmoral de la Mata (Cáceres). Es licenciada en Filología Clásica y actualmente es profesora de Lengua y Literatura. Ha ganado numerosos premios, entre otros el certamen nacional de narraciones convocado por la UNESCO, el internacional Miguel de Unamuno y el de Cuentos de invierno de Ponferrada. Ha publicado cinco libros de cuentos: *El tiempo circular* (2001), *Cuentos para ser contados*, *Manual de ortografía*, *Diez razones para estar en contra de la Perestroika* y *Túneles* (2005). Hasta el momento ha publicado tres novelas: *Preterito imperfecto* (2001) *Ocrán-sanabu* (2002) y *Ni Dios mismo* (2006). En 2008 ha aparecido *Los pasos de la piedra*, un volumen



que reúne tres pequeñas piezas teatrales. Además, la autora colabora en el periódico Extremadura con la columna de opinión “Jueves sociales”. Ha participado en diversas antologías de narrativa y ha publicado sus cuentos en revistas como Turia, Alcántara o Mangaancha. Dirige y coordina varios talleres literarios.

## Luis Landero

Nació en Alburquerque en 1948. Es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid e imparte clases en la Escuela de Arte Dramático de Madrid. Desde el rotundo éxito de su primera novela, *Juegos de la edad tardía* (1989), que lo consagró como escritor, ha publicado *Caballeros de fortuna* (1994), *El mágico aprendiz* (1999), *El guitarrista* (2002) y *Hoy, Júpiter* (2007). También ha publicado el ensayo *Entre líneas: el cuento o la vida* (2001), la semblanza *Esta es mi tierra* (2002) y la colección de artículos *¿Cómo le corto el pelo, caballero*. Ha recibido el “Premio de la Crítica” y el “Nacional de Literatura”.

## José Antonio Leal Canales

Nació en Villar del Rey en 1958. Ha recibido numerosos premios de narrativa, entre otros el *Felipe Trigo* (1987), el *Barcarola* (1988) y el *Miguel de Unamuno* de cuentos (1989). Entre sus publicaciones destacan *El Valbanera o la esperanza* (Univérsitas, 1987), *Las estaciones del olvido* (Centro Cultural Mislata, 1998), *Cita en La Habana* (Editora Regional de Extremadura, 1998), *Maneras de morir* (Relatos), (Diputación de Badajoz, 2002), *Los pasos del camaleón* (Imagine Ediciones, Madrid, 2005), *El fuego y las cenizas* (Imagine Ediciones, Madrid, 2008).



## Manuel Pacheco

Nació en Olivenza (Badajoz) el 19 de diciembre de 1920, en el seno de una familia humilde. Su padre murió cuando él era niño y este hecho marcó su infancia y juventud. Su madre intentó mantener a sus cuatro hijos trabajando, pero le fue imposible y finalmente el joven tuvo que ingresar en el hospicio de Badajoz. Pacheco no contó con oportunidades académicas y tuvo que empezar a trabajar desde muy joven en diversos oficios: monaguillo, cantaor de tangos, fotógrafo, ebanista, cargador en la estación de ferrocarril de Badajoz, albañil, marmolista, repartidor de hojas de empadronamiento, comparsa de teatro, etc. hasta obtener una plaza como administrativo. Su extensa obra comprende títulos como *Ausencia de mis manos* (1949), *En la tierra del cáncer* (1953), *El arcángel sonámbulo* (1953), *Los caballos del alba* (1954), *Poemas al hijo* (1960), *Todavía está todo todavía* (1960), *Poemas en forma de...* (1962), *Los insonetos del otro loco* (1969), *Poesía en la tierra* (1970), *Para curar el cáncer no sirven las libélulas* (1972), *El cine y otros poemas* (1978), *Obra en prosa (1949-1995)* (1995) y *Poesía completa 1943-1997* (1999).

## Ada Salas

Nació en 1965 en Cáceres, donde estudió Filología Hispánica. Publicó sus primeros poemas cuando estudiaba el Bachillerato. Vinculada al grupo poético de la Facultad de Filosofía y Letras de Cáceres durante los años ochenta, publica su primer libro *Arte y memoria del inocente* (1988) que obtuvo el Premio Juan Manuel Rozas. Con *Variaciones en blanco* (1994) logró el Premio Hiperión ex aequo con Alejandro Céspedes. En los siguientes años aparecen *La sed* (1997) y *Lugar de la derrota* (2003), ambos publicados en la editorial Hiperión. En 2008 ha



obtenido el premio Ciudad de Córdoba Ricardo Molina con la obra *Esto no es el silencio*. En 2005 apareció su libro de reflexiones sobre la creación *Alguien aquí. Notas acerca de la escritura poética*. Actualmente reside en la comunidad de Madrid ejerciendo como profesora de Lengua y Literatura en Educación Secundaria.

## *Basilio Sánchez*

Basilio Sánchez nació en Cáceres en 1958. Licenciado en Medicina y Cirugía por la Universidad de Extremadura, posteriormente se especializó en Medicina Intensiva, actividad que ejerce actualmente en su ciudad natal. Con su primer libro, *A este lado del alba*, consiguió un accésit del premio Adonais de Poesía en 1983, publicado al año siguiente. Después de un periodo de silencio de nueve años, en 1993 edita su segundo libro, *Los bosques interiores*, en el que se perfilan ya nítidamente el tono y los rasgos que singularizan su obra de madurez: una escritura que configura el territorio poético de la mirada interior y que hace de la contemplación un ejercicio de conocimiento. Este libro, revisado en profundidad, fue reeditado en 2002. El resto de su obra poética la componen libros como *La mirada apacible* (1996), *Al final de la tarde* (1998), *El cielo de las cosas* (2000), *Para guardar el sueño* (2003) *Entre una sombra y otra* (2006), ganador del Premio Internacional de Poesía Unicaja y por el que recibió en 2007 el Premio Extremadura a la Creación a la mejor obra publicada por autor extremeño, y *Las estaciones lentas* (2008) Premio Tiflos que ha aparecido en la editorial Visor. También ha publicado el libro de relatos *El cuenco de la mano* (2007). Ha sido incluido en diversas antologías poéticas y colabora asiduamente en revistas literarias nacionales y extranjeras. Entre los años 2000 y 2003 fue codirector del Aula de Poesía José María Valverde de Cáceres. Sus poemas han sido traducidos a varios idiomas.



## *Francisco Sánchez de las Brozas*

Nació en Brozas (Cáceres) en 1523 y murió en Valladolid en 1600. En su juventud se trasladó a Évora, donde inició su formación en Latín y Humanidades. En 1545 comenzó en Salamanca los estudios de Artes, centrándose especialmente en el campo de la Teología. Al no estar de acuerdo con el planteamiento de Aristóteles decide dar un nuevo rumbo a sus estudios y se dedica definitivamente al estudio del Latín y del Griego y, en general, a las Humanidades Clásicas. En 1554 regenta la cátedra de Retórica del Colegio Trilingüe; dos años más tarde fue nombrado sustituto de la de Retórica. En 1585 se presenta para la cátedra de Gramática, pero no tuvo éxito. Pedagógicamente se caracterizó siempre por una certera intuición didáctica. Trataba de hacer amenas las explicaciones y proponía cambios drásticos en los métodos de enseñanza habitualmente empleados en la Universidad. El Brocense escribió diferentes tratados de retórica, siendo el más influyente *Minerva o las causas de la lengua latina* (1587). Fue importante también su labor como traductor de obras de Petrarca, Ovidio y Virgilio. En cuanto a su producción literaria, fue autor de numerosos poemas de corte neoclásico. A Sánchez de las Brozas se le considera miembro del grupo de poetas que configuran la escuela poética de Salamanca.

## *Andrés Trapiello*

Nació León en 1953. Escritor prolífico, ha escrito novela, poesía y ensayo y numerosas colaboraciones en prensa. Como poeta ha publicado *Junto al agua* (1980), *Las tradiciones* (1982), *La vida fácil* (1985), *El mismo libro* (1989), recopilados bajo el título *Las tradiciones* (1991), *Acaso una verdad* (Premio Nacional de la Crítica, 1993), *Poemas esco-*



gidos (1998), *Rama desnuda* (2001) y *Un sueño en otro* (2004). Como novelista, *La tinta simpática* (1988), *El buque fantasma* (1992), *La ma-landanza* (1996), *Días y noches* (2000) y *Los amigos del crimen perfecto* (Premio Nadal, 2003). Ha editado los doce tomos de su colección de diarios agrupados bajo el título general de *Salón de los pasos perdidos*: lo forman *El gato encerrado* (1990), *Locuras sin fundamento* (1993), *El tejado de vidrio* (1994), *Las nubes por dentro* (1995), *Los caballeros del punto fijo* (1996), *Las cosas más extrañas* (1997), *Una caña que piensa* (1998), *Los hemisferios de Magdeburgo* (1999), *Do fuir* (2000), *Las inclemencias del tiempo* (2001), *El fanal hialino* (2002) y *Siete moderno* (2003). Los volúmenes titulados *Mil de mil* (1995), *Todo es menos* (1997), *El azul relativo* (1999), *La brevedad de los días* (2000), *Sí y no* (2002), *Mar sin orilla* (2002), *Contra toda evidencia* (2004) y *Ya somos dos* (2004) son artículos, relatos y ensayos que han de considerarse dentro de ese ciclo autobiográfico. Como ensayista ha publicado *Clásicos de traje gris* (1990), *Sólo eran sombras* (1997) y *Los caminos de vuelta* (2000), ensayos y estudios dedicados a la literatura española; *Viajeros y estables* (1992) está dedicado a la literatura extranjera. Además es autor de *Las vidas de Miguel de Cervantes* (1993), *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil 1936-1939* (1994), *Los nietos del Cid. La nueva edad de oro 1898-1914* (1997), *El escritor de diarios* (1998) y *La noche de los Cuatro Caminos* (2001). Ha preparado ediciones de Rafael Sánchez Mazas, Miguel de Unamuno, Manuel Machado, Ramón Gaya, Ramón Gómez de la Serna y José Gutiérrez Solana. Fue director de la editorial Trieste y en la actualidad dirige la colección La Veleta, de Granada. Ha recibido además de los reseñados, los premios Internacional de Novela Plaza & Janés 1992 por *El buque fantasma*, el Don Juan de Borbón 1995 por *Las armas y las letras* y en el 2002 recibió el Premio de las Letras de la Comunidad de Madrid.



## Ávaro Valverde

Nació en Plasencia en 1959. Fue director del Aula de Literatura José Antonio Gabriel y Galán junto al novelista Gonzalo Hidalgo Bayal y cofundador de la revista *Espacio/Espaço escrito*. Fue presidente de la Asociación de Escritores Extremeños y coordinó el Plan de Fomento de la Lectura de la Junta de Extremadura. También ha dirigido la Editora Regional de Extremadura. Como poeta, es autor, entre otros, de los libros *Territorio* (Premio “Ciudad de Badajoz”, 1985), *Las aguas detenidas* (1989), *Una oculta razón* (Premio Loewe, 1991), *A debida distancia* (Premio “Ciudad de Córdoba”, 1993), *Ensayando círculos* (1995) y *Mecánica terrestre* (2002). Recientemente ha publicado *Desde fuera* (Tusquets 2008). Sus poemas están traducidos a varios idiomas y su nombre figura en algunas de las más prestigiosas antologías de la nueva poesía española. También ha publicado *El lector invisible* (2001), una colección de artículos periodísticos, y el libro de viajes *Lejos de aquí* (2004). Su primera novela, *Las murallas del mundo* (2000), fue finalista de los premios Café Gijón y Tigre Juan, así como Premio Extremadura a la Creación a la mejor obra literaria de un autor extremeño. Su última novela, *Alguien que no existe*, fue editada en 2005 por Seix Barral.

## Justo Vila

Nació en Helechal en 1954. Ha desarrollado una intensa labor como historiador que se ha materializado en un conjunto de obras centradas preferentemente en el estallido de la Guerra Civil y en las consecuencias de ésta en Extremadura. En el campo narrativo destacan sus obras *La agonía del búho chico* (1994), *Siempre algún día* (1998), *La memoria del gallo* (2001) y *Lunas de agosto* (2006). Entre los ensayos destacan *Extremadura: la guerra civil* (1983), *La guerrilla antifran-*



*quista en Extremadura* (1986), *El movimiento guerrillero de los años cuarenta* (1990), *Badajoz, agosto de 1936* (1997), *Necesidades formativas de las personas adultas en la ciudad de Badajoz* (1992). Justo Vila es también autor de interesantes obras sobre la región y sus diversas comarcas. Actualmente es el director de la Biblioteca Regional de Extremadura.

## *José Antonio Lambrano*

Nació en Fuente del Maestre (Badajoz) en 1946. Comenzó su andadura poética en los setenta y su estilo ha evolucionado desde el tono popular al tratamiento de estrofas cultas como el soneto y el verso libre. Sus obras más destacadas son *Al lado mismo de nosotros* (1978), *Canciones y otros recuerdos* (1980), *Sonetos* (1982), *El libro de las murmuraciones* (1984), *Poemas de la espera y el canto* (1984), *Pavana para una voz y otras musas* (1985), *Coplas de la Bella Edinda* (1987), *El rostro conocido* (1987), *La noche de los lirios* (1989), *Como una presunción* (1994), *Diario de los sitios* (1995), *La mitad del sueño* (1999), *Después de la noche* (2000), *Poesía 1980-2000* (2000), *Amor mío, la vida* (2003). En 2006 ha aparecido su último poemario *Treinta minutos de libertad*.















Two columns of writing lines. Each column contains 10 sets of lines, each set consisting of a solid top line, a dashed midline, and a solid bottom line.



Two columns of writing lines. Each column contains 10 sets of horizontal lines. Each set consists of a solid top line, a dashed middle line, and a solid bottom line, providing a guide for handwriting practice.



Two columns of writing lines. Each column contains 10 sets of lines, each set consisting of a solid top line, a dashed midline, and a solid bottom line.









## *Nota final*

Los textos incluidos en este Cuaderno de Viaje no pretenden ser una antología de autores extremeños. Las antologías nacen con cierto afán valorativo, que aquí no ha sido determinante. Su selección se ha hecho en función del camino a recorrer. Los lugares que atraviesa la ruta determinan “la visita” a quienes en ellos nacieron o habitaron; breve para no agotar al viajero y lo suficientemente atractiva para avivar el deseo de próximos encuentros.

En años venideros otras serán las sendas y otros los autores compañeros de viaje.

No se ha incluido bibliografía de los autores citados. Pueden consultarse, en la página <http://www.culturaextremadura.com/escritorextremadura/>

**JUNTA DE EXTREMADURA**  
Consejería de Educación  
*Dirección General de Calidad y Equidad Educativa*